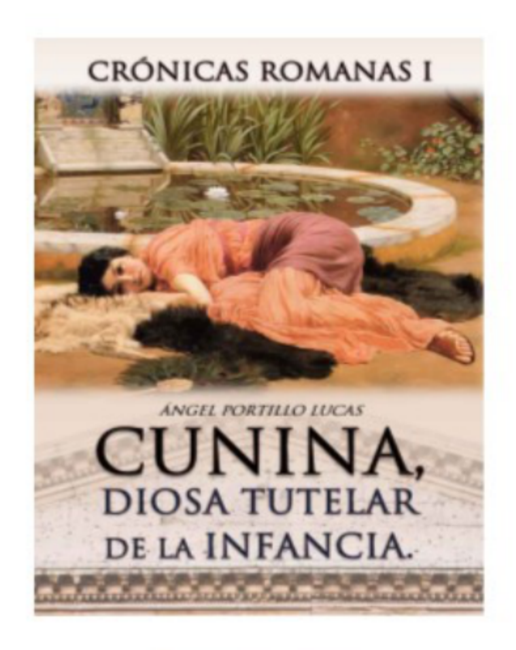




Crónicas Romanas I

Cunina,
Diosa tutelar de la infancia

CRÓNICAS ROMANAS I



ÁNGEL PORTILLO LUCAS

CUNINA, DIOSA TUTELAR DE LA INFANCIA.



Crónicas Romanas I
Cunina,
Diosa tutelar de la infancia

Ángel Portillo Lucas

Aequa diligito caros pietate parentes, nec matrem offendas, dum uis bonus esse parenti.

(A tus padres, respétalos con afectos iguales: no hieras a la madre por agradar al padre).

Catón

Agradecimientos.

Como siempre a Mercedes, mi señora, madre de nuestros hijos, principio y final de todo, calma de mis preocupaciones, guía en mi vida y musa de mis textos. La matrona de una familia es lo más importante.

A Claudia, mujer fuerte y ejemplo para todos, que lucha cada día contra lo invencible. De ella, y de su inspiración, nacieron los nombres de los miembros de la familia de Nero Minicio.

I – Claudia

Nos somos la diosa tutelar de la infancia. Somos Cunina, una deidad tutelar arcaica, uno de los seres divinos que se dedican a la fecundación, el nacimiento y la protección del bebé.

Hace tiempo que somos ignorados por Roma, Nos y el resto de las deidades de la niñez. Las arcaicas divinidades protectoras obtenemos el poder de nuestros creyentes y tan solo nuestros adoradores velan por nosotros. Carecemos de templos propios en los que hacernos culto, gozamos, simplemente, de pequeños altares en los hogares de nuestros queridos devotos. Es por ello que perdemos nuestra fuerza y que advirtiendo el peligro no podemos más que inhibirnos, pues nos es imposible actuar sin haber sido invocadas. Si Nos no podemos cuidar a vuestros hijos, ¿quién los vigilará cuando estén en la cuna? ¿Quién los arrullará cuando tengan miedo? ¿Quién les evitará los males de ojo? O, ¿quién les protegerá de todo tipo de fatalidades?

Aun con vuestro arrogante comportamiento, sois unos ignorantes y lo desconocéis todo. Si adoras a la madre Ceres, creadora de la agricultura, tendrás naturaleza y vida en abundancia, y si adoras al padre Marte, conseguirás guerra y muerte por doquier. ¿Qué obtendrás entonces si adoras a una diosa protectora de la niñez? No veis eso, solo veis el botín y la gloria de la guerra. Ansiáis celebrar un triunfo y ser recibidos por las masas mientras orgullosos traspasáis la porta *Triumphalis. No os confundáis con lo que os digo: vuestra obligación era luchar y vencer por Roma, pues era voluntad de los dioses que la ciudad eterna gobernara el mundo. Pero anhelando eso, olvidasteis lo importante: los hijos son la luz de vuestras vidas. Si los descuidáis, os descuidáis a vosotros mismos.*

La diosa Madre, más antigua que los antiguos, avisó de vuestro previsible comportamiento. ¡Antaño erais tan devotos, tan atentos con vuestras divinidades! Nos llamabais para que os asistiéramos en cada uno de los quehaceres de vuestra vida y nosotros, las divinidades, por gratitud os cuidábamos y os procurábamos un buen porvenir. La historia hablará por siglos de lo que os concedimos, todo pueblo del mundo recordará vuestras hazañas por los siglos, muchos imperios intentarán alcanzar vuestros logros. Os regalamos toda la tierra habitada por el hombre y os entregamos todas las aguas del mar. Erais envidiados y temidos por todos, pero nada de eso os bastó. ¡Rompisteis el pacto con los dioses! ¡Siempre os gana la ambición!

Ella, la diosa Madre, invocada con muchos epítetos, os enseñó a vosotros, los mortales, que la vida surgía y se perdía. Os dio a entender que

todas las cosas de la naturaleza, todas sin excepción, plantas, árboles, animales, agua y viento, eran seres vivientes como el ser humano mismo. Puesto que todos esos elementos tomaban parte de igual manera en el ciclo de vida, regeneración y muerte. Ella era madre generadora de creación. En vez de adorarla, la olvidasteis. ¿Qué podíamos esperar? Abandonasteis también a la diosa tutelar de la infancia. Nos dejamos engañar a nosotras mismas.

Ahora vivimos marginadas en el Panteón en medio de la ciudad de las siete colinas que al olvidarnos se descuidó a sí misma y, por ello, perdió todo aquello que poseía. Sí, Roma, la ciudad que nació para ser inmortal y la capital de todo el mundo, se descuidó a sí misma.

Nos y el resto de las deidades protectoras de la infancia nos hayamos abandonadas junto a otros seres divinos que al ser inmortales no podemos perder la vida. Esperando tiempos mejores en los que alguien nos invoque y le podamos dar protección, que es al fin y al cabo el motivo de nuestra existencia. Pero al igual que antaño, seguís sin ser conscientes de la importancia de la protección de vuestros hijos. Siempre buscáis un motivo, un objetivo que os aleje y os distraiga. Algo a lo que le dais más importancia que a la perpetuación de vuestros valores en las tiernas cabezas de vuestros descendientes, ¡qué necios!

No tiene sentido comentar estas cosas, pues sois lo que sois y nada de lo que Nos os digamos ablandará vuestros corazones. Seguiréis con vuestro comportamiento sin atender a razón alguna, pues esa es vuestra condición. Pensáis que estáis por encima de los dioses, pensáis que todo está hecho para vosotros, cualquier ser o cosa, natural o sobrenatural, es vuestra. Tras usarnos a vuestra conveniencia, nos desecháis y no dudáis en buscar otra alternativa a la que trataréis de igual modo.

Os contaremos una historia, no porque creamos que nos escucharéis, ¡eso nos trae sin cuidado! Lo haremos pues el tiempo se nos hace largo y los muchos y agradables recuerdos del pasado nos reconfortan. En aquella época, antes de que adoptaseis a otros dioses a los que también abandonasteis, éramos felices y adorados. En cada casa se nos invocaba y al llegar encontrábamos felicidad y dicha; unida a sueños y esperanzas. Os contaré la historia de la familia de Nero Minicio. Un hombre que no descuid nunca a los suyos, un romano que haría siempre todo lo necesario por el bien de su descendencia. Aunque como todo hombre, es imperfecto en sus acciones. Nos somos conscientes de que nuestro querido Nero, al que guiamos, cuidamos y amamos cuando era pequeño, cree que hace y hará lo mejor para su familia. Al igual que Nos sabemos que se equivoca.

Su devota y buena esposa, nuestra querida Claudia, era madre y una buena matrona romana, o lo que es lo mismo, era todo amor y eso, amor, deseaba para su familia. Era consciente de que las decisiones de su esposo lo cambiarían todo. También sabemos que lo acompañaría hasta el

inframundo, pues en el matrimonio y en servir a su familia encuentra el sentido de su existencia. Era sin duda una mujer de alma pura, que al igual que nuestro querido Nero quiere lo mejor para todos los suyos, pero ella lo quiere de la forma correcta. Se lo expresará a su esposo, pero este en su error no lo podrá ver.

Nero solo pensó en grandes objetivos y en su primogénito. Precipitó su decisión y por ello fue privado, por un tiempo, de la protección de los dioses.

Toda equivocación humana acarrea consecuencias. ¿O no estáis pagando vosotros por vuestros errores? ¿Podéis viajar ahora por Roma? ¿Podéis ir de Tarraco a Siracusa sin dejar de navegar por Roma? ¿Podéis caminar miles de millas sin dejar de pisar suelo romano? ¡No! Pues perdisteis la dádiva más grande concedida por los dioses. ¡Os tengo que recordar continuamente las cosas sucedidas porque lo olvidáis todo!

*****

Claudia se aseguró que sus hijas, Primera y Segunda, no tuvieran ningún cordón ni ninguna otra prenda cordada. Tras ponerles una corona de flores y otra a ella misma, partieron hacia el templo. Las tres vestían con una sencilla y humilde túnica recta. Le resultaba extraño el mostrarse en público sin el correspondiente peinado. El que tenía que llevar toda mujer decente; ella era una buena y recta mujer romana respetada por todos, pero ese día era especial, era diferente. Se estuvo pasando el cepillo hasta asegurarse que todos sus cabellos quedaban desenredados. No podía ofender a la diosa portando nudos ni ataduras cuando se presentara ante el ser que protege siempre a las buenas matronas romanas.

Su hija Segunda, de catorce años, se encontraba encinta. Nero había elegido a Helva, un entregado y trabajador hombre con el que desposarla, y los dioses le habían concedido el don de la procreación prontamente. Su hija Primera, entregada a Furco, había tenido la misma suerte y ya amamantaba a un retoño. Ambos hombres eran jóvenes y de confianza y les darían un buen futuro a sus hijas. Sus progenitores eran amigos personales de la familia y ejercían el oficio de dominar al duro hierro, el trabajo de la forja, el que siempre había ejercido la familia de Nero Minicio.

Sumar a eso que las hembras de la familia de Claudia estaban bendecidas por la fortuna. Su madre y su abuela fueron preñadas en el primer año de matrimonio y habían parido hijos sin dificultad. Además, como bendecidas por la misma diosa a la que prestarían en ese día devoción, siempre parían primero dos varones. Sus esposos las veían como buenas matronas ya de jóvenes. ¡No las trataban como a las otras que solo dan hijas! Eso, sin duda, les hacía tener una vida más fácil.

Por instinto, las mujeres se fueron uniendo en grupos y se dirigieron hacia el templo de Juno Lucina. Las féminas se seguían unas a otras con alegría contenida por aquellas que encuentran confort y felicidad en la devoción y en la creencia a un ser divino.

—Mamá, ¿me vuelves a contar la historia de las sabinas?

—¿Otra vez, cariño?

—Sí, me encanta.

No cabía duda de que Segunda apreciaba la compañía de su madre. Aunque residía a solo unos cientos de metros, era cierto que no siempre se podían ver lo que desearían y cualquier ocasión era aprovechada para el disfrute mutuo.

—Está bien, hija.

Entre tanto se dirigían hacia el sur de la colina del Esquilino, la experimentada matrona volvió a relatar la versión de la historia tal y como se conocía en su familia.

—El divino Rómulo, padre de Roma e hijo de Marte, le pidió a su padre ayuda pues los pueblos, ni vecinos ni lejanos, daban a sus mujeres en matrimonio a los romanos. Este le contestó: «Tienes, hijo, el carácter de un padre: no supliques; las armas son la solución a lo que deseas». Así que siguiendo el consejo invitó a los sabinos junto a todas sus familias a una fiesta, y cuando estos animados por el vino se descuidaron, raptaron, asegurándose de elegir solo a solteras, a sus hijas y hermanas y las tomaron como esposas. Los sabinos pidieron que fueran devueltas y negociaron la devolución de las mujeres, pero al final declararon la guerra a los romanos. Cuando estaban a punto de empezar las hostilidades, vieron a sus hijas embarazadas y propusieron una tregua.

Claudia hizo una pausa mientras saludaba a unas amigas. Eran muchas las que querían pedir a la diosa.

Tras los saludos continuó la historia que tanto agradaba a su hija.

—Llegó el día, un uno de marzo como hoy, en que se enfrentarían y la suerte de Roma se decidiría en la batalla. Los dos ejércitos se preparaban uno frente al otro para la lucha, y entonces la esposa de Rómulo…

—Hersilia —interrumpió Segunda.

—Sí, Hersilia, la más hermosa y valiente, dijo a las demás: «Mujeres esposas de romanos e hijas de sabinos, no podemos seguir retrasándonos en nuestros deberes, hemos de hacer nuestra labor y pedir y suplicar a los dioses la salvación de los nuestros. Los ejércitos están en posiciones, pero elegid por cuál de las dos partes vamos a orar. A un lado empuña las armas nuestro amado esposo, al otro, nuestro venerado padre. Hay que averiguar si preferís ser viudas o

huérfanas. Yo voy a proponeros un plan arrojado y devoto». Entonces, con el dolor en el corazón marcharon al bosque sagrado a pedir a la diosa.

—Era una mujer muy valiente, yo no me habría atrevido a hacer eso que hizo.

—Ni yo, hija, ni yo, pero eran otros tiempos y no olvides que fue elegida por el divino Rómulo. Era hija de un rey y fue amada por el hijo de Marte. Él no elegiría a una cualquiera. Sigo… Ya estaban posicionados los dos ejércitos, los romanos mandados por el padre de Roma, y los sabinos por Tito Tacio, su rey. Cuando se aproximaba el sonido de las trompetas...

—«Tararí».

Sin duda su hija quería disfrutar de su compañía. La falta de su presencia cotidiana en casa se hacía sentir, y como era evidente a su hija le sucedía lo mismo.

—Sí, hija, «tararí», pero no llegaron a sonar las trompetas. Tras rezar y pedir ayuda a Juno Lucina, las mujeres lideradas por Hersilia, con el pelo suelto en señal del duelo que les supondría perder a sus esposos o a sus padres, se presentaron entre los dos ejércitos caminando con sus hijos en brazos. Cuando todas estuvieron en medio se pusieron de rodillas fijando la mirada en sus esposos. Y los niños, guiados sin duda por los dioses protectores de Roma, estiraron los brazos hacia sus abuelos y tíos. Ante tal imagen, a los hombres se les cayeron los ánimos del combate. Entonces las alabaron y honraron y las llamaron, con orgullo, matronas, pues los cuerpos de sus esposas e hijas parirían hombres libres, los hombres elegidos por los dioses, ¡qué mayor orgullo para una mujer! Desde aquel día esposo y padre ya no se llamaban entre ellos romanos y sabinos, el divino Rómulo y el rey Tito Tacio no se llamaron enemigos, a partir de entonces se llamaron *quirites*.

—Como papá.

—Sí, *quirite*, como tu padre y como Helva, tu esposo.

—Sí… y como Helva...

—Recuerda decir siempre primero a tu esposo.

—Sí, mamá —manifestó Segunda asumiendo su error.

—Y, ¿cómo acaba la historia, hija?

—Para que siempre se recordara ese día, las matronas romanas pidieron a sus esposos y padres que se levantara el templo a Juno Lucina —concluyó intentando imitar la voz de su madre.

Estaban llegando a su destino.

Tras la ceremonia pública las más devotas, tal como lo era Claudia, se acercaron para orar y pedir por los suyos. Esperó pacientemente turno hasta que llegó a la representación de la diosa que se mostraba

sentada con un niño recién nacido en el regazo y una flor en la mano derecha. Asegurándose de que sus hijas estaban una a cada lado, oró pidiendo con humildad tal y como lo ha de hacer un ser piadoso.

«Veneradísima Juno, madre de dioses. Tú que nos ofreces aires propicios que alimentan nuestras almas. Madre de la lluvia, generadora de todo, porque, sin ti, nada se logra plenamente en la naturaleza, ya que en todo participas. Bienaventurada, gloriosa y venerada diosa, ven, te lo ruego, sé propicia, preséntate ante nosotros, muéstranos la alegría en tu bello rostro. Juno Lucina, madre suprema, concede protección a mi esposo Nero Minicio y guarda también a su familia: Nero el Joven, Silanus, Marcellus, Crispus y a sus hijas Primera, Segunda y Tercera. Que no nos falte el amor, la fuerza, el vigor y la fertilidad. Que jamás seamos víctimas de la desunión y el desamparo. —Tocando suavemente la mano de su hija Segunda, añadió— Juno Lucina, tú que nos diste la luz. Atiende las plegarias de la parturienta. Que toda la que se halle embarazada y se presente ante ti orando y con el pelo suelto resuelva su parto satisfactoriamente y sin dolor. Nada más te pido por hoy, veneradísima Juno».

Las tres mujeres, madre e hijas, volvieron a la casa de Nero Minicio con las esperanzas renovadas, la diosa siempre protegía a las matronas romanas y a las parturientas. Claudia estaba segura de que el parto primerizo de Segunda sería corto y casi sin padecimiento. Así sucedió con ella, con su madre y, antes de eso, con su abuela. La madre de todos los dioses favorecía siempre a las mujeres de su familia.

Nero, sus hijos y su pequeña Nerita, la alegría de su hogar, estaban esperándola con la sonrisa en la boca. Como era costumbre habían comprado regalos y ahora, tras cumplir con la diosa, era el momento de entregárselos. Recibió un pañuelo largo, un pequeño cofre, una aguja para el pelo, un peine, más objetos de abalorio y, el regalo más especial, un collar que como no podía ser de otra forma Nero le colgó en su cuello.

No tardaron sus hijas en alabar el objeto con un «oh, qué bonito», o «qué bien te queda, mamá». Claudia esperaba ese día con ilusión pues en él toda su familia le reconocía el papel de matrona. Nero lo sabía y no escatimaba en esfuerzos para hacérselo especial.

Con todos los halagos, todos los objetos que le regalaban, tras la comida en alegría con sus hijos e hijas, la matrona de la familia de Nero Minicio esperaba el momento más deseado por ella, aquel en que su esposo reconocía públicamente y ante los dioses su agradecimiento a su buena labor como recta mujer romana.

«Dioses domésticos de mi hogar, hoy quiero honrar a la matrona de mi familia. Quiero ofrecer por una dama hermosa, a la que su padre llamó Claudia. Mujer que me ha llenado de dicha pues me ha dado cinco hijos y solo uno de ellos se dejó en la tierra, también me ha dado tres hijas. Amable al hablar, honesta en comportamiento, cuidadora de mi casa y mi familia. La del espíritu más puro que ha habido nunca, una esposa incomparable, casta, piadosa, no dispuesta a disputas, austera y siempre atenta. Mi compañera durante toda su vida y digna merecedora de la arcaica corona del pudor, pues mi lecho es el único que ha conocido. Matriarca laboriosa llena de buena fe. Esposa dispuesta y sumisa que nunca se negó a realizar el acto de Afrodita. Ella es Claudia la Tercera, esposa de Nero Minicio e hija de Claudio Valente, la matrona de mi familia y el orgullo de su esposo».

Dirigiendo entonces la mirada a Claudia.

—Hijos, procuraré encontrar para vosotros a una mujer como vuestra madre: casta, piadosa, modesta y bien educada. ¡La matrona de una familia es lo más importante!

Nero ofrecía, con poca variación, esta oración el día de las *matronalia* a su esposa y esta cada año lloraba por la emoción del reconocimiento.

—Me haces llorar y se me estropea el maquillaje.

—Claudia, nada puede estropear tu belleza pues yo también veo tus virtudes y eso no depende de pigmentos.

Cada año se repetía la misma escena y cada año se recitaban esas palabras. Ella sabía que su matrimonio había sido, como dicta la costumbre, un compromiso entre las dos familias. Y si bien el temor y las dudas de los primeros días fueron intensos, poco a poco su miedo se desvaneció pues el romano con el que había sido casada era un buen hombre fiel a su familia, a la que nunca le faltó de nada. Trabajó día y noche para los suyos sin descanso. Siempre se preocupó por sus hijos y por ella. Nero Minicio la respetaba, la valoraba, y se lo hacía saber a todo el mundo. Presumía del comportamiento casto, recto, sumiso y devoto con todo aquel con el que hablaba. Ciertamente cuando decía que la matrona de una familia era lo más importante, lo decía de veras. ¿Amor romántico? Claudia sí lo amaba, de algún modo lo amaba. ¿Pero él? Nero tenía muchas cosas en la cabeza para eso. Se había acostumbrado a la presencia de su esposa y se había hecho cotidiana, su falta le hacía ponerse nervioso y si no estaba en casa salía inmediatamente a buscarla o mandaba a alguno de sus hijos. El hueco en su hogar era demasiado grande, pero de ahí al amor romántico, aún quedaba.

—¿Qué pasa, Primera?

—Nada, mamá, solo es que el niño con tanto ruido no puede dormir, se ha puesto nervioso.

—Déjamelo a mí, me hace ilusión.

—No, mamá, hoy es tu día.

—Tú también eres matrona.

—Sí, pero aún me falta mucho para llegar a ser como tú.

—Ve con tus hermanas y hablad de vuestras cosas. Como has dicho es mi día y quiero hacerlo, hace tiempo que no le canto a un bebé.

—De acuerdo, mamá, lo haré para complacerte.

Claudia arrulló al niño y suavemente, con voz tranquila de madre experimentada, le dedicó una nana.

«Niño, yo me quedaré contigo esta y muchas noches más. Pediré a Cunina para que te proteja de lo que te pueda pasar. Pues tú eres aún muy niño y no sabes caminar. Dulce niño como la miel, la alegría de su casa al que hay que cantar».

El bebé, entre el arrullo de la canción de cuna, el calor de su abuela, la seguridad de la voz y la monotonía de las palabras, consiguió conciliar el sueño. Claudia quiso disfrutar de la sensación de portar al niño. Hacía mucho tiempo que no sentía esas emociones.

¡El solo tacto del bebé la reconfortaba! Lo apoyó en sus pechos. Esos de los que se habían saciado ocho hijos. Esos de los que hacía ya algún tiempo que no brotaba leche. Deseaba tanto sentirse de nuevo madre, ansiaba volver a notar cómo se alimentaban de ella, ver cómo un pequeño ser se saciaba de su sustancia. Las divinidades, en su sabiduría, saben compensar a las piadosas y devotas matronas que cumplen con la obligación de parir hijos para sus esposos y las colman de buenaventuras y sentimientos de regocijo. Solo aspiraba a realizar la tarea que de ella esperaban los dioses. Era una mujer fértil, pero el dolor de la pérdida…

Entre sus pensamientos y los sentimientos renovados no advirtió acercarse a su esposo.

—Siempre se te ha dado bien dormir a los niños —pronunció este lo más bajo que pudo.

—No soy yo, son los dioses que se ocupan de nuestros hijos y nietos.

—Sí, Claudia, pero tú siguiendo las costumbres de nuestros mayores los invocas siempre y los dioses están agradecidos por ello.

Acomodó con el mayor de los cuidados al bebé en la cuna y acompañó a su esposo mientras salían del cuarto.

—¿No vas a ver a los Salios?

—No, ellos sí han ido, pero a mí no me apetece. Tengo muchas

cosas en que pensar.

—Sabes que disfrutan más si estás con ellos.

—Cuando estén en el Campo de Marte ni se darán cuenta de que no estoy.

Las inquietudes de su esposo debían de ser muy importantes, pues era la primera vez que no acudía a ese ritual. El uno de marzo era un día muy importante para Roma, no solo se celebraban las *matronalia* sino que también se celebraba el día del nacimiento del mismísimo dios Marte, se renovaba el fuego sagrado en el templo de Vesta, se realizaban batallas simuladas en el Campo de Marte y los Salios realizaban saltos y danzas en honor a Marte, portando los doce *ancilas*. Estos vestían de manera arcaica y recitaban extraños y antiguos cantos de los que se había perdido el significado, mientras mostraban escudos y lanzas. Cada año su esposo y sus hijos llegaban cantando en voz baja la cantinela de los sacerdotes:

«Cantad al padre de los dioses,
suplicad al dios de los dioses;
cuando tú, Júpiter, truenes,
ante tu presencia retumban...».

Era extraño para ella que a Nero no le apeteciera ir a esas celebraciones.

—¿Deseas explicarme lo que te preocupa? —se ofreció como era su costumbre.

—Luego. —Agradeció con una sonrisa el ofrecimiento de su esposa —. Ahora disfruta de tus hijas, hace tiempo que no las tienes a las tres juntas. Esta noche en la alcoba te lo contaré, aún tengo que decidir algunas cosas.

—Estaré preparada para ti.

—Siempre lo estás, Claudia. Ahora tengo que ir a la sede del *collegium*, no tardaré mucho.

—¡Hoy! ¿Un día feriado? —Como toda mujer devota sabía que eso no era de agrado de los dioses.

—Sí, no iré a trabajar, tengo otros asuntos que atender.

Aun en la preocupación, no le costó mucho seguir lo dicho por su esposo pues ella ansiaba disfrutar de la presencia de sus hijas. Nero observó cómo la madre se incorporaba a la conversación y como estas le hacían sitio junto a ellas. Pronto tendría que buscar un esposo para su pequeña Nero la Tercera, a la que todos llamaban Nerita. Había sopesado varias ofertas pero ninguna le acababa de convencer. No casaría a su hija con un cualquiera pues la suya era una buena familia, el hombre con el que la desposara tendría que ser decidido, viril y, ¿cómo no?, asegurarle un futuro a su hija. Cuando eso sucediera, su

esposa se quedaría sin ninguna de sus hijas y estos momentos que estaba viviendo serían cada vez más difíciles. No se podía hacer nada pues esa era la voluntad de los dioses.

Marchó, calmando sus nervios, a la sede de su gremio. Lo que sucediera allí y sus decisiones podrían suponer una gran mejora en los ingresos de su familia. Lo poco que había intuido y la seriedad con la que se lo había explicado el patrón de la corporación le preocupaba, pero la recompensa podía ser mucha.

II – Encuentro en el *collegia*

Nero encontró a su amigo Flacco esperándole a poca distancia de la puerta de la sede de la organización. Se conocían desde siempre, no tenían secretos entre ellos y sus mujeres, Claudia y Nigra, eran como hermanas. El padre de familia de los Minicio no se imaginaba cómo podría ser la vida sin su amigo: crecieron juntos, sirvieron juntos en el ejército, se casaron el mismo año e incluso sus primogénitos nacieron el mismo mes. El apoyo entre ambos era tan constante como incondicional.

No había que entender mucho el comportamiento de los hombres para concluir que estaba inquieto, o mejor dicho, tan inquieto como él, pues cada movimiento de su cuerpo lo indicaba.

—*Salve*.

—*Salve*, Nero.

—¿Están dentro? —Apoyó la pregunta apuntando tímidamente hacia la puerta.

—Me han dicho que sí, que te esperase para entrar.

—¿Sabes quiénes son?

—No, pero tienen que ser importantes para obligar al patrón a convocarnos hoy.

Nero ya sabía eso, recordaba cada una de las palabras: «Si accedes a ayudar a esos hombres tendrás oportunidades que no te puedes imaginar, tu vida puede cambiar mucho». Era consciente de que no se podía despreciar una oportunidad como esa. Pero había que proceder con cuidado, los poderosos siempre buscan a hombres sencillos e incautos para abusar y quitarles todo lo que les puedan robar. No lo podían evitar, pues esa era su condición.

—¿Sabes algo más?

—No, solo lo sospecho.

—¿Qué?

—Bueno, como ya sabes todos estos prohombres tienen enemigos y aliados.

—Eso lo sabe hasta un niño de cuatro años.

—Sí, eso lo sabe cualquiera… pero creo que en este caso tienen un problema con una familia de los Servilio.

—¿Quién te lo dijo?

—Por donde voy oigo cosas, Nero.

—Eso carece de toda credibilidad, no hay que hacer caso a los rumores ni a las conversaciones de las tabernas de vino.

Su amigo no contestó. Ante la tajante respuesta sintió que se tenía que disculpar.

—Perdona, Flacco, estoy un poco inquieto… Y por lo que veo tú lo estás tanto como yo.

—Sí, no me gustan estas cosas, pero…

—Te entiendo, entremos, cuanto antes sepamos lo que nos piden y lo que tenemos que hacer, mucho mejor.

Ante lo dicho, Flacco asintió.

Ya en la sede se dirigieron al despacho que habitualmente ocupaba el patrón. En el acceso había no menos de diez hombres, sin duda miembros de una escolta. Una muestra de la importancia de la que disfrutaban las personas que había en el interior.

—Disculpe, señor.

Uno de esos individuos le cacheó con eficiencia. Tras acabar con él, siguió con su amigo Flacco. Asintió a sus compañeros con un gesto confirmando la evidencia de que no portaban ningún objeto que pudiera dañar a los que probablemente eran sus amos. Aunque algunos de esos individuos tenían buen aspecto y mirada despierta, probablemente hijos de clientes de los hombres que había en el despacho.

Nero no quería demorar más la conversación, hacía solo unos instantes que había reprendido a su amigo por sus averiguaciones sin fundamento y ahora él comenzaba a tener las mismas sospechas: Flacco podía tener razón. ¡Demasiadas precauciones para una simple transacción comercial!

—*Salve*, patrón, ¿podemos entrar?

—Sí, pasad.

Tras entrar, saludaron a los hombres con un simple movimiento de cabeza. Todos los del interior respondieron con el mismo gesto. Tras eso unos instantes de incómodo silencio, los dos amigos se miraron por instinto sin saber qué hacer. Nero fue quien reaccionó.

—Bien, aquí nos tienes, patrón.

—¿Conocéis a estos hombres? —preguntó este señalando con dos movimientos de cabeza a los dos hombres que le acompañaban.

—Sí —asintieron ambos al unísono.

No eran los individuos más importantes de Roma pero lo suficiente como para ser reconocidos, habituales del Circo Máximo. Sabían poco de ellos, pero eran Tito Porcio Annio y Marco Porcio Annio. El progenitor tendría unos sesenta años y el hijo veinticuatro o veinticinco. Además este último, cuando Escipión Emiliano Africano Menor el Numantino celebró el triunfo, estaba entre los hombres que lo acompañaban mientras era recibido y vitoreado por las abarrotadas calles de Roma.

—Caballeros —inició la conversación Tito Porcio Annio—, he hablado con el patrón del *collegium* y me ha dicho que sois hombres

discretos y de confianza.

Este miraba directamente a Nero, pues desde su experimentado punto de vista, desde su costumbre de tratar con hombres e incluso manipular sus voluntades, le pareció el más decidido de los dos amigos. Añadir a eso que era él el que más le convenía.

—Así es, señor, lo somos.

—Es una virtud poco frecuente en los miembros de la plebe.

El padre de familia de los Minicio no pudo evitar bufar, aunque intentó disimularlo. ¡Los prejuicios de la gente poderosa contra los ciudadanos humildes!

—No sé con qué clase de gente trata usted, señor, pero muchos de mis amigos son de confianza. Además yo no soy de la plebe, soy plebeyo que no es lo mismo. También tengo arraigo pues mi familia está en la Urbe desde el reinado de Anco Marcio.

—Tú eres al que llaman Nero Minicio, ¿verdad?

Era una pregunta retórica, sin embargo daba a entender que le conocía y que tenía información previa al encuentro.

—Sí.

—Tienes razón, no quería insultarte a ti ni menospreciar a tu familia ni a la de tu amigo Flacco. No he estado acertado al escoger las palabras.

—No se preocupe, señor, estoy acostumbrado. Solo que desde el punto de vista de los hombres que dirigen los destinos de la Urbe todos somos iguales, y no es así. No todos queremos vivir de las limosnas de los demás. Hay personas trabajadoras y honestas que se labran un futuro y sacan adelante a los suyos, el hecho de que no tengamos muchas riquezas no nos hace...

Tito Porcio Annio levantó la mano.

—Te pido disculpas. Como muestra de que lo que dices es cierto, y de que no os vemos como a unos vulgares, tras consultar al patrón hemos pensado en hacer negocios con vosotros. Si no pensáramos que sois de confianza no os propondríamos nada.

—Gracias, señor, ¿en qué creéis que os podemos ayudar?

—Os necesitamos para arreglar un asunto que afecta seriamente a mi familia. No os podéis imaginar cuánto.

—¿En qué consiste esa ayuda, señor? —intervino por primera vez Flacco.

—Antes de hablar de eso, quiero que sepáis lo que podéis obtener si aceptáis.

Ambos, Nero y Flacco, callaron, se miraron y se advirtieron del peligro mutuamente, sin necesidad de decirse nada. Fruto de una vida de amistad y haber sido compañeros en la misma guerra. Tras eso callaron esperando la oferta.

—Para empezar, durante tres años recibiréis la cantidad de doce

mil sestercios, cuatro mil al año. Pagos que se pueden alargar si continúa nuestra colaboración. Os conseguiremos casas mejores para vuestras familias que correrán a nuestro cargo mientras el vínculo siga vivo. Por último, seréis nombrados administradores del *collegium* por los próximos cinco años, como lo anterior se extenderá si continúa nuestra relación.

Los dos amigos evaluaron con rapidez la información, era una proposición imposible de rechazar.

—Señor… solo una cosa —intervino de nuevo Flacco—. Los cargos en nuestro *collegium* se asignan por elección.

—Sí, y así es como tiene que ser. Tu amigo, Nero Minicio, ha dicho que sois hombres trabajadores y honestos por lo que seguro que sois respetados en esta organización. Contamos con el apoyo del patrón, que apoyará vuestras candidaturas. No me costará mucho dinero comprar los pocos votos que necesitéis para ganar.

—Entiendo, señor, en caso de que aceptemos, ¿qué pretende que hagamos nosotros por usted? —Nero quería ir directamente a la cuestión, hacía ya un tiempo que conversaban y aún no sabían nada concreto del asunto.

—Primero tenéis que aceptar y comprometeros a hacer lo que os pidamos. La oferta es muy generosa.

Esta vez, no hizo falta ni que se miraran. Se conocían demasiado.

—Señor, nos está pidiendo un trato sin saber a qué tenemos que comprometernos —inquirió Flacco.

—Sí, soy consciente de ello.

—Es una propuesta muy difícil de rechazar pero que puede ser imprudente aceptarla —apoyó a su amigo Nero.

—Sí, veo que sois comedidos y eso me gusta. Os daremos unas cuatro semanas para decidir, tenemos que hacer aún algunos preparativos.

Como vieron que no sacarían ninguna respuesta a sus dudas, optaron por agradecer la oferta.

—Gracias, señor.

—Bien, hoy no es día para iniciar nada importante, pues no es de agrado de los dioses. Además tenemos que marchar… Otra cosa, Nero Minicio, hijo de Quinto de la tribu Falerna —añadió Tito Porcio adaptando el tono para dar más importancia a sus palabras—, en tu caso si aceptas y demuestras ser el hombre que dices ser, en poco tiempo te haremos otra propuesta mejor que esta.

Sin más, padre e hijo marcharon del despacho.

En cuanto el patrón quedó a solas con ellos quiso saber la opinión de ambos hombres. Pero no fue él el que pronunció las primeras palabras.

—¿Qué ha querido decir con eso?
—Sé tanto como tú. Bien, ¿qué pensáis?

Se volvió a presentar el silencio, esta vez no por incomodidad, sino porque sus mentes estaban procesando todavía la información. Otra vez fue Nero quién respondió.

—No lo sé, patrón, no lo sé.
—Mi consejo es que aceptéis.
—¿Tú qué sacas de esto? —preguntó Nero.
—¿Yo? Yo siempre miro por los intereses del *collegium*, por eso tengo el cargo que tengo. La alianza con los Porcio puede ser muy beneficiosa para la organización. Nos aporta protección y liquidez.

Antes de abandonar el edificio, ambos amigos se dirigieron ante la presencia de Vulcano y tras una libación pidieron humildemente protección y ayuda para no errar al tomar la decisión correcta. Tras eso dejaron la sede del *collegium* despidiéndose y deseándose lo mejor para cada uno de ellos. Nero se lo confiaría todo a Flacco, de hecho ya lo había hecho, incluso le había confiado la vida cuando eran conmilitones. Habían empezado cada uno en su taller familiar y ahora eran miembros respetados en la organización. Desde que las campañas bélicas se habían hecho continuas todo iba mejor para ellos. Los soldados de leva que no disponían de armas tenían que conseguirlas, y eso hacía crecer la carga de trabajo de sus pequeñas factorías.

Si aceptaba el encargo de Tito Porcio Annio tendría que aprender y observar los métodos del patrón y de los demás administradores, eso le daba una nueva responsabilidad y nuevos ingresos. Además tendría que aprender a distinguir a los buenos hombres, pues no siempre el que necesita un arma tiene dinero y hay que vendérsela a crédito.

Para un hombre con el oficio de Nero la guerra era un buen negocio, pero para otros, como por ejemplo los campesinos, era más delicado. Dos años atrás, un tribuno de la plebe, Tiberio Sempronio Graco, había sido asesinado cuando pretendía ser reelegido. Presentó leyes para intentar acabar con el problema de la tierra y mejorar la lamentable situación del campesinado. Estas no fueron muy bien recibidas por la mayoría del Senado. Graco fue asesinado, junto a centenares de sus seguidores. Murió de un golpe en la cabeza y su cadáver fue arrojado al Tíber. No dejando que se realizara el funeral y sin darle sepultura. Una manera indigna de acabar la vida para un romano.

Se comentaba que parte de los que participaron en el asesinato eran del *collegium* de los *citrarii*. Fueron, probablemente, elegidos pues los carpinteros y ebanistas tienen herramientas que pueden dañar a un hombre sin demasiados problemas. Su *collegium*, el de los *ferrarii,* era capaz de conseguir armas sin ningún problema, el hierro no tiene

secretos para ellos. Eso era una de las cosas que le preocupaba. Por ahora su organización no se había visto comprometida como tal en ninguna de esas conspiraciones entre familias e intereses de las familias poderosas de Roma.

—Se te ha hecho tarde —se interesó Claudia.

—Sí, he estado callejeando. ¿Dónde están los niños?

—Silanus, Marcellus y Crispus están en la cama, Nero aún no ha venido.

Su hijo, Nero el Joven, tenía esa edad en la que se necesita distraerse con amigos y en la que se necesita descargar su sexo con mujeres de poca categoría.

—¿Las niñas?

—Han venido a buscar a Primera y Segunda. Nerita está en su catre.

—Me hubiera gustado poder despedirme. —Era un deseo sincero y su esposa lo sabía.

—Ellas lo entienden, les dije que tenías un asunto muy importante.

—Gracias, Claudia.

Siempre había podido dejar la gestión de todos los asuntos domésticos a cargo de su esposa. Era sin duda una bendición para él, no todos tenían esa suerte.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, he comido un poco por ahí, prefiero ir a descansar. Vamos.

Claudia, como buena esposa, le siguió. Al llegar a la habitación encendió una pequeña lámpara de aceite mientras pedía al dios Consivio su bendición para que abriera el camino a la formación de una nueva vida dentro de ella. Hacía mucho que lo pedía y no le era concedido el don de la concepción. Tras correr la cortina y dirigirse al catre empezó a desnudarse. Su esposo había tenido una tarde difícil y era su obligación consolarle y quitarle en parte sus preocupaciones. Como hacía siempre, se desnudó ante él.

—No hace falta, Claudia, no tengo muchas ganas hoy. Prefiero hablar un poco contigo.

Su esposa siguió desnudándose. Conocía a Nero y sabía lo que necesitaba, muchas veces mejor que él. Nero conocía perfectamente cada pliegue y cada curva del cuerpo de la madre de sus hijos pero no se cansaba de mirarla. Le llenaba el corazón, y también el ánimo, el ver cómo ella mostraba su blanca piel.

—La noche aún es joven, quizás después tengas ganas. Así ya estaré preparada.

—Estamos en marzo, aún hace frío a estas horas.

—Si tengo frío, ¿tú qué harás? —Acompañó lo dicho con una sonrisa cómplice.

—Abrazarte, no puedo dejar que enferme la madre de mis hijos.

—Pues entonces mejor así, ¿no? —Abrió las manos mostrando su desnudez.

—Eres muy buena esposa, Fortuna me ha favorecido.

Nero valoraba mucho esos momentos de intimidad. En ellos disfrutaba de la compañía de su esposa y calmaba tanto las ansias de todo hombre viril como las preocupaciones de la mente.

—Solo hago lo que esperan de mí los dioses.

Nero lo sentía ciertamente así.

En cuanto se acurrucó en su esposo, procurando que su cuerpo le diera calor, se interesó por su día.

—Dime, ¿qué te preocupa, esposo mío?

Con nadie más era capaz de abrir sus preocupaciones ni su corazón. Todo se lo confiaba a Claudia, excepto su secreto, era tan doloroso que si lo supiera se le partiría el alma.

—Me han hecho una oferta que es muy difícil rechazar.

—Pues entonces, ¿dónde está el problema?

—No sé lo que me piden a cambio.

—¿No? ¿Y eso te parece bueno?

—No sé qué pensar. El patrón ha contactado con unos hombres y estos me ofrecen cuatro mil sestercios al año, una casa mejor que esta, que pagarían ellos, y ser administrador en la organización.

Era mucho dinero, una cantidad que una matrona como ella no sabía cuantificar y la complejidad del cargo en el *collegium* era lejana para ella, pero, ¡la casa! Eso le llamó la atención.

—¿No tendremos que pagar la casa?

Siempre habían vivido en alquiler. Personas de su categoría social no podían permitirse comprar una casa en la Urbe. Si bien no estarían en una vivienda en propiedad, no tendrían que pagar nada por ella. El sufragar el precio del alquiler se llevaba más de la mitad de lo que ingresaban.

No era de extrañar la reacción de Claudia.

—No, no tendremos que hacerlo —repitió lentamente para dar a entender que había comprendido bien.

Su esposa no supo qué decir, tenía que imaginar aún la situación.

—Es una buena oferta. Siempre he querido lo mejor para mi familia y esto nos puede ayudar mucho. Tendremos el triple de ingresos sin contar todavía lo que me den por ser un administrador en el *collegium*.

—¿Cómo sabes que te elegirán a ti?

Por la estructura social y la visión patriarcal romana, si el padre de familia pertenecía a una organización, toda la familia estaba integrada en ella. Casi todas las amigas tenían esposos que pertenecían a ella. Los amigos de sus hijos también eran descendientes de los miembros

del *collegium*. Añadir a eso que sus dos hijas, Primera y Segunda, estaban casadas con dos prometedores hombres del gremio.

—Ellos dijeron que comprarían los votos necesarios y el patrón asintió con la cabeza.

—A mí no me gusta eso, ¿qué dirán los demás? —añadió conocedora de que los rumores dañaban en ocasiones más que el más afilado de los cuchillos.

—No dirán nada, si vendes tu voto, aceptas las consecuencias.

—Sigue sin gustarme, comprar con dinero la voluntad de la gente no es de agrado de los dioses. Además esta casa la cuidamos y la valoramos porque te ha costado mucho y es fruto de tu trabajo. El hogar que se gana con esfuerzo… ¡una casa regalada! —Claudia no supo muy bien cómo expresar sus sentimientos—. Ahora estamos bien, has trabajado mucho para obtener todo lo que tienes.

Nero entendía lo que decía su esposa, pero ella no era capaz de entender realmente la situación y no era consciente de la importancia de lo que le habían propuesto los Porcio.

—Pienso en la familia… a mí tampoco me gusta del todo, pero está en el mismo trato. Es muy difícil de rechazar, Claudia.

—Sí, lo entiendo. —Realmente no era así pero se haría lo que su esposo decidiera—. ¿Y no sabes lo que tendrás que dar tú a cambio?

—No, Flacco dice que tiene que ver con intrigas familiares y con una familia enemiga, los Porcio contra los Servilio.

—¡Esas cosas acaban muy mal, Nero!

—Sí, lo sé, Flacco lo dice por decir, no tiene ninguna prueba. —Quiso convencerse a sí mismo.

—Sabes que apoyaré siempre lo que tú decidas, pero ahora estamos bien. No nos falta de nada, vivimos sin lujos pero cómodamente. Si no te dicen lo que quieren es porque ocultan la verdad. Eso no es de agrado de los dioses.

—No te falta razón, pero quiero lo mejor para nosotros.

Ambos se tomaron un tiempo para pensar en lo dicho. Era muy difícil para ella, una matrona que cuida a los suyos, querer cambiar algo cuando veía que su descendencia tenía todo lo necesario. La incerteza, ante una situación estable y controlable, era sin duda provocadora de inquietud. Sin embargo, Nero había luchado toda la vida para sacar adelante a los suyos y esa era una oportunidad para dar aún mejor vida a sus hijos. ¡Tenía mucho en lo que pensar!

—Hay otra cosa que me preocupa.

—Dime, ya sabes que yo no sé de muchas cosas, pero si puedo ayudarte en algo...

—Claudia, cuando hablo contigo… Mientras te digo las cosas reflexiono y eso me ayuda, siempre me hace bien hablar contigo. —

Nero hizo una pequeña pausa para que su esposa percibiera la importancia que le daba a lo dicho—. Me preocupa el *collegium*, no me gustaría que se mezclara en asuntos políticos. En los enfrentamientos tras la muerte de Tiberio Sempronio Graco murieron muchísimas personas.

—Eso no depende de ti, Nero.

—¿No? —se extrañó ante la respuesta.

—Me has dicho que el patrón está en este asunto también. Si él está metido lo estamos todos.

—Tienes razón.

—¿Qué has decidido hacer?

—Tengo que pensármelo un poco más.

—Decidas lo que decidas, te apoyaré.

—Sí, sé que siempre estás a mi lado. Antes de marchar ese hombre, el de los Porcio, me dijo que si lo hacía bien y era de confianza me haría una oferta aún mejor. Es muy difícil decidir, veo que me puedo meter en un buen lío pero es muy difícil dejar escapar una oportunidad así.

Claudia llevó la mano hasta el falo de su esposo.

—¿Qué haces?

—Ya sabes lo que hago, el falo es símbolo de seguridad, protección y buena suerte. Que una matrona toque el de su esposo, solo puede dar prosperidad. Lo demuestran tus hijos.

Era una acción conocida por Nero, pero en esta ocasión le sorprendió.

—¿Solo haces eso?

—Bueno, podemos hablar del hijo de Natta, que tienes como aprendiz, o de que no puedes tomar decisiones nervioso y te conviene relajarte.

Enseguida advirtió que el miembro viril de su esposo se endurecía.

—Eres…

—Soy… lo que necesitas, Nero.

Este no pudo aguantar más y con un movimiento de su cuerpo indicó a su esposa que estaba preparado. Esta se tumbó y abrió las piernas para que pudiera ser penetrada sin dificultad. Antes de que Nero introdujera su miembro dentro de ella dedicó unos instantes a los pechos de su esposa. Para él eran como el néctar de los dioses, más sabrosos que el mejor de los vinos de Falerno.

Esa noche se oyeron gemidos de placer en la estancia.

A Nero Minicio, a pesar de los esfuerzos de su esposa, le costó mucho dormir esos días, la incertidumbre le embargaba. Sabía que no podía dejar pasar la oportunidad, era demasiado buena. Muchos ni tan siquiera pensaban en prosperar, eran lo que eran desde el nacimiento.

Sin embargo, él había podido hacer crecer su taller y dar más comodidad a su familia. Tras eso le llegaba una oportunidad irrechazable. Tan cierto era eso como que no sabía dónde se estaba metiendo y eso le preocupaba.

III – Mayoría de edad

Desde que Nos fuimos abandonadas no ha ocurrido nada diferente. Siempre os comportáis de igual modo. Nada distinto verán mis ojos y lo ocurrido volverá a suceder. De igual modo que no habéis cambiado hasta ahora, tampoco lo haréis en el futuro. Los que os sigan serán semejantes a los que os han precedido, pues esa es vuestra condición. No se puede evitar que el pez nade en las profundas aguas ni pretender que el buey no coma fresca hierba. En vuestra altivez siempre buscáis un motivo, un objetivo que os aleje y os distraiga, y no dudaréis en abandonar toda posesión o ayuda para conseguir vuestra pretensión.

Lo sabemos, nuestro querido Nero no lo hace con mala intención. Cree que protege a su familia y que la ayuda. Pero ¿qué ha hecho hasta ahora? Ha conseguido que nunca les falte alimento ni un techo ni un tronco para superar el frío del duro invierno. Sus descendientes están sanos, nunca han pasado las fiebres ni las enfermedades invisibles por su casa. Sus hijos, mujer e hijas le obedecen sin rechistar y su esposa es sumisa, trabajadora dedicada y obediente. No hubo nunca disputas en su hogar ni tuvo que sentir vergüenza ni deshonor por el comportamiento de los miembros de su familia. Sin embargo, con eso no tiene bastante. Como a muchos hombres, una vez que obtiene lo que quiere ya no lo aprecia, quiere más; siempre quiere más. Nuestro querido Nero tomará decisiones en favor de su familia, pero esta ya no volverá nunca a ser la misma. Tendrá más oportunidades de mejorar su categoría social, pero ¿eso los hará más felices?

A diferencia de su esposo, nuestra querida Claudia se lo entrega todo a él y a sus hijos y no desea más que servir y entregarse a ellos. En eso alcanza su felicidad, eso espera de la vida. Ella nos reza y nos invoca y nosotros la ayudamos, ¡es una simbiosis perfecta! Desde nuestra visión, la de una diosa abandonada, ella, en su humildad, es la parte más importante de la familia. Nuestro querido Nero ve esto que os digo como entre nieblas y adivina la importancia de la labor de su esposa, sin embargo su mente se distrae con grandes sueños y con conseguir grandes metas.

Las matronas, las rectas matronas como nuestra querida Claudia son la base de la sociedad romana, ejemplo de servicio y sacrificio. En todo momento de su vida fértil ofrecen su cuerpo a la misión de servir y paren hombres libres que harán grande a la Urbe. Al igual que un soldado se juega la vida en cada batalla, las matronas la exponen en cada uno de sus partos, sus únicas armas son la fe y el dolor. Cada alumbramiento es una partida contra la muerte. Cuando ya no pueden dar descendencia se dedican a los suyos y a seguir cuidando a las almas tiernas e indefensas

que vienen a la vida. Nos como divinidad tutelar de la infancia participamos con gusto en esa labor. Son abnegadas, castas, piadosas, trabajadoras, austeras, eficientes, atentas, sensibles y pudorosas. ¡Cómo no admirarlas! Nos las tenemos en un lugar privilegiado de nuestro corazón eterno. Obedecen las costumbres de sus ancestros y cumplen la voluntad de los dioses sin buscar gloria ni honor y sin pedir premio público o magistratura. Eso les evita distracciones. Encuentran la gratificación en servir a su esposo, a su familia y al fruto de su vientre. ¡Son felices en la felicidad del otro!

Nuestra querida Claudia no podrá evitar sufrir por lo que hará su buen, pero equivocado, esposo. El dios Consivio fue invocado y se abrieron las puertas a la fecundación de un ser humano. La matrona de esta familia merece nuestra ayuda pues siempre se acuerda de nosotras, Nos somos invocadas en cada una de sus canciones de cuna. Nosotros, los arcaicos dioses tutelares, nos encargaremos de esa nueva criatura y cuidaremos su porvenir. Como hemos dicho, nuestro querido Nero ve esto que os digo como entre nieblas y adivina la importancia de la labor de su esposa, sin embargo su mente se distrae con grandes sueños y con conseguir grandes metas. Eso acarreará graves consecuencias, pero Nos como deidad tutelar no podemos abandonar a una recta matrona romana.

*****

Tras haber realizado la peregrinación por veintisiete de las capillas de Roma, en las que los más devotos plantaban muñecos hechos de paja para que absorbieran a los malos espíritus, Nero y Claudia se reunieron con sus hijos ante el portal de su hogar, ¡era un día señalado!

Nero el Joven, con el semblante lleno de preocupación, se apartó de la familia mientras invitaba a su padre a hablar con más intimidad.

—Papá, ¿puedes venir?

—¡Ahora!

—Sí, será solo un momento, es muy importante.

El padre de familia se dirigió hacia su primogénito, algo separado del resto.

—Dime, hijo, pronto vendrán las sacerdotisas de Liber.

—Sí, padre, ya sé que son las *liberaria* y Silanus será inscrito hoy como ciudadano romano, no te molestaría si no fuese muy importante.

—Dime.

—He sido convocado en el Campo de Marte para las levas, al parecer se necesita un ejército en Asia.

Nero el Joven estaba ilusionado con su servicio militar. Sabía que servir a la República sería duro, tanto que no lo podía siquiera imaginar, pero era un honor además de un deber. Cada *quirite* ha de servir a Roma según sus posibilidades. Era el momento de seguir a

miles de romanos que habían empezado su vida de adulto siguiendo la voluntad de los dioses. Roma sería eterna y conquistaría toda tierra habitada por el hombre.

Sin embargo, a Nero Minicio se le ensombreció el rostro. Esto no pasó inadvertido por su hijo.

—Siento ser portador de malas noticias —se lamentó, pues no era su intención disgustar a su padre.

—No es culpa tuya, así son las cosas.

—Lo esperábamos, es por eso que no quise que me buscaras aún una mujer para desposarme.

Esa decisión no le gustó mucho al padre de familia. Cuanto antes procrease, antes tendrían aprendices para los talleres. Aun así respetó la opinión de su hijo. Nero el Joven no lo veía así, primero serviría a Roma y tras eso se dedicaría en cuerpo y alma a ayudar a su padre y a crear su propia familia.

—Sí, sí, lo sé. No es agradable que un hijo abandone su casa.

—Tampoco será fácil para mí no verte todos los días —declaró sinceramente.

—Gracias hijo, tu madre y yo te echaremos de menos.

Tras la reacción de su padre, Nero el Joven sabía que lo que le diría ahora también decepcionaría a su progenitor.

—También han llamado a Helva y a Lurco.

Esto último reforzaba la idea del primogénito, sus dos cuñados marcharían a servir dejando uno un retoño y el otro a su mujer encinta. Sin embargo para Nero Minicio eso no era lo importante en ese momento.

—¿Qué pasa en Asia para que tengan que ir tantos hombres?

—Ya sabes que solo nos enteramos de lo que quieren.

—Es cierto, hijo.

Para Nero el Joven su padre era el mejor de los romanos y él se consideraba un buen hijo, no quería que por su causa, aunque no fuera su culpa, su padre se llevara una decepción. Sintió la necesidad de disculparse.

—Me sabe muy mal, tres miembros del *collegium* marcharemos y… Primera y Segunda. Bueno, eso os traerá dificultades, a ti, lo más importante, pero también a la organización.

—Sí, lo sé, además de que os echaremos de menos será más difícil sin vosotros. No digas nada de esto a tu madre, se lo diré yo cuando lo crea oportuno.

—Claro, había pensado en decírtelo después de inscribir a Silanus en el registro. Pero…

—Has hecho bien, hijo, las cosas son como son y cuanto antes se sepan, antes se puede hacer algo.

Nero el Joven no supo interpretar esta última frase de su padre.

—¿Hacer? ¿Qué quieres decir?

—Ya te lo explicaré, ahora vamos. Hoy el importante es Silanus.

Seguía intrigado por lo dicho por su progenitor.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué vas a hacer? —insistió.

—¡Se ha acabado la conversación! Ya te lo diré cuando tenga que decírtelo, ¡vamos! —manifestó secamente acompañando la voz con una seria mirada.

Nero el Joven bajó la cabeza y acompañó a su padre guardando un silencio sumiso.

—¡Ya vienen, papá! —gritó su pequeña Nerita.

Las sacerdotisas de Liber avanzaban por la calle engalanando sus cabellos con sus coronas de hiedra y paseando su santuario portátil y una pequeña estatua del dios envejecido. Al llegar frente a la casa de los Minicio se detuvieron, pues eran sabedoras de que un miembro de esa familia sería bendecido con los favores de Liber.

—Afortunado padre, nos presentamos ante usted como las representantes del Liber Pater. ¿Desea ser bendecido por nuestro señor, en este día y en esta hora?

—Gracias, agradables ancianas. Sí, deseo recibir la bendición y hacerla extensible a Silanus Minicio, hijo de Nero, que hoy recibirá la virilidad por parte de Liber, será reconocido como ciudadano romano y podrá ser padre de sus propios hijos.

Una de las ancianas recibió un sestercio y a cambio dio un *liba*, un pastelito hecho de harina, huevo, aceite y miel y que se servía envuelto en laurel. Antes de dejarlo en manos de Nero cogió un pequeño trozo del mismo como parte del ritual.

La anciana oró a su señor pidiendo en nombre de Nero Minicio.

«Oh, mi señor Liber, padre protector de los plebeyos, te pedimos en este día y en esta hora por Silanus Minicio, hijo de Nero. Que Ceres, Libera y tú, mi Señor, le procuréis fertilidad y salud y tal como de la viña se hace tu vino sagrado y de ahí tu esencia llega a los hombres, que Nero Minicio a través de su hijo obtenga y eternice su sustancia en sus descendientes. Hoy te invocamos por Silanus Minicio, hijo de Nero. Que a partir de hoy pueda hablar con libertad. Así es».

Tras la oración, la quema de incienso y la entrega del trozo de *liba* al pequeño altar dedicado a Liber, las ancianas emprendieron de nuevo el camino.

—Gratitud, agradables ancianas, sean bendecidas por los dioses.

—Que los dioses inferiores y superiores deseen vuestra felicidad y la de los suyos, señor.

Como no podía ser de otra manera, Silanus estaba que no cabía en sí. Pronto sería llamado *quirite* y reconocido como ciudadano romano.

—Vamos hijo, tenemos que afeitarte y honrar a los Lares y al resto de las deidades tutelares del hogar.

Toda la familia, llena de alegría, entró en la casa para seguir con la ceremonia.

Silanus fue sentado frente a la puerta, pues el sol era agradable e iluminaba bien. Nero afeitó lleno de orgullo a su propio hijo, procurando que ni uno solo de los pequeños cabellos cayera al suelo.

—No te muevas, Silanus, que te cortará la oreja —bromeaba Nero el Joven.

—No le hagas reír a ver si le voy a cortar —respondió el padre, sin duda era un día dichoso.

—Si no tienes bastante, aféitame a mí. No veo mucha barba en tu mano.

Hasta Nero Minicio tuvo que alejar la navaja del rostro de su hijo.

Tras ser rapada la barba el padre aconsejó a su hijo que se lavara la cara con agua fresca, era la primera vez que la fría hoja repasaba la piel y eso sin duda la dañaba. Con el tiempo esta se endurecería.

—Claudia, ayuda a tu hijo a ponerse la toga. Mientras, yo prepararé las ofrendas en el altar.

Esta obedeció a su esposo, y pidió a su hijo, Nero el Joven, que la acompañara. La matrona no pudo evitar entrar en llanto entretanto ayudada por su primogénito vestía por última vez la toga infantil a Silanus.

—Mamá, no llores, esto es motivo de alegría.

—Lloro porque estoy contenta, hijo, muy contenta. Es que eras tan chiquitito y ahora ya eres un hombre… ¿Puedo abrazarte?

—Claro, mamá, pero cuidado con el maquillaje.

Claudia, con el mayor de los cuidados, abrazó a su hijo.

—Estamos muy orgullosos de ti, mamá —añadió Nero el Joven.

Esto volvió a provocar el llanto en la modesta madre. Los dos hijos se miraron, hacían un reconocimiento y su progenitora reaccionaba así, ¡las mujeres son imprevisibles!

Nero entró en la habitación y pidió intimidad. Quería hablar con su hijo.

—¿Estás preparado?

—Sí, papá.

—Pronto serás *quirite*, con todo lo que eso representa —habló a pocos centímetros de su hijo mientras le miraba insistentemente a los ojos.

Silanus esperaba esta conversación, aun así no pudo aguantar la mirada y bajó la cabeza sumisamente. Dijo a su padre lo que quería

oír.

—Lo sé, papá, no te dejaré mal.

—Recuerda que mientras vivas en mi casa se hará lo que yo diga. Yo soy aquí la ley —pronunció sin apartar los ojos de su hijo e intimidándolo invadió su espacio vital.

Este tuvo la tentación de dar un paso atrás, pero aguantó en su posición.

—Sí, papá, siempre te honraré, así lo quieren los dioses.

Tras unos instantes sin mediar palabra dio por acabada la conversación.

—Así es como tiene que ser. Bien, hijo, ¡vamos! Tenemos que empezar. Lávate las manos conmigo.

Nero Minicio se cubrió la cabeza mientras todos los miembros de su familia se disponían un paso tras él.

—Cúbrete la cabeza, vas a honrar a los dioses —recordó a su hijo.

—Perdona, papá.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón, es a los dioses.

Nero no dio más importancia al hecho, pues era natural que su hijo estuviera nervioso. Pero como todo ritual se ha de hacer de la manera correcta, volvieron a purificarse.

«Venerable Lar de mi hogar, Dioses Penates que custodian mi casa, Santísimo Genio de mi familia. Os pido humildemente que cuidéis a los míos y que me ayudéis en mi responsabilidad de llevarlos a bien. Hoy, dioses domésticos de mi hogar, es un día dichoso, mi hijo Silanus será reconocido como ciudadano romano de pleno derecho al concederle yo la mayoría de edad».

Realizó un gesto con la mano para que se acercara su hijo. Este con una mezcla de miedo, emoción y responsabilidad se dirigió al altar familiar.

—Dioses domésticos de mi hogar…

Desde el exterior se oyeron los ladridos de sendos perros. Uno de ellos gritaba como si recibiera daño, como si estuviera siendo golpeado. Claudia lo interpretó como un mal presagio y se sobrecogió. Sintió un escalofrío que le empezó en la nuca y le fue bajando por toda la espalda. Todo su ser se llenó de temor y no pudo evitar mirar a su esposo. Este adivinó sus miedos y la miró seriamente. No quería que esta dijera nada, ya estaba él para solucionarlo todo. Ante la autoridad de su esposo optó por el silencio y la quietud, sabía cuál era su sitio.

Silanus, primerizo en estos quehaceres, no supo cómo actuar y siguió con su rezo.

—Os ofrezco los pelos de mi primera barba…

—¡Calla Silanus! Nero, ¡averigua qué pasa!

Nero el Joven salió rápidamente mientras el padre de familia se preparaba para ofrecer un *liba* y así limpiar la ofensa del malogrado ritual.

Al poco este volvió.

—Papá, no hay nada, he ido hasta la esquina. No sé de dónde han salido los ladridos.

—Bien, volveremos a empezar.

Nero volvió a asegurarse de que todo estuviera a punto para empezar de nuevo el rito. Volvió a purificarse, pidió perdón por la incorrecta realización del acto, realizó una expiación y repitió fielmente la misma petición a los dioses. Tras eso era el turno de su hijo.

«Dioses domésticos de mi hogar, os ofrezco los pelos de mi primera barba, signo de mi madurez. —Hizo entrega de la misma—. Os ofrezco también la *bulla* que me fue colgada el día de mi purificación y que bendecida por vosotros me ha protegido de los malos espíritus y de los males de ojo. Me presento ante vosotros como un nuevo miembro completo de mi familia».

Nero Minicio continuó.

«Venerable Lar de mi hogar, Dioses Penates de la casa, Santísimo Genio de mi Familia, acoged entre vosotros a este nuevo ciudadano romano. Así es».

Todos esperaron a que las diferentes deidades obtuvieran su dádiva y a que Nero se descubriera la cabeza.

—*Quirite* —dijo el padre orgulloso,

—¡*Quirite*! —gritaron todos al unísono.

El festejado cubrió sus mejillas de rojo, no lo esperaba pero tanta atención y alegría le llenó de vergüenza y nervios.

—Ahora podrás venir a las prostitutas conmigo.

—No digas eso delante de la niña —le afeó Claudia.

—Nerita, ¿adónde voy por las noches?

—Papá dijo que ibas a hacer el sexo con hembras de poca categoría —respondió esta.

—¿Nero? —se sorprendió la madre, pues no era el proceder habitual de su esposo.

—Lo dije sin querer, además qué tiene de malo que un joven vaya a saciarse —se justificó.

—No tiene nada de malo, pero nosotros somos una familia decente y tu hija no tiene que escuchar esas cosas.

—Tú también haces el sexo con papá, eso no es de gente indecente —insistió Nero el Joven.

—Mamá no hace eso, mamá hace el acto de Afrodita con papá, solo con su esposo, por eso es una mujer decente y tiene el alma pura, ¿verdad, mamá? —Inmediatamente Nerita salió en defensa de su madre.

—Sí hija, así es, no les hagas caso, están de broma.

Claudia miró a su esposo para que acabara con el tema de conversación. La responsabilidad de cualquier matrona era la de la educación de las hijas. Nero se solidarizó con su esposa y miró a su primogénito, eso bastó.

—Sí, Nerita, mamá tiene razón, solo estábamos bromeando.

Era el tiempo del momento privado más emotivo. Silanus empezó a desnudarse en la sala principal de la casa ante toda su familia, pues era costumbre que el nuevo adulto enseñara sus atributos masculinos. Tenía que mostrar a todos sus dos testículos y su desarrollado falo. Tenía que demostrar que era joven, fuerte y viril, en definitiva, tenía que presentarse como un hombre completo.

Tras ser palpado para comprobar que efectivamente poseía los dos testículos, recibió el visto bueno de su padre, este y su hermano mayor le pusieron una túnica y le vistieron con la toga viril, la que tenían que llevar los hombres romanos completos. Aunque Nero no la llamaba así, para él era la toga de Liber, la toga de la libertad. Mientras era vestido, tanto el padre como el hijo estaban llenos de orgullo.

—¡*Quirite*! —le dedicaron todos tras acabar el último ritual íntimo.

Tras eso, los hombres de la familia salieron en procesión acompañados por otros jóvenes pertenecientes al *collegium*, a los que sus padres también les habían concedido la mayoría de edad. Como era la costumbre se dirigieron a inscribir a sus hijos en los archivos de la Urbe.

El responsable levantó la vara en dirección a Silanus, indicando a Nero Minicio que era su turno.

—De conformidad con la ley de Quirino, que es la mía, y la que me asiste, vengo a inscribir a mi hijo como ciudadano.

—Bien, *quirite*, ¿quién eres y a quién quieres inscribir?

—Soy Nero Minicio, hijo de Quinto de la tribu Falerna, y vengo a inscribir a Silanus Minicio, hijo de Nero.

—Comprobados los registros, eres reconocido como *quirite* y esta ley te asiste. ¿Tienes testigos que reconozcan que tu hijo es legítimo?

—Sí, Flacco Polion, hijo de Labeo de la tribu Falerna, y Lurco Valente, hijo de Lurco de la tribu Falerna.

Ambos asintieron.

—Damos fe de que se reconoce a tu hijo como legítimo y por ese motivo se inscribe en los registros de la Urbe a Silanus Minicio, hijo de Nero de la tribu Falerna, como ciudadano romano de pleno derecho. De ahora en adelante le asiste la ley de Quirino y puede ser llamado *quirite*.

Tras ese paso solo quedaba ir al templo de Júpiter, el dios más grande de Roma. Ese día muchos jóvenes alcanzaron la mayoría de edad y se sacrificó un buey para celebrar su dicha.

—Papá, me lo llevo a hacer cosas de hombres.

—Yo ya he hecho cosas de hombres —se defendió el nuevo ciudadano.

—¿Qué vas a saber tú lo que es un hombre, enano? —bromeó Nero el Joven.

—¡Esperad! —intervino el padre de familia.

Una bolsa con dinero fue entregada a su primogénito.

—Págale una de calidad, que no lo haga una fulana cualquiera.

—Buscaré una pequeñita, no sea que no tenga suficiente ímpetu.

—Estoy aquí, ya he ido de fulanas, y os estoy oyendo —intervino Silanus.

—Calla, pequeñajo —dijo mientras con la mano enredaba los cabellos de su hermano—. ¿Y yo?

—¿Tú? Tú ya has gozado mucho, págate una más barata —bromeó Nero.

Ambos hijos se alejaron.

—¡Id con cuidado! —A su hijo le gustaba ir a la Subura, un barrio peligroso.

—Sí, papá —contestaron al unísono.

IIII – El acuerdo

Llevaba varios días pidiendo una cita a los Porcio. Empezaba a estar desesperado, su hijo y sus yernos ya habían partido hacia el puerto para ser embarcados. Era perfectamente consciente de lo que le esperaba a su primogénito, pues él mismo lo sufrió cuando luchó en las guerras contra los lusitanos y los celtíberos. Vio a muchos hombres caer ante esos demonios hispanos, y solo la fortuna lo salvó a él en ocasiones. Aunque eso no era lo peor, pues era lo esperable. No, no eran las batallas lo que más le preocupaba. Él mismo tuvo que hacer cosas horribles, indignas e impías. Nunca se había atrevido a contárselo a nadie, ni siquiera a Claudia, era una vergüenza para él y para Roma. Nero el Joven era el orgullo de la familia, viril y piadoso, ¡no podía pasar por eso! Se le caía el alma cuando imaginaba a su hijo realizando los inmorales actos que le habían obligado a realizar. ¡Le era imposible quedarse con los brazos cruzados!

Por mucho que insistió a los siervos y a los hombres que custodiaban la casa de Tito Porcio, no consiguió nada. En un acto de desespero pidió ayuda al patrón del *collegium*. La motivación que tenía para que ambos cofrades aceptaran las condiciones de Tito Porcio fue suficiente para que este realizara el trámite. Sin embargo, sería recibido en la casa de Marco Porcio Annio. Un siervo se presentó en el taller informando de la hora y el lugar de la tan esperada cita.

—¡No te acabas la comida! —se extrañó Claudia.

—No, tengo un asunto que atender antes de ir al taller.

—Que tengas un buen día. —Apoyó su deseo tocando suavemente su mano con un sutil roce.

—Que los dioses te oigan. —Su esposa no sabía de lo necesaria que era para la familia esa bendición.

Nero se cruzó con su pequeña Nerita.

—Ayuda a tu madre.

—¡Siempre ayudo a mamá!

—Lo sé, eres una buena hija, pero qué clase de padre sería si no te lo recordara.

Sin más, sumido en sus preocupaciones, partió hacia su destino.

Claudia era perfectamente conocedora de los gestos y de cómo su hija expresaba sus sentimientos e inquietudes con el cuerpo, con sus movimientos y comportamiento. Así que no hizo caso del comentario de su esposo y se preocupó directamente por lo que inquietaba a su pequeña.

—¿Qué te pasa, Nerita?

—Como me dijiste, le he llevado estos huesos de las sobras al señor Camillus, para su perro, y me ha dicho que hace unos días que no lo ve.

—A veces los perros se van a explorar y luego vuelven.

—Sí, pero el del señor Cotta no volvió, y a mi amiga Alba tampoco le vino su gato.

Ahora que lo decía su hija, Claudia cayó en cuenta de eso, de que no se veían esos animales domésticos hacía unas jornadas, desde el día de las *liberalia*. Ese día dos perros ladraron de dolor y ahora dos de ellos habían desaparecido. Sintió un mal agüero. Las malas sensaciones que le dieron pensar en ello hicieron que se asegurara de que la *lunula* protectora de su hija estuviera en su lugar. Toda precaución era poca, la mala impresión que le recorría el cuerpo era muy intensa. Algo amenazaba y no podía ver qué era.

—Vamos hija, vamos a purificarnos.

No habían tocado la muerte pero era mejor hacer una purificación, así recuperaría algo la tranquilidad. Al pasar ante el altar familiar pidió protección, algo en su interior la preocupaba mucho.

Nero llegó a la espléndida *domus* de Marco Porcio Annio y fue recibido por el esclavo que custodiaba la puerta. Enseguida, otro de los siervos le invitó a entrar y le indicó el orden en el que sería atendido. No sería recibido por orden de llegada sino por escala social e importancia, tuvo que esperar a que salieran cinco de los amigos, socios o clientes.

Era el turno de Nero.

—*Salve,* señor Marco Porcio, que los dioses le favorezcan.

—*Salve*, Nero Minicio, que todas las deidades cuiden de tu familia.

Tras el amo de la casa se situaba un individuo que portaba una tablilla de cera y un estilete para apuntar todo aquello que se requiriera. No era un esclavo, era sin duda el hijo de alguno de los muchos clientes de la poderosa familia.

—¿No está su padre?

—Yo honro a mi padre, hablar conmigo es como hablar con él pues todo lo aquí expuesto será sabido por él.

—No quería decir eso… No quería ofenderle, solo es que la otra vez su padre era el que dirigía la conversación.

—Un hijo siempre calla ante su padre, ¿no educa así a los suyos?

Marco Porcio encontró la ocasión para devolverle al plebeyo la manera desvergonzada con la que había hablado a su padre en el despacho del patrón.

—Ciertamente es así.

Se produjo un silencio incómodo. Nero decidió ser directo.

—Señor, aceptaré sus condiciones y haré todo lo que me pida si me hace un favor.

Marco Porcio Annio no sabía qué esperar de esta visita, pero aun así lo que estaba oyendo le sorprendió.

—¡Vaya! Qué interesante. Creo que te hemos hecho una buena oferta. Dime, ¿qué más quieres?

—Mi hijo está a punto de embarcar hacia Asia, si es que no lo ha hecho ya, y yo preferiría que no lo hiciera. Si acepta eso solo tendrá que decirme qué tengo que hacer y lo haré.

Marco Porcio Annio sopesó lo que le pedía, y sopesó las posibilidades que su familia tenía en esos momentos. Nero Minicio no tenía ni idea de lo importante que era para ellos.

—¿Eres consciente de que todo ciudadano, en la medida que pueda, tiene el deber y el honor de servir a la República?

—Él puede servirla haciendo las mejores espadas *hispaniensis* y las mejores armaduras para proteger a los legionarios de Roma.

—Así no es como funcionan las cosas y tú lo sabes. Todos, tengamos la condición que tengamos, tenemos que servir en el ejército, no hay excepciones. —Lo que le estaba pidiendo era casi imposible—. Además, en estos momentos no dispongo de suficientes influencias para revocar una orden de alistamiento y menos aún si ya se han movilizado. Como sabes, los magistrados de la Urbe son de diferentes familias y a veces te favorecen y otras no tanto.

—Supongo que a un hombre como usted eso le preocupa. —Poco le importaban a los humildes los dirigentes de Roma, entraba uno y salía otro y todo seguía igual.

—Sí, me preocupa y mucho.

Marco Porcio se preguntó a sí mismo qué podía hacer. En esos instantes tuvo una idea, no podía permitirse perder a Nero.

—Una pregunta, ¿tu hijo sabe leer y escribir?

—Sí, él tiene que hacerse cargo de mi negocio.

—Y de cuentas, ¿cómo va?

—Bien, yo personalmente le he enseñado.

—Seré sincero contigo, no puedo evitar que tu hijo vaya a Asia, pero sí le puedo dar un destino más cómodo. Tengo a varios amigos cuyos hijos servirán en el ejército como tribunos, les pediré que lo escojan como asistente.

Nero era un artesano de la forja, pero también un comerciante, en toda negociación se cede. Ese hombre parecía sincero y tenía intención de ayudarle con lo que podía.

—Gracias, señor. ¿Qué tengo que hacer?

—Por ahora nada, mi padre os convocará a Flacco y a ti este viernes en la sede del *collegia*. Allí os diremos lo que tenéis que hacer.

—Ya sabe mi respuesta, señor.

—No, no sé tu respuesta, la sabré entonces. Este favor te lo haré, decidas lo que decidas.

—Gracias, señor.

—¿Algo más?

—No… Sí, señor, mis dos yernos también han sido movilizados. Saben leer, escribir y de cuentas.

—¿Cómo se llaman?

—Helva Valente, hijo de Helva de la tribu Falerna, y Furco Polion, hijo de Metellus de la tribu Falerna.

Hizo un gesto con el dedo al hombre que tenía detrás y este apuntó los nombres de los aludidos.

—Haré lo mismo por ellos.

—Gracias, señor.

—Por cierto, puedes llamarme Annio.

—Gracias, Annio. Usted puede llamarme Nero.

—Eso haré. Bien, tengo muchos otros asuntos que atender.

—Gracias de nuevo, nos veremos de nuevo el día en el que seamos convocados.

Nero se dirigió a la salida de la sala, pero no llegó a abandonarla.

—¡Espera!

—¿Sí?

El anfitrión se acercó con un cofre y lo abrió ante él.

—¿Quieres mi opinión? —Se sorprendió.

—Sí, es un regalo que quiero hacer a mi padre, cógelo —le invitó.

—Soy un trabajador de la forja, no un joyero.

—Lo sé, no quiero que me des tu opinión en cuanto a belleza sino en cuanto a calidad, un puñal, por bonito que sea, si no sirve para herir carece de utilidad.

Nero lo tomó en sus manos y fue verificando cada una de sus partes: la hoja, la punta, la forma del bisel, el bien afilado filo, el cuello, el guardamanos, el mango con las cachas y el pequeño talón que cerraba la empuñadura del arma. Por último repasó la espiga y los remaches.

—Dentro de las posibilidades que da un puñal, es un arma totalmente efectiva y de muy buena calidad. ¿Dónde la ha conseguido? —Era imposible para él no preguntar, siempre es bueno ver otros trabajos para aportar más productos a los que ya ofrecía su taller.

—De Hispania, un amigo me la ha hecho llegar.

—Los hispanos trabajan muy bien el hierro, señor.

—Sin desmerecer vuestro trabajo que es también de muy buena calidad, es cierto, Nero. Bien, me quedo más tranquilo, gracias por tu opinión.

Tras las despedidas oportunas, Nero marchó hacia su taller. Marco Porcio Annio quería de corazón que Nero fuera tal y como le habían dicho. Un buen hombre y alguien en el que confiar. El preocuparse por su hijo y entregarse sin condiciones por ayudarlo le definía como un padre fiel que defendía con todo lo que podía a su familia. Eso, aunque mucho más complicado, era lo que querían su padre y él. El valor que había tenido al presentarse para pedirle ese favor era un buen síntoma. Aun así, había que probarlo con algo más delicado. Al dueño de la casa le habían enseñado que aunque la relación entre los patricios y los plebeyos no era la misma que al principio de la República, era muy difícil fiarse de ellos.

Acabada la jornada y con la esperanza en el alma por poder dar un destino mejor a su hijo, Nero llegó a su casa.

—¡Claudia!

Cuando su esposo llegaba a casa siempre preguntaba primero por ella, eso la reconfortaba.

—Sí, estoy en la cocina.

Se dirigió hacia donde estaba su esposa.

—Veo que estás haciendo sopa de verdura. Huele desde la puerta.

—Sí, sé que tienes que tomar decisiones importantes, así que en casa no tienes que encontrar ningún problema. Yo solo ayudo haciéndote tu plato favorito.

—Gracias, eres siempre un gran apoyo y siempre piensas en nosotros.

—Solo hago lo que quieren de mí los dioses.

Lo que decía su esposa era una evidencia, aun así sentía la obligación de recordárselo pues es de buen romano ser agradecido.

—¿Dónde están los niños?

—Marcellus y Crispus jugando en su cuarto, y Silanus salió pero no sé dónde está.

—Me lo puedo imaginar.

—¿Cuándo te lo llevarás contigo? Ahora que se ha ido Nero te hará falta ayuda.

—Pronto, déjale unos días, hace poco que puede hacer cosas de hombres.

Su esposa era muy pesada con esa pregunta, se preocupaba demasiado por Silanus. En poco tiempo su segundo hijo tendría que tomar más obligaciones en el taller. De sobras sabía que tendría que enseñarle lo máximo posible para que pudiera ayudar a la familia. Eso era en un futuro, ahora era mejor dejarlo disfrutar un poco de la vida, cuando adquiriera responsabilidades todo esto que estaba haciendo, todo lo que estaba disfrutando, le costaría mucho más. Además tenía muchas otras preocupaciones en la cabeza, prefirió cambiar de tema.

—¿Nerita te está ayudando? —añadió.
—Sí, ya tiene edad de sobras para eso.
—Lo veo, pronto tendré que buscarte un esposo.
—Si me buscas un esposo seré como mamá —respondió por alusiones.
—Si eres como tu madre tu esposo estará orgulloso de ti.
—Sí, lo estará —respondió la niña mientras portaba unos recipientes a su madre.
—Gracias, Nero. Ve a la mesa, ahora te sirvo la comida —sugirió.
Este siguió la invitación. Al fin y al cabo había delegado la responsabilidad de la educación de la niña a su esposa. Él tenía la obligación, como todo padre de familia, de asegurarse de que su hija recibía el adoctrinamiento correcto y de que ni en el presente ni en un futuro avergonzara a la familia. En el caso de Claudia esa precaución no era necesaria, pues era una recta matrona romana consciente de sus obligaciones y responsabilidades, y nunca dudó de su buena labor.
Sin embargo no quería dejarse llevar por las preocupaciones y necesitaba distraerse un poco, aunque solo fueran unos instantes más.
—¡Oye, Claudia! —gritó desde la sala.
—¡Sí!
—Que esa niña tan mayor me traiga la comida.
Nerita, seguida a dos pasos de su madre, le acercó el plato.
—Como te he dicho antes, pronto serás como tu madre.
—Ya te lo he dicho. —El sentir a su padre compararla con su madre llenó de orgullo a Nerita.
Recordó entonces el desliz que tuvo ante ella al hablar de las fulanas a las que visitaba su hijo y de la conversación con su esposa.
—Tú sabes que a veces los hombres hablamos de broma, ¿verdad?
—Sí, me lo ha dicho mamá.
—Pues haz siempre caso a tu madre.
Claudia se adelantó a la respuesta de su hija.
—Y de tu padre si no está de broma.
—Sí, mamá.
—Tu madre tiene razón. Ven, dame un abrazo.
Claudia agradeció con un gesto a su esposo y se dispuso a servir el resto de los platos, olivas, un poco de queso de cabra y, cómo no, pan y vino.
—Nerita, ve a tu cuarto, tu madre y yo tenemos que hablar de cosas importantes.
—Sí, papá.
Como buena hija, Nero la Tercera obedeció.

—Se hace grande, pronto tendré que buscar a un buen hombre para ella.

—Así lo quieren los dioses.

—Sí, pero tú te quedarás sin ninguna de tus hijas. Aunque no te lo creas disfruto mucho cuando te veo con ellas. Sois todo un orgullo para mí.

—Gracias, yo lo he hecho lo mejor que he sabido.

—Lo has hecho mejor que nadie.

Tenía que decirle a su esposa que haría lo que le dijeran los Porcio, pues le era imposible ver a su hijo haciendo lo que tuvo que hacer él. Esos actos eran una vergüenza que llevaba clavada en el corazón. Matar en una batalla, clavar su arma a un enemigo que quiere matarte es el oficio del soldado. Más aún el de un legionario de Roma, la ciudad elegida por los dioses. Pero el matar a hombres, mujeres y niños indefensos, ver cómo las madres se interponían para salvar a sus pequeños dando su vida para solo obtener unos instantes más en sus hijos...

«Solo obedecí las órdenes», se repetía constantemente, pero no lograba convencerse. Lo que pasó no es de romano ni es agradable a los dioses. Olvidar esas imágenes le había costado largo tiempo, sin embargo el alistamiento de su hijo se lo había refrescado, se lo había hecho presente. Tan presente que le avergonzaba. Si su devota y pía esposa lo supiera se compadecería de él. ¡Ella no podía conocer esos hechos tan terribles pues romperían su alma!

Marco Porcio Annio procuraría que su hijo tuviera mejor destino y le apartaría de todos esos actos, solo con eso ya tenía suficiente motivo para colaborar con ellos. Este le había dicho que la ayuda a su hijo no condicionaba su decisión, pero no era cierto. El compromiso adquirido obligaba a pagar la deuda, así funcionaban las cosas en Roma.

Sumar a eso todo el dinero que le ofrecían, una casa mejor para su familia y ser un administrador en el *collegium,* y la aportación de ingresos que eso comportaba. Con todo ello era imposible rechazar a los Porcio.

—Claudia…

—Lo sé, aceptarás trabajar con los Porcio. —Lo conocía de sobras para saber cuál era su decisión.

—No puedo negarme, tratarán de ayudar a Nero.

—Soy su madre y tengo miedo, no quiero perder a mi hijo y llorar su pérdida, pero es obligación de todo ciudadano servir a la República y obligación de las matronas sufrir por ellos. Así lo quieren los dioses.

—Tú no has visto lo que he visto yo. Ese malnacido de Servio Sulpicio Galba nos avergonzó a todos y no pagó por ello.

Claudia había oído comentar muchas de las desgracias de la guerra, pero no sabía de qué le hablaba su esposo. Además, el tema de

la política no era de incumbencia de ninguna buena mujer romana.

—No quiero…

—Lo sé, tú siempre hablas desde el corazón.

—No me da buenas sensaciones esto, hace días que algo me dice... No sé cómo explicarlo. —Desde el día de las *liberaria* las malas sensaciones acudían a ella de vez en cuando.

—Sí, lo sé, a mí tampoco me gusta, pero tengo que hacer lo que tengo que hacer.

—Conozco a Nero y él quiere servir. Se siente orgulloso de ser romano y siente que es su obligación. ¿Has pensado lo que sentirá?

—Me da igual lo que sienta, hará lo que yo le diga.

Claudia optó por callar, la habían educado en evitar disputas con su esposo.

—Perdona, Claudia, no es culpa tuya, es que estoy algo nervioso.

—¿Quieres que sea complaciente contigo?

—No, no quiero hacer eso ahora. Ven.

Apoyó la cabeza entre los pechos de su esposa mientras abrazaba su cintura, solo necesitaba relajarse y nunca encontró mejor lugar. Allí buscaba la seguridad que encuentra el niño, el recién nacido, que no entiende de problemas ni de complicaciones y que lo encuentra todo en los brazos de su madre.

V – Nero Minicio

—¿Habéis decidido colaborar con nosotros?

Tito Porcio Annio, escoltado por su hijo y guardado por doce hombres más fuera del despacho del patrón, fue directo al tema que le interesaba.

—Sí—respondieron los dos amigos al unísono.

Ni Flacco ni Nero habían vuelto a hablar del tema, no hacía falta. La seriedad de la conversación anterior al encuentro era suficiente para saber lo que dirían.

—Permítame, padre—interrumpió Annio.

—¡Sí!

—Perdone, pero adquirimos un compromiso con Nero Minicio y tenemos que comentarle sobre la situación.

—Sí, es cierto, adelante. —Haciendo un gesto con su mano invitó a su hijo a continuar la conversación.

Este se adelantó un paso a su padre, evidenciando que ahora era el que hablaría.

—Nero, envié una carta a dos tribunos de la familia de los Aquilio pidiéndoles lo que te dije, que a sus allegados sirvieran como asistentes, pero cuando mi sirviente llegó estos ya habían partido hacia Asia. Parte de la flota volverá a por suministros, especialistas y algunas tropas aliadas en seis semanas, más o menos. No tardará mucho en volver a partir, pero hasta entonces la carta no podrá salir hacia allí.

—Entiendo. —Fue lo único que pudo decir.

—Además una vez en Asia, si el ejército se ha movilizado y se dirige a la ciudad de Pérgamo, tardará aún más en llegar. Así que tu hijo y tus yernos tendrán que valerse por sí solos hasta entonces. Creía que tenías que estar informado antes de aceptar.

Nero no sabía a qué distancia estaba Asia ni cuán lejos estaba Pérgamo. Así que no podía calcular cuánto tiempo tardaría la carta en llegar al ejército consular en el que estaba su hijo. Aun así quiso consolarse, convencerse de que serían solo tres o cuatro meses. En ese tiempo existía la posibilidad de que su hijo no entrara en batalla o hacer cosas peores. Por lo demás su decisión era la misma, no podía dejar de aceptar la oferta de los Porcio, su primogénito era importantísimo, pero tenía tres hijos más a los que dar un buen futuro.

—Gracias por la sinceridad. Entiendo que lo pasado no es culpa suya y que intenta cumplir su compromiso. Mi respuesta a la pregunta de su padre es la misma, sí—concluyó Nero.

Annio dio por concluida su intervención y retrocedió el paso dado para asumir un papel segundario ante su padre.

—Bien —añadió Tito Porcio Annio—, necesitaríamos un poco de intimidad, patrón. Como puede entender, cuanta menos gente sepa lo que tenemos que decir mejor para todos.

—Lo entiendo perfectamente, señor.

El patrón del *collegium* abandonó rápidamente su despacho.

—Bien, Nero Minicio y Flacco Polion, todo lo que hablemos aquí será secreto, cualquier indiscreción tendrá consecuencias para vosotros y vuestras familias.

El silencio fue respuesta a lo dicho, los dos amigos eran perfectamente conscientes de las implicaciones de lo que advertía el padre de familia de los Porcio.

—Por un tema que no es de vuestro interés, tenemos que tomar acciones contra una de las familias de los Mucio.

—¿Qué tipo de acciones?

—Acciones en las que muere gente.

—Yo haré lo que haga falta pero no tocaré la muerte —añadió Flacco, pues como todo hombre piadoso temía que la impureza tocara su alma.

Tito Porcio Annio miró a Nero, pero este no dijo nada. Aunque un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Mataría por el bien de su hijo? No quiso responderse ni quiso ser preguntado.

—No os preocupéis, tenemos gente para eso. Vosotros tenéis que vigilar y avisar en caso de peligro. Tenemos a hombres sin valor que podemos usar y luego desechar. Con vosotros pensamos a largo tiempo.

—¿Para qué? —insistió Flacco.

—Para lo que haga falta. Las cosas dan muchas vueltas y hay que ser previsor. Siempre es bueno tener a hombres de confianza. ¿Eres de confianza, Flacco? —Tito Porcio Annio subió el tono.

—Sí, señor, lo soy.

—Bien, mejor para todos. ¿Tú no tienes ninguna pregunta, Nero Minicio?

—No, prometí a su hijo que haría todo lo que me pidiera si me ayudaba con mi primogénito. Él me dijo que lo que se hablara con él era como hablarlo con usted, así que también se lo prometí a usted.

—Bien, mañana por la noche a la hora décima os quiero esperando fuera de la taberna de vino que hay en la esquina entre el *vicus* Longus y el *clivus* Salutis. Alguien os dirá: «¿Queda muy lejos el templo a la diosa Flora?». Vosotros contestaréis: «Está en el Aventino». Seguid sus instrucciones. No digáis nunca vuestros verdaderos nombres. Como he dicho ya tenemos gente para hacer lo que hay que hacer, vosotros vigilaréis y avisaréis en caso de peligro.

—Allí estaremos, señor.

—¡Ah! Vuestros hijos también pueden venir, cuantos más mejor.

Sin más los Porcio salieron de allí.

Entre tanto en el hogar de Nero Minicio, lejos de esas intrigas, sucedían escenas donde los miedos y las inseguridades también estaban presentes. El destino de una joven estaba pendiente y como sucede siempre, eso es motivo de inquietud.

—Mamá, ¿papá me va a buscar un esposo?

—Ya tienes edad, Primera se casó con trece años y Segunda también.

Nerita era plenamente consciente de ello, por eso estaba intranquila. La separación del vínculo estrecho entre madre e hija se rompería.

—Pero yo no quiero irme, yo quiero quedarme contigo, cuando yo me vaya te quedarás sola.

La experimentada matrona sabía que lo que decía su hija era cierto, como también lo que no decía: tenía miedo al matrimonio, miedo a abandonar el nido.

—Lo sé, pero eso no es lo que quieren los dioses.

—Ya…

—Mira, cariño, nuestros esposos tienen que servir yendo al ejército y consiguiendo nuevas tierras. Las mujeres tenemos que servir a la República pariendo hijos y así es como ayudamos a nuestros esposos. Ya sabes que no hay nada mejor para una mujer que vivir en buen matrimonio y ser la matrona de una familia.

—Sí, pero…

Claudia había pasado por esta situación en varias ocasiones con sus otras hijas y lo había vivido en sus propias carnes, a todos nos asustan los cambios. Ella no se lo iba a reconocer a su hija, pero también temía quedarse sin Nerita, la alegría de la casa. Aun así lo que decía era lo que sentía, era una mujer devota.

—¿Tú no quieres ser como yo?

—Sí.

—Pues me casé con tu padre cuando se licenció del ejército, por entonces yo tenía trece años.

Nerita veía cómo su madre siempre sabía lo que tenía que hacer y sin embargo ella sentía siempre un sinfín de dudas.

—Yo no sé las cosas como tú. No sé tantas cosas.

—Aprenderás, ¿tú crees que yo sabía lo que sé ahora cuando me casé con tu padre?

—No…

—Cuando tengas dudas, aunque no nos veamos todos los días, me podrás preguntar a mí y además, si pides, los dioses siempre te ayudan.

Nerita tenía que procesar las palabras que le había dicho su madre.

Las había oído en muchas ocasiones, pero las dudas embargaban cada uno de sus pensamientos. Quería en ella misma la seguridad de su progenitora. Si era capaz de interiorizar lo que le decía, ganaría confianza. Evidentemente su madre era conocedora de ello.

—A ver, ¿cómo te tienes que comportar con tu esposo?

—Tengo que ser servil, encantadora, casta, fiel a sus palabras, no tengo que buscar discusiones y tengo que ser buena ama de casa. Los dioses no nos dieron el don de la palabra porque no tenemos el talento reservado a los hombres. Una buena mujer romana tiene que buscar un buen hombre al que someterse. Así lo quieren los dioses —recitó Nerita como si fuera un papel en una obra de teatro repetida mil veces.

—Muy bien hija, recuerda, una mujer es feliz cuando está en buen matrimonio. Es normal tener un poco de miedo, tener hijos es una cosa muy importante.

—Sí, mamá.

—Ven.

Claudia abrazó a su hija con dulzura y cariño, pues se veía reflejada en ella misma. Como madre se repetía en su interior: «Así lo quieren los dioses». Nero ya había barajado algunas opciones pero no se decidió por ninguna. Aun así tanto su hija, en su inocencia, como ella misma sabían que era cuestión de poco tiempo.

Los dos amigos esperaron la entrada del patrón.

—Hemos vendido nuestra alma.

—No, no es así —se defendió este—. Hacemos lo que hacen los demás, casi todos los *collegia* tienen a familias poderosas detrás que los apoyan.

—Eso es vender el alma—insistió Flacco.

El patrón era plenamente consciente de lo peligroso que era tratar con las familias poderosas de Roma. Pero eso se había vuelto inevitable, si se quedaban atrás serían controlados por otra organización más poderosa y serían absorbidos de facto. Seguiría existiendo el *collegium* de los *Ferrarii* pero las decisiones las tomarían otros. Los Porcio le habían asegurado que solo les pedirían algunos favores a cambio de su protección y que no tomarían decisiones referentes al gremio. Se fiaba de ellos, pues incluso habían consultado lo de apoyar el cargo de administradores de Flacco y Nero.

—Tú has aceptado trabajar para ellos y has sacado tajada.

—No puedo rechazar, tengo una familia a la que cuidar.

—Yo también tengo familia—se defendió el patrón.

—Flacco, déjalo —intervino Nero—. Él hace lo mismo que nosotros, lo mejor que cree para sus intereses y para los del gremio. Vamos.

Ambos amigos abandonaron la sede de la organización y por instinto se dirigieron a su taberna de vino favorita, situada en el *clivus Pullius*, a tan solo doscientos metros. No se dijeron nada durante todo el camino, pues cada uno de ellos tenía que poner en orden sus propios pensamientos.

—Ya está hecho, Nero, ya estamos metidos —rompió el silencio Flacco degustando un vaso de vino acompañado con un poco de queso de oveja.

—Yo no tenía opción —se defendió Nero.

—La tenías, al igual que yo.

—No, Flacco, no puedo permitir que mi hijo haga lo que tuvimos que hacer nosotros.

Tras un suspiro, Flacco añadió:

—Te entiendo, no había pensado en eso.

—Todavía veo a esas mujeres lusitanas atravesadas por mi espada y a los niños aterrados esperando su turno. Eso nunca debió pasar.

—Solo cumplíamos órdenes.

—A mí eso no me consuela. Ese malparido de Servio Sulpicio Galba quedó libre de culpas. Al final fuimos nosotros los que matamos a los que se presentaron desarmados y tras haber aceptado un tratado de paz firmado por un pretor de Roma, ¡una abominación!

—El Senado liberó de la esclavitud a veinte mil lusitanos.

—Sí, eso se hizo con los vivos, pero no devolvió la vida a los demás.

Flacco había hablado en multitud de ocasiones de esta cuestión y nunca había logrado calmar la pena y la vergüenza por lo hecho que sentía su amigo, así que prefirió cambiar de tema. Apreciaba mucho a Nero y no quería que siguiera recordando.

—¿Sabes lo que no entiendo?

—¿Para qué nos quieren? —respondió con una pregunta

—¿A ti también te extraña?

—Tienen hombres más que suficientes para hacer eso, nosotros no somos necesarios.

—No sé qué pretenden —apuntó Flacco.

—Yo me lo imagino.

—¿Sí? —se asombró Flacco.

—Quieren ver si somos de fiar, como dijo Tito Porcio Annio, necesitan hombres en los que confiar. Con esto nos tienen controlados en cuanto a lo personal, y al ser administradores del *collegium* también controlan la organización —expuso mostrando pesar.

—No te tortures, para eso último tienen al patrón.

—El patrón no tiene poder absoluto ni el nivel de confianza con los demás miembros que tenemos nosotros. Podemos oír cosas que a él no

le llegan. Como has dicho: «Hemos vendido nuestra alma».

—Tengo una mala sensación, Nero, cada vez más *collegia* están en manos de esos prohombres. Nos meterán de una manera u otra en sus peleas de poder y eso no será bueno para nosotros.

—Morirá gente, pero… ¿Puedes negarte?

Para ambos la oferta era irrechazable, para los demás miembros de los demás *collegia*, sería lo mismo.

—No, no puedo, juegan con nuestras necesidades.

—Y con nuestras ambiciones, Flacco.

—Es cierto. ¿Tienes alguna idea de lo que te van a proponer si para ellos eres de confianza?

—No, no tengo ni idea, yo soy como tú, amigo mío. No tengo nada de especial —añadió sinceramente Nero.

Nero acudió a su casa con un evidente olor a vino, rozando la embriaguez.

—Marcellus, Crispus, Nerita, id a vuestros cuartos —ordenó la precavida matrona.

Los niños hicieron caso a su madre y salieron raudos.

—¡Sí, que se escondan, solo dan problemas!

Claudia no contestó, tan solo se aseguró de que sus hijos entraran en sus cuartos y tras eso bajó la mirada en señal de sumisión.

—A veces pienso si te mereces todas las cosas buenas que digo de ti.

Continuó en silencio en la misma actitud. Él la miró con rabia contenida, la furia que sintió la descargó dando una patada a una de las sillas, que voló hasta ser detenida por la pared.

—No me prepares nada, me voy a la cama, no tardes.

—Sí, Nero.

Claudia corrió todo lo que pudo hacia la cocina, cogió algo de pan, queso y embutido y lo repartió en tres platos. Pasó por la habitación que compartían sus hijos y dejó allí dos de estos. Tras eso se dirigió a asistir a Nerita.

—¡Mamá!

—No pasa nada, hija, come algo y duerme, ahora me tengo que ir.

—Pero papá...

—Tu padre tiene muchos problemas, hija, y a veces reacciona así, no te preocupes.

Acarició a su hija para que esta se calmara.

—¡He dicho que no tardes! —volvió a insistir Nero en un grito.

Enseguida cerró la cortina de su hija y se dirigió al lecho donde le esperaba su esposo. Tras llegar empezó a desnudarse.

—¡Ven aquí! Súbete el vestido, no quiero esperar.

Haciendo caso, se tumbó en la cama.

Nero se situó encima de ella y la penetró con fuerza, con ese mismo ímpetu empezó a copular. En ningún momento pretendió suavizar su esfuerzo, necesitaba desahogarse. Acabó totalmente agotado, apoyando tras eso la cabeza entre los pechos de su esposa.

—No sabes las cosas que tengo que hacer por vosotros.

Conocía muy bien a su esposo y sabía que en ocasiones su estado de ánimo no le permitía escuchar razón alguna. Aun así, tras haberle aliviado se atrevió a consolarlo.

—Siempre buscas lo mejor para tu familia.

—Espero que tengas razón.

—Esa es siempre tu intención, si te equivocas todos estaremos contigo.

Tras el desahogo, perdió un poco la ofuscación y quiso pedir, de alguna forma, disculpas a su mujer.

—No me tenía que haber puesto así, tú no tienes la culpa.

—Tú eres el padre de familia, eres aquí la ley.

Con las copas de vino, el sexo y las caricias de su fiel esposa, Nero logró conciliar el sueño.

El siguiente día se preocupó de las tareas del taller y como todo llega, llegó la noche y con ella de nuevo los malos sentimientos por lo que se estaba obligando a hacer. «Todo se hace y se hará por la familia», no dejaba de repetirse esa frase.

Tras la jornada de trabajo, siguiendo las instrucciones se dirigió hacia la taberna indicada.

—¿Queda muy lejos el templo a la diosa Flora?

Era el momento, Flacco, Nero y su hijo Silanus estaban preparados.

—Está en el Aventino.

—Bien, señores, síganme.

Acompañaron a ese siervo en dirección a la puerta Collina, subiendo por la colina del Viminal. Pronto se encontraron a un nutrido grupo de hombres encapuchados, por mimetismo cubrieron también sus cabezas.

—Vosotros, los recién llegados.

—Sí —contestó Nero.

—Cuando lleguemos a la *domus*, os situaréis en la parte más alta. Allí hay un callejón al que da la puerta trasera de la casa, vigilad que nadie salga por allí.

—Entendido. —Era mejor ser parco en palabras.

—No dejéis de vigilar hasta que os avisemos.

Tras eso se pusieron en marcha.

Tan solo llegar, el hombre que parecía estar al mando distribuyó a los demás. Les dio unas estacas y los envió a la puerta del callejón. Nero se preguntaba cómo harían para poder entrar en la casa sin

llamar la atención. La puerta parecía fuerte y como todas las de estas casas, cerrada con un gran pestillo interior. Antes de girar al callejón vio cómo la puerta era abierta desde el interior. Todos los hombres menos cuatro entraron en tropel. Ellos se dirigieron en busca de la salida posterior, todo sucedía demasiado rápido y no habían podido alcanzar todavía su posición.

De repente, de la pequeña puerta trasera salió un niño que comenzó a correr lo más rápido que pudo.

—Voy yo, papá.

Sin dar tiempo a contestar, Silanus salió corriendo. Nero no pudo decirle que no, pues tendría que gritar y eso alertaría a los del interior de la casa y a los de las casas vecinas. Su hijo y el pequeño niño desaparecieron por entre las callejuelas posteriores a la casa.

Aun con la preocupación, ambos amigos se plantaron ante la puerta y apretaron fuerte las estacas en sus manos, la misión de vigilancia se había convertido en una de bloqueo.

Se alarmaron y se prepararon al oír que alguien se acercaba velozmente desde el otro lado de la puerta. Cuando adivinaron un cuerpo prepararon sus estacas. Una mujer de unos cuarenta años vestida con una fina túnica íntima apareció ante ellos. Permanecieron quietos, petrificados, con las armas amenazantes. No se atrevieron a lanzarlas contra la fémina. Ella, por la sorpresa, paró su avance. De nada les valió la compasión a ellos y el huir a ella. Una navaja se clavó en la espalda de la mujer. Automáticamente, una mano fue a su boca para que muriera en silencio. Para asegurarse el fatal destino, su cuello fue rebanado.

—Seguid vigilando —ordenó aquel hombre, volviéndose a introducir de nuevo en la *domus*.

Nadie más salió por la puerta.

Silanus apareció rápidamente pero procurando no hacer ruido.

—Mala suerte, papá, quería cogerlo pero cayó y al parecer se golpeó en la cabeza. Ha muerto.

—Hijo, hoy hemos visto muchas desgracias. Sitúate a mi espalda.

No tardó mucho que el encargado de todo ese asunto se les acercó y les dijo que podían irse. Por precaución dieron un paseo en dirección contraria a sus casas. Cuando les pareció seguro buscaron la seguridad de sus hogares.

—Nunca le digas esto a tu madre.

—No, papá.

Al llegar a su hogar lo primero que hizo Nero fue purificarse.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Claudia.

—A ti solo te digo lo que tienes que saber —expresó con voz seca.

Esta asintió.

—¿Quieres más agua?

—Sí, tengo que lavarme bien.

Tenía que quitar de sus manos todo contacto, aunque fuera indirecto, con la muerte. Tras lavarse lo más concienzudamente posible, se vistió con ropa limpia y tras ello se dirigió a su altar familiar. Era la hora del último rito que necesitaba, que su conciencia exigía, para limpiar su alma y su cuerpo. Mojó sus dedos en un recipiente con agua y tras eso los pasó sobre su cabeza.

«Esta agua fluye sobre mi cuerpo de manera que lo limpia de toda impureza y corrupción, restituyendo su integridad, limpia los pensamientos, limpia la carne y limpia el alma. Así es».

Tras eso invitó a hacer lo mismo a su hijo Silanus. Este lo imitó, pero no sentía que hubiera hecho nada malo. Repitió las palabras de su padre, pero no las sintió en su interior. No veía la necesidad de purificarse.

VI – Nero el Joven

Nos sabemos que la acción en la que participó nuestro querido Nero la juzgaréis y os hará señalar con dedo acusador. ¡No os importa vivir en el prejuicio! Puesto que todo os pertenece, vuestra es también la razón y si esta es vuestra, vosotros tenéis que juzgar con vuestros ojos sin atender a opinión ni causa ajena. Es tan simple que os parece lógico. ¡Tan simple y lógico como equivocado! No conocéis los motivos, y sin entender la razón de las acciones acusáis impunemente. Siempre actuáis igual. ¿Quién es aquí el culpable? ¿Quién es el que se defiende?

Nos os hemos explicado los hechos tal como sucedieron sin ocultar nada. Sin embargo vosotros seguiréis dictando sentencia pues siempre ha sido vuestra forma de actuar, tal es vuestra condición. Nos sabemos que no nos creeréis, por mucho que lo repitamos, pero en esta parte del relato todos son víctimas, y los verdugos no son realmente los culpables.

Nos estamos apenadas pues no hay nada peor, nada es más ofensivo a los dioses, que el tratar de engañarlos y el repetir los rezos con desidia o burla. Nuestro querido Silanus faltó a la piedad, pues un romano solo es virtuoso si se relaciona a bien con los dioses y es piadoso, y si cuida, respeta y cumple las costumbres ancestrales y las naturales. Eso, más las acciones bien intencionadas, pero equivocadas, del padre de familia de los Minicio, traerá consecuencias sobre él y sobre los suyos.

Pero ahora no queremos hablar de nuestro querido Silanus, al que su padre descuidó, pretendemos explicar lo sucedido a su hermano, nuestro querido Nero el Joven, viril, piadoso, honesto y digno, fiel a su padre, a Roma y a los dioses. Nos somos una diosa tutelar de la infancia y nos regocijamos cuando nuestros queridos niños crecen y respetan las costumbres de sus mayores; lo cual siempre ha traído éxito al pueblo romano.

Un padre tiene la tendencia a proteger a un hijo, eso es de agrado de los dioses, pero un hijo adulto se tiene que labrar su destino. Nuestro querido Nero el Joven imitará, porque las ha adquirido, las características y cualidades de su padre, pero no se puede comportar como él pues es un individuo nuevo.

Os explicaremos cómo nosotros, las deidades tutelares, protegimos al primogénito de los Minicio. Las divinidades tenemos la forma de ayudar a los que nos honran. Aunque nuestro poder está condicionado a nuestros adoradores y vosotros en vuestra terquedad no os dais cuenta. En esta ocasión no podremos evitar todo el daño, no podremos evitar a las parcas.

*****

Nero el Joven y Furco esperaban su turno para ser embarcados en el puerto de Ostia. Tal como procede en una gran operación el movimiento era constante. Los subalternos iban llamando a los nuevos hombres para ir incorporándolos a cada uno de los navíos.

Entretanto aguardaba el primogénito de los Minicio, este recordaba las historias que su padre le contaba de cuando sirvió en las legiones y fue desplazado a Hispania, siendo asignado a las legiones del pretor Servio Sulpicio Galba y el procónsul Lucio Licinio Lúculo. Allí se enfrentaron a los lusitanos pero estos causaron a los romanos siete mil bajas. Las tropas tuvieron que refugiarse en los cuarteles de invierno y esperar mejores tiempos pues el enemigo les superaba en número, y lo que era peor, en ánimo. En esa confrontación su padre perdió muchos amigos. Nero el Joven era conocedor del peligro en el que estaba siendo embarcado, pues su padre no le escondió ninguna de las atrocidades, le había relatado todo lo vivido en esa sangrienta batalla.

Siempre cumpliría la voluntad de su progenitor, y este le prometió que intentaría que no se encontrara nunca en su misma situación. Que haría lo imposible para evitar que estuviera en una batalla como esa. Se debatía entre sentimientos irreconciliables: el amor y el respeto que profesaba a su padre y su amor y su voluntad de servir a Roma. Añadir a eso incertidumbre y algo de miedo. Todo eso que estaba viviendo era nuevo para él. Sumar a eso el subir a los barcos, él había viajado por el Tíber, pero el Mediterráneo era otra cosa. Todas esas sensaciones se concentraban en su estómago.

—Ya he averiguado adónde vamos —comentó Helva, que acababa de llegar.

—A Asia —contestó de forma burlona.

—Eres muy simpático. Sí, a Asia, ¿pero qué haremos allí?

Ante la ignorancia, el joven Minicio optó por callar.

—Parece ser que hace un tiempo un rey llamado Átalio III cedió su reino, el de Pérgamo, en herencia a Roma. Pero un hijo suyo llamado Aristónico, dicen que un bastardo, no lo acepta y se ha levantado contra nosotros. El cónsul, Publio Licinio Craso, quiere solucionar rápido ese asunto. Así que a eso vamos.

—Muy bien, pues eso haremos.

—No te preocupes, Nero, yo estaré a tu lado. —Apoyó lo dicho apoyando su mano en el hombro de su cuñado.

—Sí, eso me calma mucho —dijo este con sorna.

—A tu hermana sí le calma.

—Ahórrate los detalles y no hables mal de Segunda.

Tras una breve pausa.

—¿Sabes algo de tu padre?

—No, aún no, ni tan siquiera me ha dicho qué va a hacer. Ha estado muy tenso estos días. —Le apesadumbraba que su servicio

afectara tanto a su progenitor.

—Bueno, durante un tiempo pierde a un buen hijo. Pronto partiremos. —Helva evidenció en voz alta lo que era una obviedad.

—Sí, eso veo.

Cada vez quedaban menos legionarios a los que embarcar, pronto los barcos dejarían el puerto, no era el momento de preocuparse por lo que pudiera hacer su progenitor. Fuera lo que fuera ya era tarde.

—Vayamos con cuidado, Nero, tengo un hijo en camino y me gustaría verlo crecer.

—Sí, tú ya tienes una pequeña familia, yo aún tengo que hacer la mía.

—Sacaremos adelante a mi familia y a la tuya, la formes cuando la formes.

Ambos se agradecieron con gestos y miradas los sinceros deseos de buenaventuras.

—¡Oye! —intervino Lurco, que ensimismado en sus pensamientos no había participado en la conversación—. ¿Cómo se llaman los habitantes de Pérgamo?

—¡Bárbaros! Como todos los demás.

Los tres rieron con ganas.

Tras ese momento tan agradecido de relajación Nero el Joven fue llamado. Cargó encima la mejor panoplia que el taller de su padre pudo fabricar y se dirigió hacia la nave asignada. Ya quedaban pocos hombres por embarcar de entre las dos legiones consulares y un número equivalente de hombres de ciudades itálicas aliadas.

Tras seis jornadas de navegación, el estómago de Nero el Joven aprendió a quedarse con algo dentro de él. Poco a poco su cuerpo se acostumbró al constante movimiento de las naves. Aún resonaba en su oído las palabras de un veterano triario: «Joven, los romanos dominamos el mar, pero estamos hechos para la tierra. Roma es campesina».

Los barcos de la flota no habían dejado la costa en ningún momento hasta que bordearon el sur de la península itálica, justo al superar Calabria. Eso había sucedido el día anterior. Los hombres miraban ansiosos a proa, pues en esa dirección tendrían que divisar la isla de Zante. Tras eso bordearían Grecia viendo siempre la costa, de continente o de las islas, y llegarían a Asia: su destino.

Se vieron aves y los marineros avisaron de la cercanía de tierra. «Primera parte del viaje superada», se repetía a sí mismo el primogénito de los Minicio. No se lo diría a nadie, pero el miedo que pasó al embarcar se convirtió en pánico al comprobar que todo lo que podía ver era el reino de Neptuno. A pesar de que era devoto y pío, jamás se sintió tan indefenso y tan a merced de fuerzas que no podía

controlar. Sin duda esta experiencia le estaba mostrando la debilidad de su mortalidad.

Sin embargo, aunque su sensación se alivió ante la buena noticia de la proximidad de la firme tierra, su alarma creció cuando los legionarios divisaron un gran contingente de trirremes que no presentaban las insignias romanas. Esos barcos de guerra tenían una eslora de cuarenta metros y una manga de seis. Su gran espolón de bronce en la proa de las embarcaciones intimidaba al más osado. Como no podía ser de otra forma, entre la tropa se empezó a extender la preocupación y el desespero.

Si bien la flota romana era más numerosa casi todos los barcos eran de transportes de tropas, no eran rivales de navíos armados con esos enormes espolones.

—Tranquilos, son de la flota de Éfeso, vienen a ayudarnos. Son aliados de Roma.

Al acercarse se dieron cuenta de que esos barcos empezaban a levantar sus anclas, esperaban al ejército consular para escoltarlo el resto de su viaje.

Convenientemente, los oficiales hicieron que se corriera el rumor de que esos nuevos navíos que se habían añadido a la flota habían vencido a las naves del rey de Pérgamo y que el mar Egeo estaba controlado por Roma. Sin duda eran buenas noticias para todos.

—¡Vaya susto! —comentó Helva.

—Y que lo digas —corroboró Furco.

—Podrían avisar de estas cosas.

—Supongo que cuanta menos gente sepa los planes, más seguros son.

—Cierto.

—¿Os habéis dado cuenta de lo que puede hacer Roma?

Ambos, Helva y Furco, callaron ante la extraña pregunta y ante el tono de voz de la intervención de su cuñado común.

—¿Os habéis dado cuenta de que nuestra ciudad es imparable? Por tierra somos invencibles, pero tampoco nos pueden parar por mar.

Ante la argumentación los tres miraron al horizonte, a la flota romana y a la aliada. Sin conocer ni el tamaño ni la potencia de la derrotada escuadra del reino de Pérgamo, era evidente para ellos que la flota aliada había sido favorecida por las divinidades protectoras de Roma.

—Un romano, un solo ciudadano, es un ser débil y mortal. Pero la República es eterna. Los dioses quieren que la Urbe conquiste el orbe —sentenció Nero el Joven.

La epifanía dejó a los tres cuñados en silencio.

Al tomar tierra dieron las gracias a los dioses celestiales y a las

divinidades locales de ese territorio, fueran las que fueran estas, sin olvidar a Vulcano su señor y protector, por haber cuidado de ellos en su viaje. Las tropas, escoltadas y protegidas por sus propios navíos y por la flota aliada, desembarcaron al norte de la isla de Samos. El enemigo había obrado inteligentemente y había tomado la ciudad más importante, la capital. La ínsula tapaba buena parte de la bahía natural en la que se encontraban las tierras bajo el gobierno de Éfeso. Era imposible utilizar esta última ciudad como base de operaciones y la bahía en la que se situaba si no se liberaba antes la ciudad de Samos, pues cualquier cargamento de provisiones correría el peligro de ser atacado y los asaltantes tendrían una ciudad bien amurallada para esconderse y resguardarse.

Tras desembarcar en orden de batalla y tomar todas las precauciones necesarias, se construyeron varias fortalezas de campaña y se pusieron a salvo todos los suministros. Era costumbre romana dormir en un campamento fortificado cada noche. Sin un solo día de descanso empezaron la instrucción, los entrenamientos, ejercicios tácticos y estratégicos. Nero el Joven y Helva habían sido destinados al mismo contubernio perteneciente al V manípulo de asteros de la II legión consular, motivo por el cual dormían en la misma tienda. Furco no tuvo la misma suerte y fue destinado al II manípulo. Durante su estancia en esas tierras solo coincidieron dos de los días, pues las tareas eran muchas y diversas. Además de que parte de la guarnición permanecía en alerta o retén. Estaban en territorio hostil, en tierra de un enemigo que sabía que Roma atacaría en cuanto estuviera preparada.

Cada una de las legiones estaba dotada de seiscientos triarios, los más experimentados y los más protegidos; mil doscientos príncipes, veteranos de otras guerras que poseían una buena protección; mil doscientos asteros, los menos protegidos de la infantería pesada y no muy versados aún en el combate, y por último, en cuanto a la infantería, los más pobres, mil doscientos infantes que eran tropa ligera especializada en hostigamiento y escaramuzas.

Todas estas tropas romanas tenían que coordinarse con los aliados. El total del ejército desplazado a Asia era de unos veintiún mil hombres. Según hicieron saber los mandos se esperaba un nuevo contingente de tropas de uniformes y tipología heterogénea pertenecientes a los reinos, o ciudades, de Bitinia, Paflagonia, Ponto y Capadocia. Cuando se incorporaran esas tropas, ya en el continente, el número de combatientes llegaría a ser de unos treinta mil.

Publio Licinio Craso miraba el entrenamiento de su ejército, pero en verdad no lo veía. Solo distinguía éxitos, mejor dicho, su éxito. Mientras los soldados, un tercio de ellos novatos, se esmeraban en

mejorar sus técnicas, él se imaginaba en una cuadriga en el Campo de Marte junto al templo de Bellona esperando para entrar triunfante en Roma: portando toga púrpura y dorada, una corona de laurel, calzando botas color escarlata, y con la cara pintada de rojo, emulando al dios supremo, poseído ese día por Júpiter. Ante él, en procesión, el botín de guerra y los prisioneros. Tras él, soldados cantando himnos de victoria y alabanzas a los dioses. Imaginaba también a sus compañeros, sus amigos y sobre todo sus orgullosos hijos, e incluso su mujer lloraría de emoción ante sus éxitos y las masas le admirarían y aplaudirían. Tras todo eso llegaría al templo de Júpiter Capitolino. Allí sacrificaría dos bueyes blancos y depositaría las pruebas de su victoria dedicándosela a los dioses, al Senado y al pueblo. Había ejercido las magistraturas y era Pontífice máximo. Había logrado brillantemente su *cursus honorum*, pero solo unos pocos, los elegidos, lograban además un triunfo.

Tras tres semanas de entrenamiento se dio la orden de partida a las tropas, había que tomar la ciudad de Samos.

—Que nuestro señor Vulcano y los dioses de Roma te protejan, Nero.

—Que esos mismos dioses te protejan, Helva. No quiero que mi sobrino se quede huérfano.

—¿Lo dices porque lo tendrías que cuidar tú? —se burló Helva intentando calmar sus nervios.

—Entre otras cosas. Tampoco quiero que mi hermana sufra por tu culpa, eres capaz de darle un disgusto.

—Muy considerado de tu parte —respondió haciendo una exagerada reverencia.

—Es el corazón de los Minicio. Por cierto —se sinceró Nero—, mi hermana y mi padre hablan muy bien de ti.

—Espero que no por lo mismo —bromeó Helva mostrando una sonrisa.

—Por tu bien espero que no —se sumó a la broma—, no podrías con mi padre. No sé si aguantaría tu cuerpo. Él es muy viril, ha tenido muchos hijos varones.

Abrió todo lo que pudo los ojos y ambos rieron con ganas.

—Ahora en serio, Helva, eres un buen tipo, quería decírtelo por si acaso.

—Vosotros sois una buena familia. ¿Cómo te ves?

—No me veo preparado, no sé qué me voy a encontrar. Por lo que me explicó mi padre, será muy duro. Sé que Roma es invencible y que ganaremos todas las guerras, pero no todos los romanos volveremos a nuestras casas ni moriremos en la tierra de nuestros antepasados.

El ejército llegó frente a la ciudad y se preparó para el asalto. Acto seguido se dispararon catapultas y balistas y se inició la primera aproximación de tropas ligeras aliadas, ataviadas con escaleras, a las murallas de la ciudad. Era el inicio típico del asalto de una ciudad, se hacía saber al enemigo que era la intención de los romanos el tomar la plaza. Se esperaba que al ver el despliegue y la superioridad de Roma el enemigo se planteara alternativas a la fuerte resistencia. Se empezó un intercambio poco intenso de disparos y se dio la orden de parar el asalto.

—Todos en guardia y no disparéis, quieren parlamentar.

La orden tardó en llegar, pues algunas de las catapultas dispararon piedras.

Dos de los tribunos se acercaron a pie acompañados por dieciséis legionarios para escoltarlos, cubrirlos y protegerlos en caso de que fuera una trampa. Desde el otro lado un grupo parecido de hombres salió a su encuentro. Tras un corto intercambio de palabras los negociadores partieron hacia cada bando.

—Pretenden que les demos paso libre a Pérgamo a cambio de rendir la ciudad, honorable señor.

—No va a pasar, no podemos hacer eso. Tenemos que dar ejemplo. No puedo empezar una campaña dejando escapar al enemigo… —Publio Licinio Craso no pudo acabar.

Un rumor se apoderó de la tropa. Eso interesó al cónsul. La puerta permanecía abierta y había lucha en las murallas. Algunos hombres desde los muros y desde el acceso a la puerta apremiaban a los romanos para que se acercaran y entraran.

—Honorable señor, parece que hay un intento de sublevación en la ciudad.

—No estoy seguro, puede ser una trampa.

—Sí, puede ser, pero puede ser también una oportunidad que no debemos dejar escapar.

Tras unos instantes de meditación el cónsul actuó.

—Que tres manípulos de asteros y uno de príncipes de cada legión se dirijan hasta la puerta, en orden y preparados para la lucha. Los príncipes tienen que tomar el control de la puerta y la muralla adyacente, y los asteros que se hagan fuertes dentro de la ciudad y que no permitan que tropas interiores se acerquen al acceso. Si tienen ocasión que abran la puerta del oeste, pero que no se arriesguen. Que les escolten tres manípulos de hostigadores y dos contingentes de arqueros y honderos. Recuérdales que si es un levantamiento los habitantes de la ciudad son aliados. Ve tú con ellos.

—Sí, honorable señor —exclamó el tribuno Publio Aquilio Floro.

No tardaron en salir los jinetes necesarios para repartir las órdenes.

Inmediatamente seis manípulos de asteros y dos de príncipes, escoltados por infantería ligera y de proyectiles, fueron elegidos para tomar el control de la puerta.

—En columna de cuatro, esperad la orden de marcha —gritó el centurión.

Nero el joven y Helva marcharon a paso ligero hacia su objetivo mirando con cautela a las murallas, temían lo que teme cualquier soldado de infantería al acercarse a las defensas de una ciudad: la artillería enemiga, la piedra, el agua y el aceite hirviendo.

—Fortuna —pudo pronunciar Nero entrecortado.

Se acercaban a la puerta y de lugares lejanos empezaron a caer algunas flechas. Los dos amigos subieron un poco el escudo y siguieron avanzando.

—Cerrad la formación.

Los hombres se acercaron a los compañeros de la derecha. Esta maniobra paró un poco el avance, pero ahora llegaba la zona crítica y podrían cubrirse unos a otros. Los manípulos iban unos tras otros para poder pasar por la puerta, sin esta precaución la acumulación de hombres queriendo entrar crearía un embudo realmente peligroso.

El caudal de flechas se hizo más intenso.

—Escudos arriba, no os descuidéis, cerdos.

Los primeros hombres ya atravesaban la puerta. El manípulo de Nero y Helva entró en cuarto lugar. Un grupo de príncipes buscó el acceso a las murallas por la parte derecha y el otro por la izquierda. Se produjeron los primeros enfrentamientos en las murallas, todos favorables a los romanos. Al parecer la infantería pesada de los invasores de Pérgamo estaba concentrada en sofocar la rebelión ciudadana y en la muralla solo había hombres con proyectiles e infantería ligera. No podían hacer nada.

Los ciudadanos de Samos, ante la entrada en tropel de los romanos, tiraban las armas al suelo y se mostraban colaborativos. Unos pocos hombres de la infantería ligera se dedicaron a alejar las armas, no es posible saber si hay un enemigo que se quiere ocultar en otros ropajes.

Ante la poca presión enemiga el oficial a cargo de la operación decidió ser osado.

—Vamos, hacia el oeste —ordenó al centurión más cercano.

—Vamos, puercos, seguidme, ¡Roma! —vociferó este a su centuria.

—«¡*Victrix*!» —gritaron todos los hombres al unísono.

Un manípulo de asteros junto a cuarenta arqueros y cuarenta honderos se dirigió hacia la puerta del oeste.

—Con cuidado, en cada casa puede haber alguien. Estad atentos —advirtió el oficial.

Todos y cada uno de los hombres miraba a los tejados, los balcones, las puertas y a las ventanas de cada una de las construcciones.

—Es muy raro, ¿no? —opinó Helva.

—Sí, mucho —afirmó Nero encorvando la cabeza buscando protección.

—No tanto —formuló el hombre que había tras ellos—, viendo que no podían evitar el ataque se habrán encerrado en la ciudadela.

Ahora les pareció más lógica la situación y el riesgo que había tomado el tribuno.

Al alcanzar la puerta oeste, los ciudadanos ya la estaban abriendo y al ver el impulso con el que llegaron dejaron caer las armas y se apartaron a un lado.

—Tú, centurión, con veinte hombres a la muralla derecha, tú —Señaló al *optio*, el segundo al mando de la centuria—, con otros veinte a la izquierda y los demás conmigo. Vamos, vamos —volvió a ordenar Publio Aquilio Floro.

Nero fue asignado al grupo del oficial que estaba tomando la puerta, y en poco tiempo se vio en la torre lateral izquierda que protegía la entrada oeste de Samos. Miles de hombres, entre ellos Furco, entraron por la puerta para ocupar la ciudad. Los tres cuñados respiraron aliviados, habían salido vivos de su primera operación.

Los máximos representantes vivos de la ciudad se presentaron ante el cónsul y le explicaron la situación y lo sucedido. Este no quiso entrar en los asuntos del gobierno de la ciudad y les dejó administrar justicia. En poco tiempo fueron ejecutados públicamente todos aquellos que se consideraron afines a la causa del rey de Pérgamo.

Publio Licinio Craso presentó una oferta a los acantonados en la ciudadela: morían a manos romanas o se rendían ante los nuevos gobernantes de la ciudad. La oferta fue aceptada y los ocupantes de la fortaleza salieron desarmados. Por deseo de la asamblea de la ciudad de Samos, fueron condenados a muerte y ejecutados en la plaza pública de la ciudad. A nadie le extrañó, al parecer los habitantes de la ciudad odiaban a esos hombres.

En este caso Roma no se manchó. La operación fue un éxito, la ciudad había sido tomada y solo habían caído cinco romanos y siete habían sido heridos. En tres días las tropas desembarcaron en Asia en la bahía bajo el control de Éfeso, allí se volvieron a construir las fortalezas provisionales.

A diferencia de lo que pasó en Samos, no tardaron mucho en aparecer otro tipo de personas que vivían de la guerra o de los soldados: comerciantes de vino, prostitutas, trabajadores del cuero, compradores de esclavos, vendedores de ganado y trigo, herreros,

veterinarios y técnicos, o no, de variopintas especialidades. Como era habitual en toda zona donde se establece un ejército los productos que más dinero movían, aparte de comprar víveres y pertrechos para la tropa, eran el vino, los amuletos protectores y las prostitutas.

Parte de la flota volvió a Roma a por más aprovisionamiento. Al parecer de los oficiales: «En una campaña no se puede tener una única vía de suministros». Tras nueve jornadas el ejército, los refuerzos de Bitinia, Paflagonia, Ponto y Capadocia y todo un séquito de seguidores partieron hacia el territorio controlado por el usurpador del reino de Pérgamo.

VIII – La batalla de Levcae

Tras algunas jornadas de dura marcha se contactó con el enemigo, posicionado al otro lado del valle. Habían estado esperándolos. Se hizo evidente para los dos bandos que era imposible seguir sin enfrentarse: para los romanos porque no podían seguir penetrando en territorio enemigo, y para los de Pérgamo porque no lo iban a permitir sin oponer una dura resistencia.

Toda la plana mayor fue convocada en la tienda del cónsul.

—Señor, no me gusta el terreno, han elegido este emplazamiento por algo —opinó su lugarteniente.

—Es cierto, no hay mucha visibilidad pero aparte de eso no hay ningún problema para disponer nuestras tropas. ¿Alguien tiene otra opinión?

Todos callaron ante el cónsul.

—Bien, entonces, Messalla, tu informe.

—Sí, señor, según los últimos datos de los exploradores, Pérgamo dispone de unos veinticinco mil hombres: unos dos mil arqueros; hostigadores y demás, ocho mil; diez mil de infantería de choque; mil pesados, como nuestros triarios, y unos tres mil jinetes ligeros.

—Nada que no podamos superar, ¿no es cierto?

Todos los oficiales asintieron ante su comandante en jefe.

Tras eso pidió el informe de la dotación y de los hombres en condición de luchar que había tanto en las legiones, los aliados itálicos y las ciudades y reinos asiáticos que prestaban contingentes para la campaña.

—Bien, podéis iros, mañana os comunicaré mi decisión.

El cónsul tenía la intención de solucionar rápido ese asunto.

Como era de esperar, todos y cada uno de los hombres estaba pendiente de cómo se desarrollarían los acontecimientos.

—El cónsul no quiere esperar, presentará batalla hoy.

Tras el aviso del veterano triario todos miraron hacia la tienda de Publio Licinio Craso, la bandera del comandante en jefe no estaba plantada. Signo inequívoco de que empezarían las hostilidades.

La noche anterior las legiones hicieron los campamentos de marcha para resguardar tropas y suministros. Los rumores decían que Aristónico, llamado a sí mismo Éumenes III, el autoproclamado rey de Pérgamo, disponía de un ejército débil pues ni tan siquiera la capital del que decía que era su reino le apoyaba con hombres. Sus tropas eran unos pocos veteranos del ejército de su fallecido padre y campesinos sin experiencia. Con esa información los hombres estaban seguros de su pronta y rápida victoria.

Tras la salida de los oficiales que habían recibido información precisa para el desarrollo de la contienda, sus asignaciones a unidades y sus responsabilidades, no tardaron en sonar las trompetas anunciando el combate. Los hombres marcharon rápido a vestirse con su uniforme, revisar sus armas y a prepararlo todo para la batalla.

No pocos se encomendaron a sus seres protectores ante la cercanía de la muerte.

—¡Nero…!

—Lo mismo te digo. Si me matan, que me entierren bien.

—Furco…

—Es un pacto, hermanos. No os dejaré ni en esta vida ni en la otra.

Portaban en su cuello, aparte de la identificación, un sencillo colgante circular plano en el que se mostraban dibujados un yunque y un martillo, el símbolo del padre Vulcano, su señor y protector. Este siempre favorecía a los miembros del *collegia* de los *Ferrarii* y a sus familias. Nero el Joven, Helva y Furco se prestaron rápidamente a orar a su deidad protectora.

«Venerado Vulcano, el principal de entre los que aprecian nuestros padres y antecesores. A ti te pedimos paz y protección. Concede tus favores a los cansados y desgastados hombres que trabajan la forja para que puedan seguir con su ardua labor, y si nadie de los aquí presentes merece un castigo por alguna ofensa, ten piedad de todas nuestras almas y permítenos llegar a tus fuentes purificadoras. Tres veces enciendo incienso sobre el fuego en tu honor. Así sea».

Se convocó una asamblea en la que tras una ceremonia, un sacrificio, y la lectura inequívoca de las entrañas del animal, se realizó una libación a Júpiter, Juno, Minerva y Marte pidiendo su ayuda en la victoria.

Llegó el momento de los pollos sagrados, los augures los liberaron de sus jaulas: dos de ellos comieron, dos no comieron y el quinto cogió grano con el pico pero este cayó.

—«¡*Ohh!*»—sonó entre la tropa.

Ante este lamento colectivo, como asustándose de lo que él mismo anunciaba, el ave se amedrantó y buscó refugio en la cerrada jaula de donde había salido. Los augures se miraron entre ellos sin atreverse a decir nada. Tras comentar algo entre sí, miraron a Publio Licinio Craso, el máximo magistrado.

Este llamó a los augures, que adivinaban por las aves, y a los aurúspices, que adivinaban por las entrañas de los animales, y comentó con ellos. Tras unas pocas deliberaciones, se dirigió a los hombres.

—*Quirites*, los aurúspices han reafirmado la voluntad de los dioses.

Los augures confirman que tres de los pollos sagrados tenían voluntad de comer. Es por ello que haciendo uso del *ius auspiciorum maiorum*, asistido por los augures y por los dioses, anuncio que los vaticinios para la batalla son favorables y que los dioses de Roma están con nosotros. ¡Tomad las armas! ¡Júpiter!

—«Júpiter» «Júpiter» «Júpiter» —tronó entre toda la tropa.

—Roma…

—«*Victrix*».

—Roma…

—«*Aeterna*».

Sin esperar, el cónsul dio la orden de partida, no quería que pensaran mucho. El movimiento, el despliegue y todas las tareas que tenían que realizarse no les permitirían meditar en lo sucedido. Entre el sonido de las trompetas y el de los tambores, las legiones partieron entretanto cantaban himnos de honor.

Los comandantes utilizaron para la batalla la configuración habitual, en la zona central las dos legiones con las tropas ligeras en formación muy abierta en todo el frente. Tras estos y en la primera línea de la infantería de choque, los manípulos de asteros que dejaban huecos entre ellos equivalentes a su tamaño. La segunda línea la ocupaban los príncipes dispuestos de manera similar, alineados tras los espacios dejados por la primera línea. Esto era repetido por la tercera, la de los triarios, que se colocaba entre los huecos de la segunda.

Las tropas itálicas aliadas, los refuerzos de ciudades y reinos asiáticos y la caballería a las dos alas. Era una formación ampliamente conocida y exitosa. Publio Licinio Craso no quiso cambiarla, pensó que con esta formación, la más practicada por los hombres, estos ganarían la confianza necesaria para olvidar sus dudas anteriores.

Todo estaba preparado a falta de la señal del inicio de las hostilidades. Unos dieciocho mil hombres participarían en la batalla, cuatro mil más como reserva y el resto protegiendo los suministros, los campamentos y guardando la retaguardia.

—*Quirites*, no hay mayor orgullo que portar armas en defensa de nuestra patria. Ciudadanos, dentro de cada uno de vosotros hay sangre de Rómulo. Y si tenéis sangre del fundador de Roma, también la tenéis de su padre. Todos vosotros tenéis en las venas la esencia de Marte.

Un tribuno, Tito Aquilio Flaco, responsable de esa zona de los asteros, arengueaba a los hombres.

—Que la fuerza del lobo, nuestro emblema, nos represente y nos guíe. Seamos disciplinados, seamos feroces, seamos resistentes y seamos fieles a Roma. ¡Júpiter!

—¡Júpiter! ¡Júpiter! ¡Júpiter! —vociferó toda la tropa.

Tras el discurso y protegido por diez experimentados legionarios fue a su posición en la parte central, detrás de los asteros.

Los dos ejércitos ya habían tomado posiciones el uno frente al otro, pronto sonaron las trompetas y los tambores. La infantería ligera romana y la de los aliados avanzaron con cuidado para hostigar con descargas de jabalinas. Su misión era doble: primera, provocar la reacción del enemigo, y segunda, ocasionar huecos y reacciones espontáneas. No pocas veces los generales romanos habían hecho arrodillarse a los hombres para evitar que estos, ante su propio impulso, salieran a la carga en el combate sin la debida orden.

Los que avanzaban empezaron a recibir flechas pero no cesaron en su empeño de seguir con el ataque. Fue entonces cuando empezó el juego. Unos iban y venían hasta la línea de alcance de las armas arrojadizas provocando su reacción. Mientras los arqueros se concentraban en ellos, otros se acercaban y realizaban sus tiros de jabalinas, flechas u hondas. Así que mientras sufrían las descargas enemigas realizaban las propias. Cada amago de la caballería enemiga era respondido por la huida de estos, que se desplazaban entre los huecos dejados por los asteros. Avanzaban y se replegaban como en una danza, en un juego de muerte, cada envite costaba vidas. Cada error cometido era el final de la existencia de un joven romano.

—Parece que no tienen arqueros de calidad.

—Sí, eso parece, honorable señor —corroboró su oficial de confianza.

—Eso es bueno. —Quiso convencerse el cónsul.

—Sin duda… Cuando llegue el momento las tropas podrán avanzar sin tanta cautela. ¡Mire, señor!

—Sí, se mueven. Orden de retirada de los hostigadores, cuando pasen que cierren las filas los asteros y se preparen para el choque.

Era la maniobra habitual y no hubo que dar ninguna otra explicación. Cada oficial y suboficial sabía qué hacer en este caso. Las acciones correspondientes fueron realizadas y al pasar, en retirada, los primeros hombres en entrar en combate por los huecos dejados en primera línea de la infantería pesada se procedió a cerrarlos. Cada manípulo de asteros estaba formado por dos centurias de sesenta hombres. En su disposición original una de ellas estaba tras la otra, dejando así un espacio a su derecha. Cuando llegó el momento, el tribuno Tito Aquilio Flaco dio la orden que la centuria de atrás se desplazara hacia la derecha y se alineara con su homóloga. De esa manera el frente legionario era una línea continua de cinco hombres de fondo apoyada por infantería de proyectiles. En caso de que parte

de esa línea se rompiera, los príncipes que estaban justo tras ellos se ocuparían de reestablecer el orden de las filas.

Una vez hecho esto, los asteros preparaban sus dos jabalinas y se disponían a recibir a la infantería del rey de Pérgamo. Primero lanzaban la ligera y tras esta la pesada. El ejército enemigo que avanzaba fue recibiendo esa descarga más la que hacían los hostigadores, que habían adoptado su nueva posición tras los asteros. Algunas jabalinas mataban, otras herían y otras inutilizaban escudos pues clavadas en ellos estas no podían ser sacadas, haciendo de este un objeto inútil imposible de utilizar. Esto provocaba un parón en el avance pues unos frenaban, otros chocaban, algunos tenían que saltar sobre muertos y heridos y los había, también, que se entretenían en un vano intento de no quedarse sin protección.

—Ímpetu —ordenaron los centuriones.

Tras lanzar, los asteros desenfundaban sus espadas cortas y entretanto gritaban «Júpiter» se lanzaban al ataque, a paso militar, contra el enemigo. La experiencia, causa de éxitos militares, enseña que el que avanza tiene el ánimo del combate y el que espera no tiene la iniciativa y está a merced de lo que haga el contrincante.

—Mantened las líneas —recordaban los oficiales.

Entonces se produjo el choque: escudo contra escudo o escudo contra cuerpo; hombres cayendo al suelo; espadas y lanzas entrando en piernas, brazos y troncos; gritos de fuerza y de dolor; muerte y agonía; miembros amputados; legionarios vaciándose de sangre y algunos que no podían aguantar lo que contenían sus estómagos o sus vejigas. Varones viriles llamando a sus madres mientras esperaban el final de su existencia. La dramática y terrorífica escena que algunos olvidan tras la victoria.

De los asteros, como en la demás infantería de las legiones romanas, solo luchaba la primera línea. Cuando se consideraba que este primer hombre estaba cansado se daba la orden de relevo y este pasaba al último lugar, en esta configuración, el quinto. Un compañero, el situado en segundo lugar, ocupaba su sitio. Realizándose así un refresco de la primera línea y dejando descansar al legionario desplazado, que tendría a cuatro hombres delante antes de entrar de nuevo en combate directo con el enemigo.

—Mantened las líneas, cerdos —gritaba el suboficial, siempre atento entretanto repartía disciplina con su vara.

De todos es sabido que las batallas se deciden cuando se quiebran las formaciones. Y lo que es peor, al romperse los hombres abandonan sus posiciones pues carecen de la cobertura del compañero de su lado, esto provocaba aún más miedo y era aprovechado por el enemigo para causar bajas. La mayoría de las muertes en batalla se producen

intentando huir en estas condiciones de desconcierto.

Nero el Joven miraba de reojo a su compañero de la derecha mientras intentaba proteger a Helva. En ese momento ocupaba la segunda posición en la línea. Estaba realmente asustado pues su padre le había relatado en más de una ocasión su experiencia, sus sentimientos y el dolor y la crueldad del combate. Pero lo que vivía no lo podía comprender, ni tan siquiera lo podía imaginar. Cómo describir lo que sientes entre gritos y lamentos, entre brazos amputados y barrigas abiertas mezcladas con sangre y barro, y ¡cómo relatar el ver los ojos de esos que no comprenden aún que están muertos y miran como no creyéndoselo! ¿Se puede explicar acaso lo que sientes cuando al hombre que hay a tu lado lo fulmina una flecha sin que siquiera le dé tiempo a gritar, y el notar cómo lo apartan y otro legionario ocupa su lugar? Ver la levedad del hilo de la vida y lo fácil que es dejar la existencia y que esto no dependa de tus acciones, inspira temor en el hombre más osado.

Su exposición certera al máximo peligro se acercaba y como el tiempo es inexorable, llegó la orden de mutar con su cuñado. Allí se vio en primera línea frente al peligro de la muerte. Sin saber cómo, ni de dónde, algo golpeó su hombro. Le produjo dolor pero no sintió que se le rompiera nada. La coraza de anillas que le había proporcionado su progenitor era de calidad y la doble capa que portaba en su hombro en combinación con la prenda acolchada interior, que también le protegía, evitaron males mayores. Nero lanzó una estocada con su espada corta contra el cuerpo enemigo y esta se introdujo en él, encontró su objetivo. Esta entró unos seis centímetros. Como le habían enseñado giró la espada para hacer la herida más grande y así producir más daño y obtener mayor facilidad en extraer su arma. Su oponente gritó como un cerdo en una matanza cuando el carnicero le corta el cuello para sacar hasta la última gota de sangre. Por instinto, lo golpeó con el escudo y lo lanzó al suelo.

Aun malherido, aquel hombre le golpeó en el pie haciéndole casi perder el equilibrio. Por miedo a caer y quedar expuesto, sin pensárselo, subió el escudo para protegerse de cualquier otro ataque y lanzó su arma contra el cuello de aquel enemigo, acabando así con la amenaza.

Chocaron contra su escudo en dos ocasiones más, pero ni él ni los enemigos cercanos se lanzaron al combate. Se produjeron una serie de acercamientos y distanciamientos sin retos. Sin buscar realmente el cuerpo a cuerpo, con la intención de provocar algún error que expusiera a los hombres.

A Nero también le llegó la orden del relevo y tal como le habían enseñado, sin dejar de protegerse, se dirigió hasta el final de su fila.

Quería servir a Roma, era *quirite* y estaba orgulloso de serlo. Cuando su progenitor le dijo que intentaría evitar que estuviese en el campo de batalla y que no tuviera que hacer lo que hizo él, no lo entendía, al contrario, lo avergonzaba. Lo respetaba y haría lo que dijera pues sin su padre no era nada, todo se lo debía a él, pero no lo comprendía. Eran los romanos el pueblo elegido por los dioses para conquistar el mundo. Nero el Joven era un hombre piadoso y viril, un varón con todos sus atributos y era su obligación servir. Tras lo vivido en esos largos instantes, entendía a su padre, ciertamente lo entendía. A pesar de todo, con lo mal que lo estaba pasando, quería seguir cumpliendo con su obligación. Comprendió que un padre siempre quiere lo mejor para su hijo y por ello, menos al honor y a los dioses, renunciaría a todo.

También debía agradecerle a su progenitor la panoplia que portaba, pues las armas y la armadura eran de calidad y en la primera ocasión que habían tenido para demostrarlo lo habían hecho con creces. Entre los nervios, el temor y lo complicado de la maniobra de relevo perdió de vista al enemigo. Aquel hombre le lanzó un corte de arriba abajo. Ni lo vio ni lo advirtió ni tan siquiera lo esperaba. Su equipo le protegió, le permitió vivir y le dio la oportunidad de seguir luchando. Nero era consciente de que su rápida reacción le había salvado la vida, pero lo que le permitió llegar a ese momento fue la calidad del trabajo en la forja de su padre.

En la quinta fila se pudo relajar un mínimo. Pasados unos instantes reparó en Helva.

—¡Tienes sangre! —pronunció realmente alarmado.

—No es mía.

Entretanto un jinete llegó ante la presencia del comandante en jefe.

—Honorable señor, el tribuno Tiberio Arrio me envía a comunicarle que se han visto hombres de procedencia desconocida por el flanco derecho.

—¿Cuántos son?

—Según me ha informado el tribuno unos tres mil, honorable señor.

—¿Qué tipo de tropa? —intentó averiguar el cónsul.

—Lo siento, honorable señor, esa información no me ha sido revelada.

—Tranquilo, has cumplido con tu obligación.

El jinete saludó militarmente en señal de agradecimiento.

Publio Licinio Craso oteó el campo de batalla; como ya sabía desde su posición, por las condiciones del terreno, no era posible controlar correctamente los flancos. El izquierdo era observable parcialmente, pero el derecho estaba totalmente oculto a su vista. Se tenía que

actuar según las informaciones recibidas por sus subalternos.

—¿Tú qué opinas? —dijo dirigiéndose a su oficial de confianza.

—El centro legionario parece muy bien controlado, en caso necesario podríamos sacar unos cuantos manípulos para cualquier otra contingencia.

—Sí, yo también lo creo. *Quirite*, ve a la retaguardia y di a Messalla que desplace a todos sus hombres al flanco derecho.

—Siempre fiel.

El jinete partió rápidamente hacia su destino.

Arquitas, nativo de Stratonicea, se maldijo a sí mismo al ver que desperdiciaba una de sus flechas. Uno de los suyos tocó su cuerpo justo en el momento que los tres dedos centrales de su mano derecha dejaban libre la cuerda de su amado arco. Sin dar más importancia al hecho se dispuso a coger otra saeta. Comenzó a contar de nuevo para lanzar las andanadas con la cadencia que deseaba su oficial.

Décimo Valente, orgulloso jinete asignado a la II legión, avanzaba raudo con el objetivo de cumplir las órdenes e informar al responsable de los hombres en retaguardia que se dirigieran al flanco. De repente dejó de respirar, tras eso, una arcada de sangre. Antes de impactar contra el suelo sus ojos alcanzaron la oscuridad.

Tellus, jinete aliado itálico nativo de la ciudad de Cremona, vio un cuerpo, una flecha le atravesaba el cuello. No fue capaz de adivinar si fue un dardo amigo o enemigo, pues tanto las tropas aliadas como las que luchaban con el rey de Pérgamo eran de diferentes naciones y configuraciones. Al ver que las Parcas habían cortado la hebra de la vida de ese jinete, continuó su camino. Muchos hombres caerían ese día.

Los hombres del rey de Pérgamo cambiaron de estrategia y se dedicaron más unidades a atacar el lado izquierdo del frente legionario romano. Sin tocar al flanco aliado. A este lo frenaba con fuertes andanadas de proyectiles. Ante el empuje los asteros tuvieron que ir cediendo terreno hasta que al final esa zona de la línea, ocupada por tres manípulos, cedió a la presión.

Esa maniobra estaba prevista, pues sucedía en ocasiones. Acontecía cuando el enemigo en un punto es superior en número, coraje o frescor en el combate. Al ver los oficiales que la situación es insostenible, pues la valentía y la virilidad al final son siempre vencidas por el cansancio, dan orden de retirarse. Los asteros se retrasan lo más rápido que pueden, sin bajar la guardia, tras las líneas de sus compañeros. Mucho mejor una retirada controlada que el desorden de la ruptura de líneas, pues esto no permite proteger al compañero y eso causa muchas bajas. Los príncipes, realizando la

misma maniobra que anteriormente hicieron sus compañeros asteros, abandonan la formación en la que una centuria está una tras la otra y se organizan en una sola línea. El enemigo pasa de encontrarse a unos hombres cansados y en retirada a soldados mejor protegidos, mejor armados y aún frescos. Estos, tras un nuevo lanzamiento de jabalinas, avanzan hasta poner la línea de batalla en el estado anterior.

Entretanto los oficiales vuelven a ordenar las centurias de asteros que se han retirado y estas forman tras las líneas de los compañeros que ahora están interviniendo en la batalla.

—No entiendo, honorable señor. ¿Por qué atacan con tanto ahínco el flanco izquierdo? —Era un militar con experiencia y no veía la lógica de ese movimiento.

—Yo tampoco, pero aprovechemos para retirar a los asteros restantes, que los príncipes se pongan todos en primera línea.

El cónsul era perfectamente sabedor que si parte de la línea había caído por cansancio los demás hombres estarían en la misma condición.

Todo parecía ir bien, si el enemigo quería apretar por ese lado se encontraría una sorpresa.

—Que los cuatro manípulos de triarios centrales vayan a reforzar ese lado.

—Sí, honorable señor. —El jinete, uno de los de más confianza, salió presto a informar al responsable de la maniobra.

Un joven tribuno de clase senatorial, de apenas veinte años, se encargó de la tarea de desplazar a los veteranos triarios. Por orden directa un veterano centurión le acompañaba a todas partes con una doble misión: aconsejar y proteger. Ese joven era Marco Licinio Craso, tercer hijo varón del cónsul.

El enemigo siguió atacando el lado izquierdo legionario sin descanso y relajando el ataque en la zona central, pero sin dejar de amenazarla. Estaba claro que los hombres del rey de Pérgamo no eran simples campesinos ayudados por unos pocos soldados experimentados. Estaban peleando de verdad. Aun así, desde el punto de vista de los comandantes era cuestión de tiempo que se cansaran y a partir de entonces el sistema de relevos y de descanso legionario empezaría a dar sus frutos. En esos momentos los asteros estaban descansando, y los triarios no parecía que tuvieran ningún motivo para entrar en combate. Era cuestión de desgaste.

Los dos cuñados, en su nueva posición, intentaron descansar y relajarse pues se sentían realmente agotados, tanto por el cansancio físico como por el estrés emocional sobrevenido ante el peligro

inminente de la muerte.

—Poneos ahora de rodillas, os protegeréis mejor y no tendréis que cargar con el escudo —les ordenó el suboficial que tenían justo al lado.

Sabían que era necesario ahorrar fuerzas y relajar sus tensos músculos. En cualquier momento tendrían que volver a relevar a los príncipes que tenían delante.

—¿Has matado a alguno, Helva? —preguntaba tanto por saber como por entretenerse.

—He herido a uno y se ha tenido que retirar, no estoy seguro, ¿tú?

—Yo sí, lo rematé en el cuello.

—Mejor él que no tú —sentenció.

—Cierto, ¿has pasado miedo?

Helva no contestó, se guardó sus sentimientos para sí.

—Te entiendo… yo tampoco se lo diría a nadie. ¿Sabes? Lo que me preocupa es que él me dio primero, no lo vi y solo me defendí, reaccioné por instinto.

—Yo también actúo por instinto, Nero. Te pueden entrar por cualquier lado.

Como es habitual, aun con la satisfacción del deber cumplido, ninguno de los dos estaba disfrutando de las sensaciones de su primera gran batalla.

—¡Proyectiles! Protegeos —advirtió el centurión.

Ambos se protegieron tras los escudos.

Ante la tardanza de noticias sobre la efectividad de las órdenes que había dado para reforzar el flanco derecho, el cónsul lo preguntó en voz alta.

—¿Cómo irá el ala derecha?

—No lo sé, honorable señor. ¿Quiere que vaya a ver? —se ofreció, pues al igual que su superior también quería saber la situación de ese flanco.

Craso veía muy cerca el triunfo. Solo quería acabar con más de cinco mil enemigos y que la batalla fuera la que decidiera esta guerra contra Pérgamo, quería su triunfo. El Senado no se negaría a concedérselo, tenía influencias.

En verdad confiaba en su oficial, pero el mérito lo quería solo para él.

—No, aquí parece todo controlado, iré yo.

—Como usted quiera, honorable señor.

—Vigila el ala izquierda… Bueno, eres un veterano, ya sabes lo que tienes que hacer, confío en ti. No tardaré en volver.

Publio Licinio Craso marchó, escoltado por treinta hombres, hacia el flanco derecho de sus tropas para observar con sus propios ojos lo

que sucedía y ordenar lo que fuera necesario con información de primera mano.

Entretanto se dirigía al ala derecha Craso pensaba en el final de la batalla. A casi todos los ejércitos enemigos les ocurría lo mismo: ímpetu y fuerza en los primeros compases de los enfrentamientos. Sin embargo carecían de la disciplina, de la cohesión y de la organización de las legiones romanas. Estas poco a poco iban regulando el cansancio de los hombres y eso, al final, era definitivo. Pronto pediría a las alas que avanzaran para rodear al agotado ejército del usurpador del reino de Pérgamo. Por ahora todo lo que estaba pasando era lo previsible.

—Señor, resguárdese, ¡nos atacan!

Inmediatamente la escolta rodeó al cónsul con la intención de proteger al máximo representante de Roma.

El lugarteniente observaba las operaciones. Los hombres del flanco izquierdo estaban igualados en fuerza con el del enemigo, ninguno de los dos parecía cobrar ventaja. De las dos legiones centrales solo era atacado de una manera efectiva el lado izquierdo, casi todo el esfuerzo se dedicaba a estos. Aun así no se ejercía suficiente presión para romper la línea de príncipes, la de asteros y menos aún las dos de triarios que había en la zona. El resto de las legiones estaban en posición y solo recibían fuego de proyectiles, aunque las formaciones adversarias estaban a poca distancia, preparadas para atacar en cualquier momento.

—¿Dónde está el cónsul? —Messalla, el responsable de las tropas de la reserva, se interesó por el paradero de su comandante en jefe.

—¡¿Qué haces aquí?! —La sorpresa del lugarteniente era evidente.

—¿Cómo que qué hago? Interesarme por la situación, nadie me trae noticias.

—Tendrías que estar en el flanco derecho, Messalla.

—A mí nadie me ha dicho nada. —Ante la situación adivinó lo que preocupaba al segundo al mando—. ¿Y el cónsul?

—Ha ido a ver cómo está esa zona, en principio tú tendrías que estar allí apoyando.

—¡Te digo que no me ha llegado ninguna orden! —volvió a insistir.

—Maldita sea…

Ante la alerta de sendas escoltas personales algo llamó la atención de los dos oficiales.

—¡Señor! —exclamó uno de los asistentes del lugarteniente, señalando a un jinete.

—Asistid a ese hombre, rápido.

Cuatro jinetes salieron a socorrer al jinete, que estaba evidentemente herido.

—El ala derecha ha caído, están empezando a rodearnos. El cónsul ha sido hecho prisionero… El lado derecho ha caído. Había muchos hombres y no eran de Pérgamo.

Tras una rápida conversación los oficiales optaron por la prudencia: desconocían la fuerza del nuevo enemigo, las formaciones de los hombres del lado derecho ya habían empezado a desintegrarse y no tenían tiempo para reaccionar. Utilizando a la reserva como cobertura fueron retirando las tropas de una forma controlada hasta las cercanías de las fortalezas provisionales. La batalla decisiva tendría que plantearse otro día, ahora lo importante eran los hombres y sobre todo el cónsul, del cual desconocían por entonces su situación. No fue fácil y hubo que sacrificar hombres, todos los del ala derecha. Estos quedaron a su suerte. Desde el mando de las tropas no vieron otra opción para poder dar tiempo a hacer las correspondientes maniobras. Pérdidas aceptables que serían honradas, pues con su sacrificio habían salvado a sus compañeros.

Al día siguiente, cuando los hombres de Pérgamo hubieron despojado como cuervos de todo lo vendible a los romanos caídos en el campo de batalla, se permitió el recuperar los cadáveres de los compañeros caídos. Allí se encontró a Furco junto a todos los miembros de su manípulo. Rodeaban al cadáver del tribuno Tito Aquilio Flaco y a los hombres que portaban los estandartes de la unidad. Ante la evidencia se consideró una muerte con honor. Estos fueron velados y enterrados mostrando el respeto y el decoro que merecían.

Tras eso se supo que las tropas que habían atacado el flanco eran mercenarios tracios y que el cónsul, Publio Licinio Craso, ante la vergüenza de haber sido apresado presionó a uno de sus captores, enfrentándose a él e intentándole quitar el arma, provocando así su propia muerte.

Entre Roma, los aliados y las ciudades y reinos asiáticos se perdieron tres mil setecientos hombres de los dieciocho mil que empezaron la batalla, un auténtico desastre.

Nero el Joven y Helva habían sacrificado peces a Vulcano en agradecimiento a sus favores. En esta ocasión no podían hacer una ofrenda tan elaborada y optaron por una libación en su honor para agradecer la protección con la que les honraba.

Utilizando un dedo de vino puro, pues este líquido era muy preciado y caro en esos momentos, y tomando un pequeño sorbo de

vino, Nero el Joven pidió humildemente al ser al que prestaba devoción.

«Vulcano, mi señor y protector, sé bendecido por la libación de este vino, sé benevolente y propicio conmigo y con mi familia, así sea».

Por último vertió el resto del líquido.

Como era su obligación se dirigieron al centro del campamento, al foro, para pasar lista y revisión.

—Tú también eres mi familia —pronunció ante Helva, recordando la libación—, al igual que lo era Furco.

—Lo sé, te veo como un hermano, así que no hace falta que me lo digas. ¿Qué será del hijo de Furco?

—Es un varón, su padre o el mío se harán cargo de él… y de Primera.

Helva asintió ante la evidencia.

—¿Qué piensas de esto, Nero? —Aunque sabía que su cuñado sabía tanto como él, necesitaba hablar del tema.

—Pienso lo que todos, no teníamos que haber empezado la batalla, no se puede ir en contra de los designios de los dioses. Ha sido un error —afirmó.

—¡Ya!

—¿Te acuerdas de la polémica que tuvo con el otro cónsul, Lucio Valerio Flaco, porque era el máximo sacerdote de Marte y no podía abandonar Roma más de tres días? —Lo que comentaba fue un gran escándalo en la Urbe.

—Sí, le impuso una multa pero eso no importaba, quería tropas, aprovechó la influencia de ser el Pontífice Máximo.

—Sí, luego el Senado la anuló. Pero Craso logró que se quedara en Roma y consiguió este ejército. Y aquí estamos.

—Ya lo sé, pero nosotros no podemos hacer nada.

Lo que comentaban lo sabían todos, pero la obediencia al jefe del ejército está por encima de todo. Tal y como decían sus padres: «Así lo quieren los dioses».

—Cierto, y el cónsul ha muerto fuera de la Urbe. El Pontífice Máximo enfrentándose al sacerdote de Marte no puede ser otra cosa que un mal agüero. Lo que valía para un cónsul valía para el otro, y lo que no valía para uno no valía para el otro. Además, lo más evidente, los pollos sagrados no comieron, Helva, ¡tú viste la reacción de los hombres igual que yo!

—Sí, es cierto.

—Creo que tenía mucha prisa y se ha precipitado en exceso.

Helva asintió, era lo que opinaba todo el mundo.

—¿Sabes qué pasará ahora?

—Sé lo mismo que tú, pero los veteranos dicen que esta campaña se ha acabado. Los oficiales que quedan no se atreverán a seguir la campaña sin nuevas órdenes de Roma. Hasta que no se elija un nuevo cónsul no se hará nada.

—No sé, la próxima vez no nos pillarán por sorpresa. Aunque como dices, a mí tampoco me gustaría tener que tomar la responsabilidad.

Se incorporaron a la formación y allí era mejor no hablar, pues podrían recibir golpes de los oficiales.

Tras pasar lista y revisión, era el momento de que se les asignaran las tareas diarias.

—¡*Quirites*!

—Señor. —Ambos se cuadraron ante el centurión.

—Creo que sois miembros del *collegium* de los *Ferrarii*.

—Así es, señor.

—Bien, tenemos que mejorar las defensas, hay que instalar maderos puntiagudos, trampas de embudo al tresbolillo con bastones y estacas punteadas y líneas de maderos con puntas de hierro. No vamos a permitir que esos desgraciados maten a ningún romano más. Os necesitamos en la forja para hacer las puntas y todos los abrojos que podáis.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

Cuando acabaron esa tarea, hacían falta armas, tras eso clavos para las sandalias militares. Pronto necesitaron refuerzos para los escudos y se fueron añadiendo otros trabajos. De esa manera, Nero el Joven y Helva consiguieron ser inmunes, no tuvieron que realizar ninguna tarea peligrosa fuera de los cuarteles y fueron rebajados de realizar cualquier otro servicio. Lo único que no pudieron evitar, pues era imposible para nadie, era hacer la dura instrucción, como el resto de los hombres.

Con las líneas en retaguardia reforzadas se mandaron misivas a Roma, pues había que informar al Senado de la muerte del cónsul y a las familias de Tito Aquilio Flaco, Marco Valerio Galo, Publio Aquilio Floro, Tito Sempronio Albino y Marco Bebio Labeón que habían perdido a sus hijos y que estos habían muerto con honor defendiendo a la República Romana y a sus dioses.

VIII – La recompensa

Ante el comportamiento de nuestros queridos hijos, los virtuosos hombres romanos, Nos os tenemos que recordar que Roma fue grande mientras superó a los demás pueblos en la piedad, en la religión y en esa sabiduría por la que se comprende que todo se rige y se gobierna por la voluntad de los dioses. Cada guerra, cada batalla, cada victoria y cada triunfo se nos debe consultar y atribuir. El hombre recibe, entonces, los frutos de esas acciones pues agradece y cumple la voluntad de las divinidades. Ese es el pacto y con eso se consigue la paz con los dioses. Este pacto obliga al mortal a la devoción y a realizar los ritos en su forma correcta y a su debido tiempo. Si eso se lleva a cabo, si se respeta esto, la gloria está asegurada.

Nuestro querido Publio Licinio Craso solo pensó en grandes cosas y solo pensó en su éxito, no en el de la República ni en el de sus dioses. Era Pontífice Máximo, el puente de Roma con los seres divinos, era también cónsul y había sido cuestor, edil y pretor. Un hombre respetado por todos. Nos no podemos sorprendernos de su comportamiento, pues como a muchos hombres una vez que obtiene lo que quiere ya no lo aprecia, ¡quiere más!

No fue este el comportamiento de nuestro querido Nero el Joven, pues este honra a los dioses y al orden natural de las cosas y sabe que servir a Roma es servirse a sí mismo. Consiguió el éxito, que para él fue salvar la vida, pero no luchaba por eso, esta es la diferencia.

Os lo diremos de una forma más sencilla, pues vuestra manera de ver las cosas os confunde: buscar el éxito lleva al fracaso, y el cumplimiento del pacto con los dioses lleva al éxito y a la gloria.

El primogénito de Nero Minicio se labró su futuro, nosotros, las divinidades, hicimos una simple acción para procurar su bien, el resto lo cosechó por su respeto a la ley natural. Pero volvamos a nuestro querido Nero, tras su acción espera recibir la recompensa, esta le llegará y en ella se regocijará.

*****

La casa que le asignaron a Nero Minicio era una vieja *domus* de un ecuestre venido a menos, al parecer contrajo deudas y esta le fue embargada. En la estancia principal tenía una pequeña piscina en donde se recogía el agua de la lluvia que dejaba pasar un hueco cuadrado en el medio del techo. Desde este *atrium* se accedía a seis habitaciones, todas dotadas de puertas. De allí también partía un pequeño pasillo que daba a la cocina, a otra sala, a un muy pequeño

jardín interior y a la salida posterior de la casa.

—¿Qué te parece? —Se sentía realmente encantado con la casa que le habían asignado los Porcio.

—Nunca había pensado tener una casa así —se sinceró Claudia.

—Siempre he querido lo mejor para los míos.

—Se me hace raro no tener que pagar por ella. —Eso aún la extrañaba.

—Hemos pagado, pero de otra manera. —Le costaba quitarse la imagen de la muerte de aquella mujer en casa de los Mucio.

—No te tortures más. Nada de lo que pasó fue culpa tuya. Si tú no hubieras ido habría pasado lo mismo.

—Seguramente, pero yo estaba allí.

—¡Nero! —Claudia se sentía algo frustrada pues no era capaz de quitarle esa preocupación a su esposo.

—Ya se me pasará, es muy pronto todavía. Además, tú me ayudas mucho.

Este acarició con la parte de atrás de su dedo índice las mejillas de su esposa, pues sabía que le llenaban mucho estos gestos de cariño y agradecimiento.

—Gracias, yo solo hago lo que quieren de mí los dioses.

—Sí, pero es de buen romano ser agradecido. Hablando de eso, había pensado comprarte una sierva para que te ayude en las labores de la casa. ¿Qué te parece?

—¿Una sierva? ¿Crees que no podré cuidar yo sola de la casa?

Ni se le había ocurrido que su esposa reaccionara así. Su intención era hacerle un regalo, que este fuera útil y le quitara parte de las tareas domésticas.

—¡No! No, sabes que no quería decir eso, es que esta casa es más grande y tendrás mucho más trabajo. —Ni por asomo quería ofender así a su esposa.

—Si tú quieres comprarla, cómprala. Pero nunca la hemos tenido y nos hemos apañado.

No iba a insistir en ello, sin intención, la había ofendido. Aunque todo lo que se hacía era responsabilidad del padre de familia había delegado en ella, su matrona, las labores y muchas de las decisiones que se tomaban sobre el hogar. En verdad nunca había tenido queja de su cometido. Tan solo era que quería haberle hecho un regalo.

—Bien, Claudia, haremos una cosa, si crees que necesitas un poco de ayuda, pídemela.

—Así lo haré. ¿Sabes, Nero? He pensado una cosa, igual te hace falta un siervo para que te ayude con tus próximas responsabilidades en el *collegium*. Ahora tendrás que estar pendiente del taller, la corporación, la casa y la familia. El siervo puede ir de aquí para allí cuando tú no puedas —añadió Claudia sutilmente para aclarar aún

más su posición.

Nero no supo cómo el tema había llegado hasta aquí. Aunque entendió perfectamente a su esposa: había captado el mensaje.

—Mamá, mamá —gritó Nerita mientras corría hacia ellos—, la casa tiene un jardín. Hay un jardín dentro.

Al advertir que había interrumpido la conversación entre sus progenitores pidió disculpas.

—Perdona papá, no me he dado cuenta.

—No te preocupes, estamos todos emocionados. ¿Te gusta?

—Sí, ese jardín es mi parte favorita de la casa.

—Hay que dar gracias a los dioses por todo esto, hija —intervino Claudia.

—Hablando de dioses. ¡Vamos! Tenemos que consagrar el altar familiar de esta casa —concluyó el padre de familia.

Toda la familia se reunió tras Nero Minicio. Este se aseguró que portaba el documento con el compromiso para con los dioses. Se lavó las manos en un recipiente de agua clara y limpia y tras cubrirse la cabeza inició el rito salpicando todas las estancias de la casa con agua purificadora, ayudándose de una ramita de pino.

El siguiente paso fue el de encender incienso.

«Yo os invoco venerables Lares, aceptad mi oferta de buen grado —oró con las palmas de las manos hacia arriba—, yo os llamo dioses Penates, que esta oferta cuente con vuestra aprobación. Te saludo santísimo Genio de mi familia, tú que vas conmigo a todas partes y me proteges, recibe esta ofrenda de buen grado y que te sea satisfactoria».

Volvió a quemar más incienso y desplegó el documento.

«Os juro, dioses domésticos de mi hogar, que os honraré como merecéis, que os ofreceré cada día, sin faltar ninguno de los que esté en mi casa. Ved en mí a un servidor devoto».

Tras eso enrolló el documento donde había escrito su compromiso y lo depositó en un lateral del altar familiar como si fuera un contrato, encendiendo por último una lámpara de aceite.

«Que lo que os he jurado, dioses de mi hogar y de mi familia, sea de vuestro agrado. Y si he hecho algo que os pueda ofender, recibid el incienso que os he dedicado como expiación de mis errores mortales. Así sea vuestra voluntad».

El ritual estaba hecho y los venerables Lares, los dioses Penates y

el santísimo Genio del padre de familia habían sido honrados tal y como dictaba la costumbre.

—Nerita, ¿te gusta esa habitación?

—Sí, papá.

—Pues para ti, esta vez tus hermanos elegirán después. —Señaló a sus vástagos disimulando el hecho de manera que solo pudiera verlo la niña.

La joven de doce años marchó sintiéndose privilegiada pues muy pocas veces su opinión, o necesidades, pasaban por delante de la de sus hermanos. En verdad había sido elegida para ella y se habían dispuesto en su interior su manta favorita y sus dos muñecas, una de madera y otra de hueso; sus posesiones más preciadas. Nero tenía un argumentario preparado para que aceptara ese cuarto, pues era el más alejado de las puertas.

—¿Te hace falta algo? Tengo que ponerme a guardar los trastos de la cocina.

—No, no, como ves tenemos que arreglar esto. ¡A ver vosotros, dejad de holgazanear, a trabajar! Vamos, vamos.

Los hijos acudieron a la llamada de su padre. Tras un día de duro trabajo la casa quedó lista para ser habitada.

Tras unos pocos días en su nueva casa intentando que esta se convirtiera en un hogar, Claudia pudo celebrar las *veneralia*. Una de sus fiestas favoritas pues estaban dedicadas a la diosa Venus y cómo no, también al amor. En su interior creía firmemente que parte del éxito en su labor como esposa se lo debía a la perfecta observación de los ritos que se realizaban en esa fecha señalada del calendario.

«A ti diosa Venus, diosa Amiga, diosa Amada, diosa Celestial, diosa Dorada, engendradora de los romanos, placer de hombres y dioses. Madre que emergiste de las aguas del mar. Ante ti, diosa, ante ti huyen los vientos, ante ti huyen las tempestades del cielo y a tus pies de la tierra trabajadora nacen flores tiernas y primavera. Acógeme bajo la bóveda de estrellas y cubre mis pies de espuma, envolviéndome en la fragancia de tus dones, a través de ti vivirán los sentimientos que me afligen, sé que tú harás posible que mi amor sea luz que encauce tu poder hacia mi deseado Nero. Que cubra en mí su deseo y me fecunde. Así sea».

Tras beber un poco de un brebaje hecho con adormidera triturada mezclada en leche y endulzada con miel, Claudia oró a la diosa Venus Verticordia, la que cambia los corazones de la impureza de la lujuria a la fidelidad matrimonial. Mientras, una vez lavada con devoción su

estatua, volvía a engalanar a la diosa con las joyas que normalmente la adornaban y hacían resplandecer aún más su estampa. Para la matrona de los Minicio, la diosa era la deidad más poderosa en cuanto al amor y la belleza.

Ese día, el de la *veneralia,* aún le quedaba un rito más por hacer. Al igual que muchas otras mujeres plebeyas se dirigió, junto a sus hijas, a unos baños masculinos que en ese día abrían para ellas. Allí se purificaban desnudas ante los hombres. Era el lugar donde ellos mostraban sus atributos masculinos, pues el símbolo fálico es el más apreciado para la fertilidad y la protección por las mujeres. Entretanto se lavaban se encendía incienso a Fortuna Virilis con intención de que esta influyera en sus esposos y estos no vieran los defectos de nacimiento o los adquiridos por la edad que tenían sus cuerpos. Todas, mujeres casadas, casaderas o incluso prostitutas buscaban ocultar, con la intervención de la diosa, a la vista de los hombres todos sus defectos físicos para así ser más atractivas para ellos.

Claudia, como devota que era, estaba convencida de que la ceremonia servía para asegurar su belleza y nobleza ante la mirada de Nero. Cuando él llegara a casa la embriaguez del perfume de la espuma que Venus haría brotar de su cuerpo provocaría que su esposo no pudiera evitar poseerla.

—Eras la más hermosa de todas.

—No es así, había muchas jóvenes que tenían el cuerpo más bonito que el mío e incluso algunas mujeres de mala vida lo tenían mejor. —Aun así agradeció en su interior lo dicho por su esposo.

—El tuyo me… No me gusta eso de que las mujeres decentes os mezcléis con prostitutas y mujeres infieles.

—Venus es la diosa de todas las mujeres y ella no distingue entre esas cosas. Esas mujeres por equivocadas que estén y por mal que actúen también conocen el amor y sienten. No podemos ir en contra de sus deseos.

—Sí, sí, y así tiene que ser, pero no tiene que gustarme. Lo que te decía, tu cuerpo me ha dado hijos varones, a esas aún les queda mucho que demostrar. El cuerpo de una mujer joven es bonito, pero el de una matrona es mucho más atractivo pues se concibe como completo. Mucho más seductor para el hombre. —Lo dicho por Nero era una obviedad para él.

—También estaban tus hijas —puntualizó su esposa.

—Bueno… ellas también son hermosas, Primera es madre, Segunda lo va a ser y Nerita ha salido a ti —se justificó Nero.

—Eres siempre muy considerado conmigo. —No pudo evitar la sonrisa ante lo escuchado.

—Es lo que mereces, los hombres, yo también, olvidamos el valor

de las madres. Tenemos muchas cosas en la cabeza que nos distraen. Cuando lo recuerdo está bien agradecértelo. ¡He tenido mucha suerte contigo!

—Gracias, Nero.

—Además, si supieras lo que oigo por ahí de otras; se están perdiendo los valores. Todas esas nuevas ideas de fuera están haciendo que perdamos las tradiciones.

Claudia también había escuchado cosas sobre algunas que se decían llamar mujeres pero que no lo eran a ojos de las costumbres ni de los deseos de los dioses.

—Tú nos educas bien para que eso no pase.

—Yo hago lo que puedo, pero no es fácil… La verdad es que eres fiel también en eso, tengo que reconocer que a las niñas no les he hecho mucho caso, pero están bien educadas y saben cuál es su sitio. Eso también te lo debo a ti.

—Me pondré colorada si me sigues alabando así.

—También te quedan bien las mejillas sonrosadas —aseguró Nero.

Claudia no pudo más que agradecerle el cumplido con una gran sonrisa, estaba realmente emocionada. Era una de esas pocas veces que se podía permitir el lujo de dejarse llevar por el sentimiento de amor romántico que sentía por su esposo.

Como matrona devota agradecía a Venus Verticordia, la cambiadora de corazones, y a Fortuna Virilis, la que oculta defectos a los hombres, su labor en hacerla más agradable, en todos los aspectos, a los ojos de su esposo.

El cambio de casa sentó bien a Nero y estaba viviendo, por así decirlo, días de felicidad. Todo hombre que ve prosperar a su familia se siente dichoso. Se convenció a sí mismo, con mucha ayuda de Claudia, que en verdad él no había hecho nada en casa de aquella familia de los Mucio. Lo sucedido hubiera ocurrido sin su presencia. Él no mató a nadie, y cuando pudo actuar contra aquella mujer que huía, no lo hizo. Otro acabó con ella. Esa fémina no hubiera podido escapar más que unos pocos metros de su perseguidor. Solo dos cosas le preocupaban: una, su hijo Nero el Joven, pero eso estaba en vías de solución, y la otra, su elección en su nueva responsabilidad en la organización.

En dos jornadas o tres, puesto que el siguiente día a las *veneralias* era nefasto y el patrón del *collegia* nunca convocaba asambleas ese tipo de fechas, se realizarían las votaciones para su elección como uno de los administradores. Era un día importante. Por conciencia, e intentando depender lo menos posible de los votos comprados por los Porcio, habló con todo miembro posible de su gremio y muchos le

concedieron el voto. Algunos incluso se disculparon diciendo que no dudaban de él pero que la amistad que les unía a otro de los candidatos lo hacía imposible. Realmente no sabía cuántos miembros se presentarían a la asamblea pero cincuenta y dos miembros le aseguraron su apoyo, contando a Flacco cincuenta y tres. El respeto que le mostraban sus compañeros de oficio también le aportaba satisfacción.

Tras el discurso del patrón ante los miembros del *collegium* de los *Ferrarii* apoyándolos, empezaron las votaciones. Después del recuento de votos Nero Minicio y Flacco Polion fueron elegidos administradores con cincuenta y tres votos, el primero, y cuarenta y nueve, el segundo. El siguiente candidato quedó a quince votos de ellos. Ambos quisieron creer que los cargos se los habían ganado ellos, su forma de ser, su prestigio y el apoyo del patrón. No querían pensar en la compra de votos, pues una cosa era que ellos hubieran vendido su alma y otra que su comportamiento afectara a sus cofrades.

—Venid a mi despacho.

No les fue fácil pues casi todos, los que los habían votado y los que no, les felicitaban por el camino.

—Bien —comenzó el líder de la organización—, quería hablar con vosotros por cuatro cosas. La primera, el puesto os lo habéis ganado vosotros, los Porcio me preguntaron por ello y yo les dije que no hacía falta su intervención. Quedad tranquilos, sé que es una cosa que os preocupa. La segunda, los dos administradores salientes estarán un tiempo con vosotros, no es fácil entrar en un tema complejo como este. Os tenéis que coordinar con los recaudadores y aprender todas las formas de ingresos. La tercera, como no tenéis experiencia, cualquier préstamo que os llegue me lo pasáis a mí. Ya os iré indicando cómo sacar la verdad. Y cuarta, los Porcio quieren volver a hablar con vosotros, a ti, Flacco, te esperan en tres días en su *domus* y a ti, Nero, en cuatro.

—¿Sabes qué quieren? —se interesó Flacco.

—No, no me han informado.

—No han tardado un día en querernos para su largo plazo.

Ante lo dicho, el patrón no pudo evitar mirar fijamente a Flacco y contraponer su opinión a su comentario.

—Los juzgas mal, son hombres de honor.

—A ti no te pidieron hacer lo que nos pidieron hacer a nosotros.

—¿Qué tuvisteis que hacer? —se interesó el patrón.

Nero apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Mejor que no lo sepa, patrón —decidió contestar Flacco.

—Bien, si ese es tu deseo: pero después no me lo eches en cara. Si no sé lo que te pidieron es porque tú no me lo dices. Yo sí sé cómo

actúan conmigo y con el *collegium,* y viendo lo que hacen otros por ahí, considero que hemos tenido suerte.

—¡Si usted lo dice! —volvió a insistir Flacco.

—Sí, lo digo —pronunció lentamente para dejar constancia de que su opinión era la que prevalía dada su posición—. ¡Ah! Otra cosa, ¡que se me olvidaba! Por lo pronto la asignación que recibiréis por ser administradores será de mil sestercios al año.

—Gracias, patrón —intervino por primera vez Nero invitando a salir a su amigo.

Tras dejar el despacho se dirigieron a la sala sagrada del *collegium*, allí hicieron una libación de vino a Vulcano, dios del fuego y de la elaboración de los metales, pidiendo humildemente ayuda en sus nuevas responsabilidades. Una vez en paz con sus espíritus y como de costumbre, se dirigieron reflexionando hasta su taberna de vino favorita. Allí había algunos miembros de su *collegium* y entre bromas y felicitaciones corrió un poco de vino. Sin duda, eso favoreció el ánimo de los dos amigos.

Nero volvía a casa convencido de que era un día de alegría. Ese año ingresarían una cantidad impensable hacía solo unas jornadas; de hecho, ni tan siquiera soñada. Tenía un nuevo cargo en su organización que se había ganado él mismo y vivía en una nueva casa que hacía la vida más placentera a los suyos.

—¡Claudia! ¿Estás en casa?

—Sí, en la cocina.

Se dirigió hacia allí contando cada uno de los pasos.

—… Diecinueve y veinte.

—¡Veinte!

—Sí, los pasos que hay desde el vestíbulo a la cocina.

—¿Ahora vas a contar los pasos para ir a cada sitio?

—Igual sí. —Sin duda estaba alegre y no podía evitar mostrarlo.

Tras preguntar por sus hijos, se interesó por qué alimentos llenarían en esa ocasión su estómago.

—¿Qué hay de comer? —Realmente no tenía mucha hambre, pero era la pregunta que ella esperaba.

—¡Nero! ¿No me vas a decir si te han elegido a ti?

—Claro que me han elegido a mí. Además el patrón me ha dicho que los Porcio no intervinieron, me votaron los socios —afirmó.

—¿Crees al patrón?

—Sí, el resultado son los números que hice yo, cincuenta y tres. —Realmente estaba convencido de ello y quería también convencer a su esposa. Ella había expresado recelos sobre qué dirían los demás si había votos comprados.

—Enhorabuena.

Claudia dudó en darle la noticia que guardaba en secreto por prudencia, pero la alegría de su esposo le invitó a revelarla por lo que se acercó y le besó con dulzura en la boca.

—¡Hoy estás atrevida! —manifestó justo antes de abrazarla y besarla apasionadamente.

En cuanto fue liberada de las muestras de afecto contestó, pues quería dar esperanzas comedidas.

—Tengo motivos… —Su cara sin duda mostraba alegría contenida.

Nero miró con interés a su esposa, esperando a que ella acabara la frase.

—¿Motivos? Te conozco y no te refieres a lo de ser administrador.

—No, Nero, quiero que te lo tomes con prudencia pero he tenido una falta. Hace dos semanas que me tenían que haber bajado los menstruos.

—Me has hecho el hombre más feliz de la Urbe. —Sintió el deseo de apoyar las manos en la cintura de Claudia—. No sé si comer o llevarte ahora mismo al lecho.

—Siempre estoy preparada para mi esposo, pero no te ilusiones, aún es pronto.

—¿Tú qué sientes dentro de ti? —Nero entendía la prudencia de su esposa, pero la ilusión que sentía no podía quedársela dentro de él y tenía que expresarla.

—Yo siento que me has dejado preñada, pero eso solo lo saben los dioses.

—Sin duda, pero tú has parido ocho veces, tienes que conocer tu cuerpo, ¿no?

—Nero… No quiero que te ilusiones demasiado todavía… Después de lo de Quinto… Mi cuerpo.

Al nombrarse su fallecido hijo no pudo evitar cambiar su anillo de mano, había que evitar el mal augurio. Tras eso miró fijamente a su mujer.

—Eso fue un desgraciado accidente. —Quiso convencerse de nuevo —. No tiene nada que ver con tu cuerpo. Si no te quedabas preñada no era por nada sobrenatural o mal de ojo, era por el dolor de una madre. Dejó de vivir en tus brazos, eso afecta a cualquiera. A las mujeres, al ser más débiles, os afecta más.

Claudia no estaba muy segura de lo que decía su esposo. Podía ser un accidente como decía él o una maldición por la buena suerte que tenía. Hay gente que por envidia te puede echar un mal de ojo aun sin saberlo.

—No te ilusiones demasiado todavía. —Volvió a pedir prudencia.

—Ven, vamos a darle las gracias al dios Consivio para que nos dé su bendición, toda ayuda es poca.

Todo parecía ir bien a Nero Minicio, y fueron días dichosos, pero lejos de esas buenas nuevas y fuera de su control pocos días después, en una casa importante, se decidía sobre su futuro.

Tito Porcio Annio decidió visitar a su hijo, sabía que quería verle y al día siguiente tenía que partir por un asunto urgente, y poco agradable, hacia las tierras que poseían cerca de Capua. Era perfecto sabedor de las preocupaciones de su hijo y de las prisas de este.

Tras anunciarse a los siervos de la casa lo llevaron hasta su hijo. Uno de los clientes fue invitado a abandonar el despacho de Marco Porcio y los demás, que esperaban a ser atendidos, sabían que se demoraría su turno.

—Padre, no tenía que haber venido.

—Tengo que salir hacia Capua.

Annio sabía lo que preocupaba a su progenitor, ya preveían que podía llegar este momento.

—¿Tan mal está Marco?

—Eso me ha escrito su hijo. Es una pena. —Tito Porcio Annio guardó unos instantes de silencio mientras recordaba a su colaborador—. Tendré que buscar a otro hombre de confianza para llevar nuestros asuntos allí.

—Encontrar un hombre de confianza no es fácil, pero que vuelva a encontrar a otro amigo como Marco es imposible.

—Sí, es cierto. Un gran amigo siempre fiel a nuestra casa. Espero que si ha de llegar el final no sufra, esté acompañado y parta en paz con los dioses.

—Lo merece, es un hombre digno y piadoso.

Ambos lo sentían así: «Un romano de bien merece una muerte decorosa acompañada por el amor y la compañía de los suyos».

—Sin duda, hijo. —Tras el momento de recuerdo llegó el momento del hombre de negocios—. He pensado en Marco el Joven. ¿Qué te parece?

—No lo he tratado mucho, pero me parece correcto. Tiene una buena enseñanza en su padre.

—Cierto, hijo. Bien, también estoy aquí por otra cosa, sé que querías verme por el asunto de Nero Minicio.

—Sí, padre, quiero decírselo mañana.

Tito Porcio Annio era perfecto conocedor de las prisas de su hijo, las cuales aunque comprendía no compartía.

—¿Estás seguro?

—Sí, padre, quería esperar a acabar la nueva casa, pero… Bueno, tras lo pasado no quiero esperar más tiempo.

—No hemos probado todavía la valía de Nero Minicio.

—Yo tampoco me fío de los plebeyos, pero a su manera es un

hombre íntegro. Además, ahora tiene una cantidad de ingresos más elevada que antes, puede tomar decisiones que no nos interesan.

—No sé, a mí me parece precipitado. —Volvió a pedir prudencia.

—Mire, padre, el patrón nos habló muy bien de él. Nero vino a pedir que ayudásemos a su hijo en el ejército de Asia y se ofreció a hacer lo que hiciera falta. ¡Cualquier cosa por su primogénito! Cuando le dijimos lo de los Mucio, por sus gestos vimos que no le gustó, pero no dijo nada e hizo lo convenido. No abrió la boca y cumplió su compromiso. Otra cosa es lo que ha pasado con la elección como administrador en el *collegium*, no hizo falta comprar ningún voto. Tanto el patrón como los hombres con los que trata lo consideran un hombre de confianza.

—No dudo de él en concreto, dudo de los plebeyos en general. Me gustaría poder poner a prueba su integridad.

—Padre, yo no puedo perder tiempo.

—Ni yo, hijo, ni yo, pero hay que ser templado en las decisiones y no precipitarlas.

Annio también entendía perfectamente a su padre, pero la situación que vivía le angustiaba y tenía que hacer algo rápidamente para poder encontrar algo de calma.

—Es increíble que con todo lo que tenemos… seamos tan desgraciados… Y él… —Enseguida calló, se dio cuenta de que expresaba lo que pensaba en voz alta.

Tito Porcio Annio cayó en reflexión ante las palabras de su hijo.

—Perdone, padre, no tenía que haber dicho eso.

—Es la verdad, hijo, es la verdad.

—Aun así no lo tenía que haber dicho, disculpe —volvió a excusarse.

—Disculpas aceptadas, hijo, no te preocupes. Si tú estás convencido te doy mi bendición para seguir adelante.

—Gracias, padre.

—Bien, eso aclarado. El otro, Flacco Polion, no lo he visto al entrar, ¿ya lo has despachado?

—Sí, padre.

—Es un poco irreverente, ¿no crees?

—Como casi todos los de su clase. A mí me parece un buen tipo, que hará aquello a lo que se comprometa, pero no puede evitar quejarse. Fue una buena idea contactar con los dos. Flacco Polion jamás abandonará a Nero Minicio. Juntos valen más que separados.

—Veo que te he enseñado bien. —Aunque eso parecía un cumplido a su hijo en realidad era uno a sí mismo.

—Eso espero por mi bien, padre. Le pregunté por cómo le iba en la nueva casa y que cualquier problema me lo comunicara. El suspiro que dio al ver que no le pedía nada nuevo se ha sentido en todo el

Quirinal.

—Sí, me lo imagino.

—Es una buena inversión tener gente en el *collegium*.

—¡Nunca se sabe qué puede pasar! Volviendo a lo de Nero Minicio. ¿Se lo hubieras ofrecido en contra de mi opinión?

—Aunque ya soy padre de familia y no necesito su permiso prefiero guardarle el respeto que merece. Sabía que le convencería.

—¡Ya!

—He tenido un buen maestro. —Ofreció una alabanza a su progenitor para demostrar aún más agradecimiento, sabía que había cedido a sus pretensiones pues conocía perfectamente que este quería obrar con más cautela.

—Sí, mucho me temo que sí, ¡ay de aquel discípulo que no supere a su maestro!

A Nero Minicio le extrañó la misiva de aquel siervo en la que anunciaba que la visita concertada con Marco Porcio Annio no se realizaría en su *domus*, sino que iría a visitarle a su propia casa a la hora sexta. Era extraño que un hombre de esa categoría se comportara de esa manera. Claudia le preguntó por el motivo de ese comportamiento, y de las intenciones de ese hombre. No pudo darle respuesta pues era un total misterio para él. Esta, ayudada por Nerita, estuvo limpiando con más dedicación, si es que ello era posible, todas las estancias de la casa. Tras eso se vistió con su mejor estola, se hizo un sencillo pero vistoso peinado y se maquilló con sus mejores pigmentos. Por último engalanó su cuello con el colgante que Nero le había regalado el día de las *matronalia*. A su hija Nerita la vistió con una sencilla túnica adornada con un ceñidor azul ya degastado y la peinó, haciendo un pequeño arreglo a sus alisados y largos cabellos.

—¿Ya estáis listas?

—Sí.

Ambas se presentaron ante él.

—¡Estáis…! Estoy orgulloso de vosotras.

Claudia le devolvió una sonrisa de agradecimiento pero no exenta de preocupación. Sin embargo, Nerita le devolvió una de alegría y regocijo, pues pocas cosas le gustaban más que su madre le permitiese usar sus ungüentos y maquillajes.

—¡Eh! ¿Vosotros cómo estáis? ¡Parecéis novias!

Sus dos hijos, Marcellus y Crispus, se presentaron ante él con muda limpia y sencilla.

—Bien, vamos a recibirle a la puerta, tiene que estar a punto de llegar.

Antes de salir volvió a repasarlo todo, nada podía fallar en una visita tan importante.

Marco Porcio Annio arribó acompañado por un séquito de protección de quince personas. A Nero Minicio no le extrañó, era normal buscar seguridad tras lo que había hecho en casa de los Mucio. Ciertamente él también era responsable de lo sucedido, e incluso habría intervenido de una manera más activa en los actos si se lo hubiera pedido. No estaba orgulloso de ello, pero era la verdad. Como su amigo Flacco, el único límite era la muerte. Aunque se volvió a sincerar consigo mismo, si le hubiese pedido algo más expeditivo tras la actuación por su hijo, no estaba seguro de que no hubiera aceptado. Evidentemente esa opinión se la guardó para sí y no quiso preguntarse la respuesta.

—Salve, Nero Minicio, que los dioses te sean propicios a ti y a los tuyos.

—Salve, Marco Porcio Annio, que los dioses le guarden de todo mal y le deseen felicidad. ¿Hoy no viene su padre?

—No, tuvo que partir hacia Capua para unos asuntos urgentes.

Realmente Nero Minicio prefería tratar con Annio, aun así era necesario mostrar la mayor educación.

—Espero que su viaje esté libre de incidencias.

—Yo también lo espero, aunque soy parte interesada. Tus deseos son más puros pues no son de parte.

Tras los saludos protocolarios era el momento de presentar a su familia.

—Le presento a mi familia.

—Encantado de conocerla. —Marco Porcio Annio se dirigió directamente a Claudia—. Para todo hombre es siempre un honor conocer a una matrona romana fértil y piadosa.

Claudia vio la ligera aprobación de su esposo para que esta contestara.

—Gracias, señor. Solo hago lo que quieren de mí los dioses.

—Seguramente, *domina*, es así, pero eso es lo realmente admirable. ¿Quién es esta joven romana?

—Es Nero la Tercera, mi hija más pequeña.

—Un placer conocerte, Nero la Tercera.

Esta vez fue la niña la que esperó permiso para poder hablar. Cuando lo recibió, lo hizo con una mezcla de inseguridad y vergüenza.

—Gracias, señor. —No pudo decir el nombre del visitante pues no lo conocía.

Se realizaron conversaciones parecidas con sus dos hijos y saludos con la misma cortesía.

—¿Y su otro hijo?

Ante la insistencia de Claudia y para no escucharla más, convino

con Silanus que este haría el turno de día en el taller, pero tras esto quedaba libre de toda carga. No quería apretarlo demasiado pues tenía edad para disfrutar. Además, con las horas necesarias para el aprendizaje propio de sus nuevas responsabilidades no disponía del tiempo necesario para dedicar las tardes a la formación de su hijo.

—Tenemos mucha carga de trabajo y no podemos desatender el negocio, está allí.

—Como tiene que ser, además es siempre mejor alguien de confianza. ¿Qué mejor que un hijo para cuidar tu negocio?

—Así es. Pase a mi humilde casa, señor. —Lo expresado resultó extraño a Nero pues en verdad la casa era más del invitado que del anfitrión.

Una vez dentro le fue ofrecido un refrigerio que rechazó educadamente, no por no querer aceptar, sino porque estaba haciendo un día de ayuno para purificar su cuerpo. Ante el motivo esgrimido no se insistió, cada uno tiene sus dioses tutelares y su manera de honrarlos.

—¿Podemos hablar en privado? Esto que tengo que hablar contigo es cosa de hombres.

Nero esperaba por fin saber cuál era el motivo de la visita de Annio.

—Claro, Annio, faltaría más. Venga, adecenté una habitación como despacho.

—Buena precaución, ahora con las nuevas responsabilidades en el *collegium* necesitas un lugar tranquilo para trabajar en casa.

—Sí, ese es el motivo de esta sala.

—Por cierto, tengo que felicitarte. El patrón nos indicó que no era necesaria nuestra intervención en ese asunto. Sin duda sois respetados por vuestros camaradas.

—No quiero ofenderle, pero es para mí muy importante que haya sido así.

—No me ofendes, yo también lo prefiero de esta manera, Tanto tu amigo como tú os lo habéis ganado.

Con un gesto, Nero lo invitó a sentarse.

—Bien, es un honor que visite mi casa, pero ahora que está aquí, ¿de qué quería hablarme?

—Primero quiero preguntarte por la familia.

Eso extrañó al anfitrión.

—¡Mi familia!

—Sí, me gusta conocer a los que de alguna manera trabajan para mí.

—Entiendo.

—Mi padre me explicó que hay que conocer a los hombres y sus

motivaciones, por lo que me demostraste con tu primogénito das mucha importancia a la familia y eres muy protector con ella.

—Nada hay más importante para un *quirite* que la familia.

Annio sonrió, lo que decía Nero Minicio era lo correcto pero no era conveniente decirlo así, y menos un hombre con un apellido tan importante como el suyo.

—Sí, excepto Roma, pero eso ya lo sabemos todos. Ese concepto, Nero, no lo tienen tan claro muchos otros.

—Ellos se equivocan.

—Efectivamente, bien, por lo que sé tu esposa es Claudia la Tercera, hija de Claudio Valente de la tribu Falerna.

—Sí, así es.

—Solo para confirmar, ¿tu suegro, cuántos hijos tuvo?

—Fue un hombre afortunado, tuvo seis hijos y también tres hijas. Todos los partos se contaron en cunas. Damos gracias a los dioses por ello.

—¡No es para menos! También me han dicho que los dos primeros fueron varones, ¿verdad?

Nero Minicio no sabía adónde iba esa conversación.

—Así es, Claudio y Catulo.

—Tu esposa también te ha dado cinco hijos, y también todos los partos se contaron en cunas, ¿verdad?

—Sí, todos ellos. También me ha dado tres hijas y… Bueno, es posible que me dé otro.

—Enhorabuena.

—Gracias, es temprano todavía, pero ella lo siente en su interior.

—Tu esposa es una pía y recta matrona romana favorecida por los dioses, seguro que si lo siente, es así. Tienes mucha suerte de que tu mujer sea tan fértil.

—Yo también lo creo.

Annio vaciló ante lo que iba a preguntar pero tenía que hacerlo, era inevitable hacerlo.

—Es… incorrecto hacer la pregunta que te voy a hacer ahora pero debo hacértela. ¿Cómo dejó de vivir… Quinto, tu hijo perdido?

Tanto Annio como Nero se tocaron las sortijas que engalanaban sus dedos y tras pensárselo un poco se las cambiaron de mano.

—No es agradable recordar, fue un accidente. Pasábamos por el lado de un edificio en reparación y uno de los andamios cedió y un objeto cayó sobre la cabeza de… Claudia lo llevaba en brazos… Solo tenía un año, tres meses y cinco días.

—¡Ya está! No tenía que haber preguntado.

Nero Minicio asintió, cada vez se sentía más incómodo. ¡A qué venían esas preguntas!

—Ya acabo e iremos al tema. Por lo que sé tu esposa y tu hija

Primera tuvieron hijos varones tras el primer año de matrimonio.

—Sí, así es, una bendición de los dioses.

—Sin duda. Y los dos primeros hijos de tu esposa fueron varones, Nero y Silanus.

—Correcto.

—Y todos los partos de tu suegra y de tu esposa tuvieron éxito, todos los bebés se contaron en cunas, salieron adelante y ellas parieron sin mucha dificultad.

Nero ya no podía aguantar más

—¿Por qué me pregunta todas esas cosas?

Su interlocutor, tras un profundo suspiro, se alzó y como si tomara una de las decisiones más importantes de su vida, expuso:

—Soy Marco Porcio Annio, hijo de Tito Porcio, y quiero concertar un enlace con Nero la Tercera, hija de Nero.

El padre de familia de los Minicio se quedó con la boca abierta sin saber qué contestar.

VIIII – Silanus

¡La maldición lleva a la maldición!

«Os invoco: Hécate, espíritus subterráneos, agua terrorífica de Estigia, corrientes del Olvido, Tártaro subterráneo. Enviadme espíritus de muertos para que me sirvan en este día y a esta hora, inmediatamente. Sustancia de muerto, te mando junto a Nero Minicio, hijo de Quinto, para que me lo maldigas. No penetres en él a través de sus ojos, ni a través de su cerebro, ni a través de su miembro, sino a través de su alma; introdúcete en su esposa Claudia, hija de Claudio, introdúcete en su hijo no nato para que nazca maldito. En este día de hoy, en esta noche, en esta hora, entra en él».

Dieciséis años atrás, tal como contáis los mortales, nuestro querido Nero Minicio despidió, por sobrados motivos, a un vil hombre pues no solo resultó que no era buen forjador, sino siempre litigaba con sus compañeros y sustraía género en el taller. ¡Se apropiaba de lo ajeno, rompiendo así el orden natural de las cosas y ofendiendo, por tanto, a los dioses! Ese era el peor pecado: era impío. Murió ejecutado por ladrón, su merecido castigo, entre el escarnio público para que otros aprendieran en cabeza ajena. Sin embargo, antes de eso, pagó para que se recitara una abominación. Recurrió a la magia y a la superstición, terreno al que acuden los ignorantes y los incrédulos.

Nos somos una diosa tutelar de la infancia y ese es nuestro cometido, proteger al niño cuando hemos sido invocados. Nuestro querido Silanus ya ha portado la toga viril, la toga de la libertad, la que otorga el honor de servir a Roma, el derecho a ser escuchado, a ser llamado quirite *y hacerse responsable de tus propias acciones. Al alcanzar la mayoría de edad dejó su* bulla*, el amuleto que lo protegía contra las maldiciones y los males de ojo. En ese momento el hombre tiene que abrazar sus dioses protectores. ¡Nos como diosa de la infancia no podemos actuar!*

Nuestro querido Silanus es culpable de sus actos como lo es cada hombre. Nos lo hemos cuidado hasta lo que alcanza nuestra responsabilidad. Nuestro querido Nero es un hombre pío y temeroso de los dioses pero en su error, a pesar de las advertencias, descuidó a su hijo y lo dejó a su suerte, pues tenía muchas otras responsabilidades a las que atender.

Nuestro querido Silanus tenía que haber imitado a sus progenitores y abrazar la fe. Contra la maldición están los rituales de protección y los amuletos, es cuestión de voluntad. Eso le hubiese amparado, sin embargo optó por otra senda. Los actos de los hombres están condicionados por ellos mismos, por su familia, por sus amigos y por la sociedad en la que viven. En el caso de nuestro querido Silanus están, además, condicionados por un hecho que sucedió antes de ver la vida. Este se dejó llevar, y la maldición

lleva a la maldición.

*****

A Silanus le apenaba no poder visitar los burdeles con su hermano pues realmente le gustaba estar en su compañía, pero había marchado al ejército, ¡así son las cosas! Hacía unos días que quería disfrutar de esa joven prostituta que le había pagado.

Socedeiaunin, que así se llamaba la prostituta hispana, ejercía cerca de las Fauces Suburae, la peor zona del barrio más peligroso de la ciudad, en uno de los muchos arcos y rincones escondidos que había en esa zona. Probaría cosas nuevas, pues simplemente poseer a una fulana no le aportaba más que desahogo físico. ¡Necesitaba más! Con ella podía disfrutar mucho.

—Tú, *lupa*, ¿cuánto?

La joven sierva lo reconoció.

—Depende de lo que quieras hacer esta vez.

—Lo quiero normal, yo arriba en posición dominante y tú abajo, pero moviendo las caderas. No quieta como las mujeres casadas. Te tendrás que tapar la cara, no quiero ver tus sucios ojos de furcia.

A la prostituta no le pareció una petición extraña, le habían pedido cosas que hasta una persona de su baja categoría social quería olvidar.

—No hay problema, seis ases.

—Pues vamos, *lupa*, y cierra esa asquerosa boca, no quiero oír nada.

Una vez a resguardo de miradas curiosas ella se tumbó en el suelo abriendo bien las piernas para que su cliente pudiera penetrarle bien. Con un pañuelo, lo único que tenía, se tapó la cara. Enseguida se posicionó encima, como él decía, en la posición dominante. Quería sentir el poder sobre el cuerpo de esa sierva. Sin poderse contenerse por las sensaciones que invadían ya su cuerpo, empezó a copular. Realmente lo estaba disfrutando, no solo el sexo, sino que se acercaba el momento que había estado planeando durante unos días.

En su pensamiento tenía la idea de que no era lo mismo matar a perros o gatos. Quería saber también si ese placer superaba a cuando atrapó aquel niño que huía de casa de los Mucio. Cuando lo tuvo a su alcance le golpeó en la espalda, este cayó hacia el suelo sin remedio al haber perdido el equilibrio. Vio la impotencia del pequeño al poner las manos para evitar el golpe. «Te cacé», le susurró al oído. Tras eso cogió la cabeza y la golpeó repetidamente contra el suelo. Todo pasó demasiado rápido, muy rápido, ¡quizás ahora sería diferente!

Primero la montó poco a poco y después fue incrementando el ritmo. Cuando estaba cerca del clímax, empezó a apretar el cuello de

aquella *lupa*. Apretó y apretó hasta que esta dejó de moverse, le costó bastante pues esa furcia no quería morir. Por más que apretaba no conseguía que dejara de respirar. Tras, para él, largo tiempo logró su objetivo, acabó y eyaculó. No sintió nada distinto, la vida que había quitado era algo vacío, no sintió culpabilidad. Su sentimiento fue otro: el de que tenía el control y se sentía poderoso.

Se levantó y se adecentó un poco la ropa y antes de salir de ese lugar oculto, lanzó los seis ases sobre el cuerpo de la prostituta vilmente asesinada.

Silanus obtuvo, sin pedírselo, permiso de su padre para salir a desahogarse, este incluso le dio sestercios para que se pagara algunos vicios.

Había dejado abandonado el cadáver de la prostituta hispana y aunque estaba seguro de que los esclavos recogedores de cadáveres se la habían llevado y de que a nadie le importaba, era mejor ir a otros prostíbulos de más calidad durante un tiempo. Necesitaba volver a desahogarse, aunque no como lo pensaban los demás.

Una vez guardados los días que creyó prudente, volvió a dirigirse a las Fauces Suburae pues allí podría volver a cazar a alguna *lupa* jovencita de no más de catorce o quince años. Verdaderamente, era consciente de que matar a una fémina de mayor edad le traería problemas. Todavía no tenía el cuerpo desarrollado para presas más peligrosas. Ya llegaría ese momento. Además le motivaban dos cosas: la primera, que les quitaba más vida, eso le haría disfrutar más, y la segunda, la sumisión de estas sería aún mayor.

Le sería fácil encontrar alguna presa, pues era el barrio con peor fama de la Urbe y el de mayor densidad de prostitutas de toda la ciudad. El sol se estaba preparando para su letargo diario y no quedaba mucho tiempo para actuar. Aun así, quería disfrutar de cada uno de los momentos antes de quitar la vida a una de esas infelices prostitutas. Para Silanus eran las presas perfectas, ¿quién se iba a preocupar de mujeres de tan baja categoría? No valían nada.

Estuvo observando a cada una de ellas.

No le era fácil decidirse. De la primera, le gustaban sus caderas y sus sobrecoloreadas mejillas. De la segunda, se fijó en sus voluptuosos pechos, sin duda era madre de un retoño y tenía la mama acrecentada. La tercera prostituta tenía cara de niña de once o doce años. Y la última, mostraba la mirada inocente de una virgen observada por mentes obscenas.

Optó por esta última pues creyó que hacía poco que le habían obligado a ejercer la prostitución, su miedo era evidente y eso le levantó la libido. Se encontraría a una mujer casi desconocedora de su oficio y ya temerosa, justo lo que buscaba, justo lo que necesitaba.

—¿Cuánto, *lupa*?

—¿Qué quieres hacer? —contestó esta intentando mostrar seguridad.

—¿Qué sabes hacer?

La joven no contestó.

—¿Cuánto cobraste por el último servicio?

—Cuatro ases.

—Te daré seis, ¿te parece bien?

—Sí…

—Pues vamos, no quiero perder tiempo.

A esta no le pediría que se tapase la cara, quería ver todo su miedo, toda su desesperación al saber que perdería la vida y cómo se le iba su último aliento.

—Quítate toda la ropa, ¿te has lavado los pechos?

—Sí.

La *lupa* se desnudó ante él y permaneció quieta esperando más instrucciones. Silanus se tomó un tiempo antes de decir nada, la quería sumisa, insegura e inquieta, el placer que sentía casi llegaba al deleite.

—Bien, túmbate en el suelo.

Tras eso se preparó para disfrutar.

Todavía no había tomado la deseada posición, cuando fue interrumpido.

—Quieto, no hagas nada de lo que tengas que arrepentirte.

Cuatro hombres entraron en el arco oculto a miradas indiscretas y abordaron a Silanus. Tendrían unos treinta años y le sacaban todos más de un palmo de altura. Este no se acobardó, él buscaba miedo, lo mismo buscarían los demás.

—Hay muchas por ahí, esta ahora es mía.

—No la queremos a ella, te queremos a ti.

El segundo hijo de Nero Minicio permaneció quieto.

—Nuestro jefe quería que te encontrásemos. Tendrás que venir con nosotros.

—No voy a ir a ningún lado.

Dos de esos hombres sacaron sendos cuchillos, mientras uno le amenazaba haciendo el gesto de degüello en su misma garganta el otro acercó su arma a diez centímetros de la cara del hombre al que quería amilanar.

—Mis amigos no tienen mucha paciencia. Tú, cerda, vístete y haz tu trabajo. Tendrás que dar más a tu amo, te hemos salvado la vida, y tú —señaló a Silanus—, vamos.

No tardaron mucho en llegar al prostíbulo en el que tenía la sede

el proxeneta. Tras entrar en él y acceder a un pequeño patio interior de esas descuidadas instalaciones, entraron en una sala cerrada por una simple cortina.

—Taurus, aquí te lo traemos, estaba con una de las nuevas.

Ese hombre se quedó mirando a Silanus con curiosidad.

—Eres demasiado joven para darme problemas.

El silencio fue la respuesta.

—¿Cómo te llamas?

Volvió a producirse el silencio.

—Scaeva, llévalo a ver lo que hay en el segundo cuarto.

—Sí, amo. Ven.

El joven Minicio fue obligado, a empujones por dos fuertes brazos, a avanzar hasta la habitación señalada. Allí pudo observar un cadáver con evidentes signos de tortura, totalmente ensangrentado y con tres dedos de la mano izquierda amputados. También le faltaban todas las uñas de los pies.

Tras ese lamentable espectáculo, fue de nuevo llevado ante el hombre que parecía dirigir a esa organización de delincuentes.

—Bien, ¿cómo te llamas?

—Silanus.

—¿Qué más?

—Silanus Minicio, hijo de Nero, de la tribu Falerna.

—Bien, eso está mejor. Chico, tienes un problema.

Escogió de nuevo el silencio como respuesta.

—Scaeva, acércame su mano derecha.

—No, no…

—Veo que solo eres valiente con las prostitutas —pronunció con sorna—. Bien, si vuelves a no contestarme te empezaré a arrancar las uñas. Tienes muchas uñas con las que divertirme.

—Entendido.

—Mataste a… ¿Cómo se llamaba?

—Socedeiaunin, amo —contestó Scaeva.

—Eso, la mataste y me costó quinientos sestercios. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo.

—Pues me debes lo que pagué por ella y lo que me ha costado la que le sustituye. ¿Cuánto suma eso, Scaeva?

—Mil sestercios, amo.

—Veo que no sabes sumar, muchacho, por eso llevo yo el negocio y no tú. Silanus Minicio, hijo de Nero, de la tribu Falerna, me debes dos mil sestercios.

Esa cantidad era imposible para él, no la tenía.

—No tengo, no dispongo de…

—¿Cuánto dinero tienes?

—Dos sestercios.

—Bien tienes tres opciones: la primera, trabajar para mí hasta pagar la deuda; la segunda, voy a tu casa y le explico a tu padre lo que has hecho y le digo que me pague los dos mil sestercios, y la última, la que más le gusta a Scaeva, te mando matar y se te acaban los problemas.

—Yo no dispongo de mi tiempo, es de mi padre.

—No te preocupes, te tendré vigilado y sabré si estás libre. Si lo estás y te necesito, te lo haré saber. Por lo pronto ya tienes el primer trabajo… Recuerda, ¡te estaré vigilando!

Scaeva y Silanus Minicio arrastraron el cuerpo del hombre sin tres dedos fuera del prostíbulo, le cambiaron la ropa poniéndole una túnica deteriorada y vieja abandonándolo tras eso cerca de la entrada del *vicus* Pullius. No tardarían en pasar los esclavos que recogían a los cadáveres de los sin techo que morían en las calles y de los pobres que no se podían pagar un entierro decente. Todos esos cuerpos eran llevados a las fosas comunes y crematorios que había en el cementerio del Esquilino. El único lugar en Roma con peor prestigio que las *fauces suburae.*

—Has dicho que tenías dos sestercios, ¿vamos a tomarnos algo?

A Silanus no le apetecía demasiado alternar con ese ser de tan poca categoría. Aceptó por dos motivos: el primero, miedo, si se negaba podría amenazarlo con quitárselos, y el segundo, podría sacarle información, no sabía dónde se estaba metiendo.

Había aprendido mucho del despreciable Scaeva, ahora tenía otro terreno para lo que él llamaba la caza. Ese día tendría dos recompensas, una personal y otra, igual de gratificante, monetaria.

Al acabar las tareas en el taller en las que su padre le estaba introduciendo a marchas forzadas le permitió, como hacía siempre, unas horas de diversión. Según Nero Minicio: «Los jóvenes se están conociendo y tienen que descargar su sexo. Es bueno que se desfoguen para no tener que molestar a las mujeres y las hijas de los demás. Eso solo trae deshonra a las familias».

Se dirigió hacia la puerta Esquilina y avanzó por la vía Labicana. Esta recorría parte del gran cementerio del Esquilino. En esta vía se encontraban las gentes con peor reputación de la Urbe: sin techo, ladrones, esclavos, prostitutas y otros seres aún más despreciables que renacían por la noche.

Esta vez iría con más cuidado. Scaeva le había avisado que ni se acercara a las polillas de la noche. Prostitutas que ejercían en los cementerios, incluso entre las lápidas o sobre la húmeda tierra de las tumbas. Si se les pedía simular estar muertas su tarifa solo la podían pagar los hombres más poderosos de Roma; se hablaba incluso de

monedas de oro. Eran mujeres pálidas y estilizadas, realizaban movimientos lentos y acompasados, tenían una mirada capaz de helar el corazón y cantaban una melodía lastimosa acompañada de gemidos y lamentos. Sin duda esas prostitutas levantaban el interés del hijo de Nero pero por prudencia acogió el consejo: primero, porque no podía pagarlas, y segundo, porque si tocaba a una de ellas estaba muerto, seguro que estaban muy protegidas.

Se dirigió camino abajo y fue mirando el género. Nada parecía convencerle pues eran viejas, feas, marcadas o mutiladas de pecho o miembros. Muchas lo llamaban para ofrecerle sus servicios: «Ven, dentro de mí hallarás placer», «Nada habrás conocido mejor que el hueco que tengo aquí abajo» o «Todo lo vieja que me ves es experiencia que tengo, disfrutarás como nunca». Al final se decidió por una *lupa* de unos cuarenta años, de pequeña estatura, pelo largo y minúsculos pechos, aunque su cara no la hacía muy deseable aún conservaba algo de encanto en su cuerpo.

—Veo que tienes los pechos pequeños.

—¿Te gustan?

—Me gustan pequeños, pero me gustan más en mujeres que han parido.

—Para lo que vas a hacer tú, lo mismo dan unos que otros —.se defendió la descarada prostituta.

—¡Veo que tienes la lengua larga! ¿Cuánto cuesta hacerla callar?

—Tres ases.

—No valías tres ases ni cuando eras joven.

—Tú no tienes suficiente falo para que te lo haga más barato.

Eso le divirtió, era descarada, una nueva sensación, hasta ahora solo había matado a seres sumisos.

—Está bien, te daré tres ases si hacemos la postura del perro y te atas esto en la boca, no quiero oírte hablar. —Enseñó un pañuelo.

—Cada uno tiene sus manías. Ven, aquí detrás tendremos intimidad.

Los dos se introdujeron en una tosca cabaña hecha de madera y tela sacada de los desperdicios de alguna casa demolida. Le ató el pañuelo en la boca procurando que se la tapara bien. Cuando estuvo seguro de ello le hizo una leve sonrisa.

—Gírate y ponte a cuatro patas.

La fulana obedeció.

Empezó suavemente mientras agarraba los cabellos de la *lupa* a modo de rienda de un caballo. Eso, sin duda, le excitó, pero no tanto como la clara imagen en su mente de estirar de estos y cortarle el cuello. Ya había descartado hacía tiempo el ahogarla, esa mujer parecía tener suficiente fuerza como para dificultarle mucho el placer de quitarle el aliento con sus propias manos. Tal y como pensó actuó,

sacó el cuchillo, del que se había provisto, quitándole la vida. Recién realizado el tajo empujó a la mujer contra el suelo, no quería salpicarse de sangre. La muerte llegó rápido.

Silanus limpió el cuchillo en la mísera túnica de su víctima y tras eso lo volvió a poner en su disimulada funda. Se miró por si tenía sangre y solo vio un poco en un lado de su manga derecha. Buscó algún recipiente con agua en ese despreciable antro y encontró uno lleno de líquido enturbiado. Se limpió rápidamente y empezó la segunda parte de su plan.

—Aquí tienes lo que te prometí.

Enyd, una de las brujas más reputadas del cementerio, se acercaba a ver la mercancía que le traía Silanus.

—¿Ha muerto violentamente?

—Sí, y prematuramente.

—¿Cómo puedo estar segura?

Retiró parte de la manta que la cubría enseñando su tajo en el cuello.

—Bien, bien, perfecto, la podremos utilizar. Puedes dejarla ahí.

—Primero el dinero.

La hechicera sacó una bolsa que escondía entre los pechos y le dio los trece denarios convenidos. Tras eso tiró el cuerpo de la desdichada a la tumba cavada para ella y marchó de allí con el compromiso de llevar más cuerpos. El alma de esa desdichada se utilizaría para embrujos, maldiciones y amarres amorosos a través de magia negra, necromancia y tablillas de maldición.

Hizo cálculos rápidamente, cincuenta y dos sestercios, ¡buen negocio!

Como no podía ser de otra forma, ese negocio, el de vender cadáveres a las mujeres hacedoras de maldiciones, era lucrativo y Scaeva también participaba en él. Tras otra muerte de un hombre torturado por su amo, este le encargó que se deshiciera del cuerpo. Pidió, mejor dicho, obligó a Silanus a que le ayudara a transportarlo. Esta vez, sin embargo, no lo dejarían en las calles a merced de los esclavos públicos que transportaban los despojos de los sin techo, mendigos o pobres que se encontraban en alguna esquina tirados. Lo llevarían a una de las brujas para obtener una recompensa por él. Todo cadáver con mala muerte era siempre deseado.

Era fácil salir de Roma, tan solo mirando al suelo, vestido con harapos y una improvisada camilla, podías salir de la Urbe portando un cadáver sin que te preguntaran nada. Nadie se fija en los esclavos ni en los cadáveres de los desamparados, aquellos tan desgraciados que no podían costearse ni su propio sepelio.

Nada más salir de la Urbe se dirigieron hacia el interior del cementerio del Esquilino, allí fingieron dirigirse hacia las fosas comunes y las piras eternamente encendidas, en las que míseros siervos, con media cabeza rapada, quemaban a todos esos cuerpos tan desgraciados en vida como en muerte.

Una vez allí marcharon hacia su objetivo: una de las brujas para venderle el cuerpo.

—¿Cómo se llama esa bruja? —se interesó Silanus.

—Hatria —respondió Scaeva.

Al acercarse vieron a un niño al que solo se le veía la cabeza, pues el resto del cuerpo lo tenía enterrado en la tierra, como aquel que intenta nadar y solo saca la cabeza del agua. Ante él, tazones con bebida y comida. Era sin duda para hacer más dura la agonía al ver cerca un sustento que no puedes alcanzar. Estaba condenado a morir viendo a poca distancia el alimento que podría alargar su existencia. El pequeño miró con ojos de temor pidiendo ayuda, pero no pronunció ninguna palabra. Sin duda la bruja le había enseñado, en forma de dolor, las consecuencias que eso tendría.

—Te traemos género, mala bestia.

—Bienvenido de nuevo, engendro.

—Mira, buen material, le hemos roto todos los huesos de los dedos. —Scaeva hablaba como si fuera un experto vendedor.

—¿Cuánto tardó en morir?

—Pues… lo cogimos ayer por la tarde y ha muerto hoy. Un día, diría yo.

—Enséñamelo —exigió la bruja.

Tras observarlo se convenció que le interesaba.

—¿Sufrió?

—Como solo lo sabe hacer mi amo.

—Bien, te daré diez denarios si cavas la fosa, yo ya estoy muy mayor para eso. ¡Y rápido! Pronto vendrá un buen cliente que quiere intimidad, ¡ya me entiendes!

—Échame una mano, Silanus.

Parecía una invitación, pero él se lo tomó como una orden. Rápidamente se pusieron a ello, metieron el cuerpo y volvieron a poner la tierra en el hueco. Con el trabajo hecho y los diez sestercios, partieron de allí.

—¡Oye! Scaeva, ¿para qué quería al niño?

—Cuando muera, secará su médula, su hígado y el resto de sus órganos, los utilizará para filtros de amor, pócimas y maldiciones. Es un mercado con el que se gana mucho dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Por un buen ejemplar te pueden dar cien sestercios.

Silanus empezó a cavilar, ¿cómo podría sacar un niño sin que este se quejase?

—No estarás pensando en eso, los niños son inocentes. Te pueden castigar los dioses.

El hijo de Minicio tuvo que aguantar la risa, al parecer ese miserable esclavo de Taurus tenía límites y era de algún modo temeroso de los dioses.

—No, no soy de ese tipo. Solo es que de diez en diez denarios no pagaré nunca a tu jefe.

—¿Cómo que diez? Tú te has ganado cinco.

Scaeva obligó a su acompañante a seguirlo hasta la cueva donde tenía un altar la diosa Laverna. En un rincón particularmente misterioso, donde se citaban los malhechores que rendían culto a la diosa del mundo subterráneo, protectora de los ladrones.

X – Noticias

Nero Minicio había aceptado, pues era irrechazable, el compromiso de su hija y convenido todos los detalles del enlace. Por ese motivo se extrañó cuando fue llamado con urgencia por Marco Porcio Annio. Quizás faltaba algo o era necesario aclararlo. Fuera como fuera pronto lo sabría, solo tenía que esperar a que saliera el invitado que había en esos momentos en el despacho. El hombre que salió fue Cneo Servilio Cepión, hijo de un prohombre que había sido cónsul diez años atrás. Ante la importancia de la visita, este fue acompañado hasta la puerta por el dueño de la casa. Ambos mostraban semblante de preocupación.

—Salve, Nero, que los dioses te sean favorables, pasa.

—Salve, Annio, que los dioses te deseen plenitud, fertilidad y dicha.

—¿Lo dices porque eres parte interesada?

—Todo padre quiere la felicidad de su hija, y tus hijos serán mis nietos.

—Sin duda, y serán un orgullo para los dos.

—¡Los dioses te oigan!

Con la invitación a que tomara asiento se acabaron las cortesías, y ahora irían al tema por el que lo había convocado.

—Bien, Nero, te he hecho llamar por un asunto que tenía que haberse solucionado antes pero las circunstancias no se dieron.

El padre de familia de los Minicio optó por el silencio, no tenía ni idea de lo que le hablaba. En su opinión todo estaba hablado.

—¿Sabes lo que ha pasado en Asia?

Eran noticias de su hijo, ¡pensaba que tardarían más!

—No.

Ahora comprendía la cara de preocupación del hombre que ocupó anteriormente el despacho, no era nada bueno.

—Pues la cosa no ha ido bien, el cónsul Publio Licinio Craso ha fracasado, ha llevado a las legiones al desastre y además dejó que lo apresaran. Menos mal que provocó a uno de los guardas y logró recuperar algo su honor. Prácticamente se suicidó.

Eso importaba seguramente a Annio pues tendría que elegirse a un cónsul sustituto, pero a Nero Minicio le traía sin cuidado, solo quería oír noticias de una persona.

—¿Se sabe algo de mi hijo?

—Sí, perdona, tenía que haber empezado por ahí, tu hijo está bien y tu yerno Helva también, el otro —miró un documento—, Furco, no tuvo la misma suerte.

No eran buenas noticias, lo sentía de veras por su hija Primera, pero lo más importante para él era su primogénito.

—¿Cómo está la situación ahora?

—No te preocupes, las legiones han levantado unos campamentos fortificados, están apoyadas, y reciben suministros, por la ciudad de Éfeso y otros aliados. El Senado deliberará cómo proceder ahora, pero no habrá más hostilidades este año.

—Una desgracia para Roma, ¿se sabe qué ha pasado?

—Al parecer, Publio Licinio Craso controló rápidamente los problemas en la isla de Samos. Entre eso y la derrota anterior de la flota de Pérgamo la cosa parecía fácil, el enemigo parecía de poca calidad. Pero se precipitó y no supo elegir bien el campo de batalla, además no tomó las debidas precauciones ni exploró la zona convenientemente. Cuando tomó posiciones no podía ver todo el campo de batalla y parte de la información le llegaba de segunda mano. Los de Pérgamo contrataron mercenarios tracios que se escondieron y atacaron por sorpresa el lado derecho. Por lo que parece, cuando quisieron reaccionar todo ese flanco estaba perdido. El pretor sacrificó a parte de los hombres para salvar al resto. Tu yerno, Furco, dio la vida para salvar a muchos otros, entre ellos a tu hijo. Será recordado con honor entre los hombres. Puedes decir a tu hija que llora por un héroe.

Nero Minicio no sabía ni dónde estaba la isla de Samos, ni Éfeso ni Pérgamo, ni tan siquiera dónde estaba la Tracia, ni le importaba. Solo tenía tranquilidad por las noticias de su hijo y tristeza por la pérdida de su hija, Furco era un buen hombre y le hubiera dado un buen futuro.

—Será muy duro para ella, tenía un hijo pequeño.

—Sí, lo sé, hice averiguaciones cuando me dijiste que los ayudara. ¡Hablando de eso! Para ellos fue una suerte el que mi siervo, Arquéstrato, no llegara a tiempo al puerto y no se les pudiera asignar a los tribunos Tito Aquilio Flaco y Publio Aquilio Floro, pues ambos perecieron en el combate y ambos eran a los que iban dirigidas las cartas. Sus cuerpos están siendo traídos a Roma para que sean honrados como se merecen.

—Sin duda voluntad de los dioses, agradeceré a mi señor y protector Vulcano el cuidar de mi familia y para que los que ahora sufren encuentren consuelo.

—Ciertamente, estas cosas no pasan sin la voluntad de los dioses. Suscribo tus palabras. Añade a eso que en estos momentos tu hijo y tu yerno están considerados inmunes y realizan trabajos en la forja, será muy difícil que entren en acción aunque se produzcan escaramuzas. Ellos mismos, por su valor, se buscaron su destino. Así que puedes estar tranquilo. Otra cosa, visto lo visto, adquirí un compromiso contigo y no lo he podido cumplir.

—Has hecho cuanto estaba en tu mano.

—Gracias, pero aun así no me acabo de sentir bien. Le pediré a Metellus Polion que tu hija pueda vivir en tu casa, el dolor de la pérdida de su esposo lo superará mejor con una matrona bendecida por los dioses como Claudia. ¿Te parece bien?

—Claro, ella misma me lo hubiera pedido, está muy unida a su hija. Tendré que dar el pésame a Metellus, la pérdida de un hijo es muy dura.

—Como parte de lo sucedido es culpa mía te compensaré con trescientos sestercios más.

—No hace falta, es mi hija.

—Para mí trescientos sestercios no suponen nada, y en cambio tranquilizo mi alma.

Nero prefirió no insistir, no quería el dinero, pero prefirió no ofender a Annio.

—Bien, acepto.

—¿Le dirás las malas noticias a Metellus Polion?

—Sí, prefiero hacerlo yo.

—Bien, pasado mañana le haré llegar la petición de que permita lo de tu hija.

—Gracias, Annio.

—Me hubiera gustado poder haber hecho algo más.

—Nada se puede hacer contra la voluntad de los dioses.

—Sí, cierto, eso mismo se aplica también a las cosas alegres, en cuanto pueda te confirmaré la fecha del enlace. ¿Tienes alguna duda?

—No, todo está hablado y convenido. Mi hija será tuya, trátala bien.

—Esa es mi intención, si cumple con su parte no le faltará de nada.

—Cumplirá, está bien educada.

Tras las protocolarias despedidas, Nero Minicio se dirigió a su casa, el resto de la jornada sería dura.

Seguía sin entender por qué un hombre tan poderoso había elegido a Nerita. Ciertamente su esposa y sus hijas eran muy fértiles, todo el mundo hablaba de ello y eso era muy valorado, pero había familias de alta cuna con la misma fama. Roma había tenido muchas guerras y faltaban hombres, y el problema de la pobreza del campesinado hacía que los niños estuvieran débiles y morían con las primeras fiebres. No era fácil aumentar la población y se tenían problemas para realizar las levas. Algunas ciudades aliadas de Roma empezaban a mostrar descontento pues cada vez se veían forzadas a incorporar más hombres en los ejércitos. Así que tener hijos era muy importante. Pero la familia de los Porcio estaba por encima de eso, los prohombres de la ciudad no sufrían esas consecuencias. Fuera como fuera, lo cierto era que su hija tendría la oportunidad de ser la esposa de un hombre con muchos recursos.

Nero llegó a casa, el primer paso era decírselo a Claudia.

—Tenías que haberme avisado, no tengo nada preparado.

Sin esperar a que su esposo le dijera que no tenía ganas de comer, marchó a la cocina a prepararle algo.

Se presentó ante su esposo con vino, pan, queso, olivas aliñadas y una buena manzana.

—Si quieres algo más tendrás que esperar.

—No te preocupes, ya está bien. ¿Y los niños?

—Marcellus y Crispus jugando con los hijos de Lurco. Y Silanus… Estoy muy preocupada por él, últimamente viene muy tarde y la ropa le huele muy mal…

—¡Ya estamos otra vez con ese tema!

—Perdona, no quería molestarte.

Claudia dio un paso atrás, bajó la cabeza en señal de humildad ante la autoridad de su esposo.

Era muy pesada con eso. Su hijo pronto tendría responsabilidades y tendría que servir en el ejército, con todo lo que eso suponía, ¡qué sabe una simple mujer de eso! Aun así, por eso mismo no podía culparla. Aunque equivocada se preocupaba en verdad por su hijo, otras con menos virtud ni se lo planteaban.

—Ya me encargaré yo de Silanus. ¿Dónde está Nerita?

—Ella está en el jardín.

Tras una profunda respiración, se preparó para comunicarle a su esposa las noticias.

—He recibido muy malas noticias de Asia.

La faz de Claudia se ensombreció, su rostro presentó lágrimas. Llevó sus manos a su rostro y sintió que perdía las fuerzas y el equilibrio.

—No… Nero, No… Nero, no…

Había elegido la peor forma de empezar las cosas.

—No es eso, no le ha pasado nada a mi hijo.

—Por favor… no me hagas esto… —pronunció intentando calmar su innecesario desconsuelo.

Nero sintió el deseo de consolar a su mujer, no había acertado. Había hecho sufrir innecesariamente a su esposa. La cogió entre sus brazos y a modo de disculpa besó su frente.

—Paso mucho miedo por él, rezo a los dioses cada día y les pido con humildad que lo cuiden.

—Y los dioses te escuchan, Claudia, han protegido a tu hijo y han protegido a Helva, es Furco el que no ha tenido tanta suerte.

Claudia volvió a entrar en llantos.

—¿Ahora por qué lloras?

—Por lo que sufrirá la niña.

Lo único que pasó por su cabeza era que las mujeres eran imprevisibles y difíciles de entender.

—Vamos, tenemos que decírselo a Metellus Polion y a Primera.

—Deja que me arregle un poco y que coja algo de ropa para la niña.

—¿Ropa?

—Sí, ahora es viuda, no tiene nada adecuado para ponerse. Yo tengo lo que usé cuando lo de nuestro bebé.

Solo cuando recordó a su perdido hijo, pensó en lo que sufriría su propia hija y entendió la reacción de su esposa. Las mujeres tenían la suerte de poder llorar para descargar sentimientos, pero los hombres no podían permitirse ese lujo y aunque estuvieran rotos por dentro tenían que mostrar fortaleza. Se alegró de haber llegado al acuerdo de traer a su hija a casa, con nadie estaría mejor que con su esposa. Era una matrona incomparable.

Sus hijos Marcellus y Crispus entraron corriendo en casa.

—¡Mamá…! —No esperaban la presencia de su padre—. ¡Papá! Segunda está de parto.

—¡Claudia! —alzó la voz.

Ese día las preocupaciones venían una tras otra, por fortuna esta parecía agradable.

XI – Nerita

Al llegar la litera, ya había ofrecido a los dioses tutelares de su hogar los juguetes de su infancia y el colgante que portaba desde que era bebé, desde el día que le eligieron el nombre. Allí quedaron su *lunula* protectora y sus más preciados objetos.

Como era costumbre fue vestida con una túnica blanca, pues no hay color que simbolice mejor la pureza de un alma virgen, limpia y pura. Decoraba la prenda una cenefa púrpura. Se le realizó un peinado con seis trenzas cosidas con cordones y cintas, adornándosele los cabellos con una aguja en forma de lanza con una representación de Juno Lucina. Claudia misma la eligió, pues era la que ella había portado el día de su enlace. Pocas matronas mostraban tanta devoción a la madre de dioses, la predilecta entre las mujeres, las parturientas y las rectas matronas romanas. Tras eso protegieron su peinado con una redecilla de color naranja y fue engalanada con una corona de vistosas flores de mejorana y azahar.

Se ató, a su joven cintura, un cordón con el nudo de Hércules que desharía su esposo en la noche nupcial, el semidiós era adorado entre los hombres como generador de fertilidad. El último rito consistió en ponerle el fino velo de color azafrán. Como dictaba la tradición fue ayudada a vestirse por tres mujeres, asegurándose que una de ellas, la prónuba, solo había contraído matrimonio una vez, lo que auguraba una unión duradera a la nueva pareja.

—No está bien decirlo, hija, pero eres más bella que una virgen vestal —confirmó Claudia.

Las otras dos mujeres asintieron.

—Eres la novia más dulce que jamás ha habido en Roma.

—Tu esposo estará orgulloso de ti y de tu pulcritud —añadió la prónuba.

La joven novia se sentía bonita de verdad, pero eran demasiadas cosas, demasiados abalorios y demasiados sentimientos como para poder ocuparse solo de eso.

—¡Claudia! ¿Cómo va? El novio espera —apremió Nero.

Nerita fue introducida en la cabina portada por cuatro forzudos esclavos vestidos con túnica escarlata y protegida por otros cuatro aún más fornidos si cabe. Tras eso fue transportada hasta la casa de Marco Porcio Annio. Abrían la comitiva tres hombres y tres mujeres portando las teas nupciales. Costumbre que anunciaba a todo el que viera la procesión el cambio de estatus de la novia. Esta dejaba de formar parte de la familia de su progenitor y se integraba en un nuevo núcleo familiar.

Ella lo veía todo extraño, con curiosidad inocente. Había imaginado esto infinidad de veces, pero no era consciente del torrente de sentimientos e inseguridades que embargaban su cuerpo. Entre las sombras y tras la cortina de la litera veía pasar gentes curioseando, intentando averiguar quién era ella y adónde iba la afortunada prometida que ocupaba el lujoso camastro.

Una vez en su destino su madre y la prónuba la ayudaron a bajarse. Claudia abrazó con dulzura a su hija, a la única hija que le quedaba.

—Mucha suerte, hija —susurró.

La madre veía cómo marchaba la alegría de su casa, la que daba vida a su existencia. Su pequeña sintió ganas de llorar pues notó la tristeza latente en el abrazo.

—No llores, eres la novia y tienes que ser la más bonita en la ceremonia.

Tras eso, las tres mujeres que cuidaban a la novia se aseguraron de la perfección de su vestido y su peinado, tocando y acomodando aquí y allí donde veían, o sospechaban, que había una pequeña falta.

—«Felicidad», «Felicidad» —deseaban los allí presentes.

La joven vio por segunda vez al hombre con el que se casaría. Seguía percibiendo a ese fuerte y viril hombre de veinticinco años de igual forma: como a un desconocido, como a un extraño. Entretanto se acercaba a él, las personas invitadas arrojaban nueces y otros frutos secos entre voces de: «Que los dioses os bendigan», «Buenaventura», «Muchos hijos» o «Abundancia». Una vez alcanzado el que sería su esposo, esta hizo una leve reverencia y simulando el rapto de las sabinas se giró corriendo en dirección a su padre. Estando a un paso de su progenitor fue elevada por el aire sin aparente esfuerzo.

—«Felicidad», «Felicidad» —volvieron a gritar.

Nerita fue levantada por los hombres que le acompañaron en la procesión. Entre varón y varón, entre brazo y brazo, llegó de nuevo a Marco Porcio que estaba esperando junto a su puerta. La alzó en el aire con un brazo por la espalda y con otro bajo las rodillas; procurando no tropezar y cruzando el umbral con el pie derecho, para evitar así malos augurios, entró en su casa.

Estaba todo preparado para la segunda parte de la ceremonia, y como primer paso una cabra fue sacrificada. El padre del novio, con la discreta asistencia de la prónuba, expresó en voz alta a los allí presentes los designios leídos en las entrañas del animal.

—Los dioses son favorables, la unión es bendecida, que todos los dioses inferiores y superiores quieran vuestra felicidad.

Tras un momento de respetuoso silencio, los presentes, mujeres y

hombres, gritaron y silbaron en honor a la unión. Como era la costumbre, el fuerte y potente brazo derecho de Annio y el débil y pequeño de Nerita se estrecharon como muestra de aceptación.

—¿Quién eres tú?

—Donde tú Gaio, yo Gaia.

Con estas palabras la novia certificaba el compromiso y la palabra de Nero Minicio y lo honraba aceptando su voluntad. Como no podía ser de otra forma este la miró orgulloso y se lo hizo saber a su hija con un gesto de aprobación. Para Claudia fue más difícil, era lo que querían los dioses pero perdía a su hija. Así que la alegría se unía al presentimiento de próxima soledad por el hueco que dejaría su pequeña al no disfrutar ahora de su continua presencia. Eran doce años de vida en los que cada día, cada uno de ellos sin faltar ninguno, dedicaba tiempo a la crianza de su hija.

Nerita pertenecía ahora a otra familia. Tenía que adoptar como propios a los dioses que veneraba Marco Porcio Annio, por lo que se dirigió al hogar y prendió el fuego de su nueva casa. Allí dejó tres monedas: una para su esposo, su nuevo representante ante los dioses; otra para los Lares, los Penates, los Genios y los Manes, mostrando así respeto a los dioses domésticos; y la última para el resto de los dioses que se veneraban en la casa.

Era el momento del banquete y de los regalos. Los criados transportaban y ofrecían agua por aquí y por allí para que los invitados se lavaran y purificaran las manos repartiendo tras eso pastelitos consagrados a la diosa Ceres, piezas de carne de caza, de aves salvajes y de ciervos. No faltó tampoco la carne de oveja ni de cabra ni distintos tipos de peces. Se mostraron, también, bandejas de frutas maduras. Los comensales aplaudían y danzaban cantando y recitando poemas, algunos subidos de tono, con la intención de animar a la novia a entregar su cuerpo al novio.

Sentada en su sillón junto a su esposo, Nerita era observada por las jóvenes casaderas, admirada y envidiada por muchas de ellas. La veían como a una pequeña diosa Venus, ya madura para varón. Todas querían casarse y ocupar su sitio, y todas ellas querían tener la fortuna de desposarse con un esposo de tanta categoría. Tan cierto era eso como que no entendían cómo ellas no habían sido las elegidas siendo de mejor clase social. Al sentir, la novia, que era el centro de atención un gran rubor, una gran vergüenza, le prendió en sus, ahora, ardientes mejillas. Tampoco pudo evitar escuchar las bromas que los amigos desvergonzados animados por el vino recitaban sin rubor al novio: «Ten cuidado al penetrarla, ella es demasiado pequeña y tu falo demasiado ancho», «Ya nos contarás cómo tiene la entrepierna», o «Esta noche se regodeará contemplando a gusto tu buen falo».

Los mozos y las mozas se movían, iban de aquí para allá, hablaban y reían dentro de la educación y el decoro bajo la atenta mirada de los padres. Algunos de ellos se conocerán ese día y estas celebraciones eran aprovechadas y se habla, se negocia o conciertan nuevos matrimonios.

Llegó el momento de los regalos: un vestido con adornos de oro; objetos de plata y marfil venidos de lejanas tierras; una vajilla de calidad para la mesa, y para el cuello, un collar de perlas. Ante Nerita se presenta una esclava joven de singular belleza.

—Se llama Sapea, y es para ti, para tu servicio —le anuncia su esposo.

Según la costumbre, con los cabellos cortados y en lo alto del pecho un aro flexible con una placa circular donde se marca el nombre y la propietaria de la sierva:

Soy Sapea,
mi dueña es Nero la Tercera.
Si me pierdo entregadme a Marco Porcio
Annio, seréis recompensados
con dos sestercios.

Llegó el momento de concluir la velada y entonces, las matronas junto a doncellas recitan versos y cantan canciones de nuevo.

«Oh, novia, tú que rebosas prometedor amor. Oh, novia, la más pulcra de todas. No temas, acércate al lecho nupcial, acércate al lugar donde el matrimonio se consume. Oh, gentil novia, placer y tentación de tu esposo, la noche te lleva, tú no te resistas; honra a Juno la diosa del matrimonio. Ella te mira desde su trono de plata».

«Oh, unida a un hombre digno y viril, gratísima esposa, feliz seas, al conocer por vez primera los esfuerzos de Juno Lucina, madre y cuidadora de las mujeres casadas. Esparce, esposo, las nueces; ata a estos altares la cinta, flor de los ancianos y gloria de los hombres. A ti se entrega una virgen esposa, para que contigo todos sus años pase y te haga padre de una hermosa prole. Afortunados ambos, si pueden algo las deidades piadosas, vivid felices. Imitad a Júpiter y a Juno, padres de dioses. ¡Corred! id a consumar el matrimonio para honrarlos, ¡corred!».

Tras estas últimas estrofas, los novios entraron en el lecho nupcial. El padre y la madre del novio despidieron agradeciendo su presencia a los invitados.

XII – Annio

Lo que ocurrió esa primera noche lo juzgaréis severamente y solo según vuestros ojos. Os gusta juzgar al otro. Sin embargo, ¡podemos Nos hacer un juicio por vuestros actos! ¿Podemos nombrar a un ser al que habéis olvidado, podemos mencionar a Vitumno? ¿Sabéis quién es? ¿Lo recordáis? ¿Adoráis ahora a la deidad que dio la vida los recién nacidos de antaño? Aquel que provocó el primer latido en vuestros antepasados. A él le deben la vida todas las almas romanas y su descendencia esparcida por todo el Mediterráneo. ¿Quién se acuerda de él? A los hombres os es fácil ver el defecto en el otro, ¡qué necios!

Nuestro querido Annio no es mal hombre y no desea mal a nadie, solo quiere alcanzar la felicidad y lograrla como cualquier romano: teniendo descendencia y que esta le sobreviva. En esta parte de la historia el infortunio que padece os será revelado, entenderéis los motivos de su actuación y de la desigual lucha que ha tenido que afrontar. No conocéis lo que pesa sobre su alma ni la lucha que mantiene contra seres que desconoce y que superan sus débiles fuerzas de mortal. Desde su punto de vista el no haber actuado así hubiera sido mucho peor. Él no quiere ofender a los dioses como habéis hecho vosotros: lucha contra su infortunio como sabe, como le han educado. Solo es válido el matrimonio consumado.

Os contaré lo sucedido sin dejar nada atrás, sin ocultar nada pues aunque no sea de vuestro agrado a las diosas esas precauciones nos tienen sin cuidado pues en los actos vemos las intenciones de los hombres, estos al ser mortales son imperfectos.

*****

Ya en la intimidad de la habitación Annio se situó frente al pequeño altar elevado a Jugatino y a Manturna. Al primero, pidió por su fecundidad para que bendijera y aprobara la unión que iba a materializarse, y a la segunda, para que favoreciera que su esposa permaneciera en su casa y encontrara regocijo en ella. Tras lo que le había sucedido, toda precaución era poca. Se presentó ante su nueva esposa y regalando una mirada amable, con movimientos lentos y seguros deshizo el nudo de Hércules.

Como no podía ser de otra forma Nerita empezó a sentir el pudor de la desnudez antes de que fuera desprendida de su vestido. Imaginó que este era retirado por su madre antes del baño y colaboró a ello, pero no pudo evitar vergüenza al ver que mostraba sus jóvenes carnes al que era todavía un extraño.

—Tú no eres consciente de cuánto tiempo te he esperado.

—¿A mí? —expuso envuelta en dudas.

—Sí, a ti, eres muy importante para mí.

—Solo soy la hija de un hombre humilde.

—Eso ahora ya no es así, eres la esposa de Marco Porcio Annio, eso te hace valiosa. Eres un rostro y un cuerpo nuevos, gratísima y esperada esposa, ¡por fin llegaste! Ya sabes que esto contra la voluntad de los dioses no sucede. No temas y hónralos como merecen. Túmbate, tenemos que consumar el matrimonio.

Con el nerviosismo y con toda la inquietud de la inexperiencia de una virgen, obedeció.

Él se preparó para el acto sin prisa, no era la primera vez que desvirgaba a una mujer, ni la primera vez que lo hacía en ese lecho.

En ese momento fue cuando se precipitó todo. Ella vio los músculos, la fuerza, la potencia y sobre todo vio la virilidad de su esposo, el pensar que ese enorme miembro entraría dentro de ella la asustó. Miedos absurdos procedentes de la ignorancia y de la inexperiencia vinieron a su mente. Ninguna mujer decente iba al matrimonio sin la virginidad, era desconocedora de todo lo que tenía que ver con el acto de Afrodita. Había visto a sus padres, en disimulo, haciéndolo, pero en verdad no sabía realmente cómo comportarse. ¡Qué le haría ese hombre! ¿Cómo actuar? Ante estos temores no pudo evitar incorporarse.

—Espera.

—¡No puedo esperar! Tengo que consumar.

—Espera…

El miedo la hizo querer salir del catre e ir a buscar refugio quién sabe adónde. Era todo instinto por huir de una amenaza, por dejar atrás a un depredador.

Ante lo que estaba sucediendo, Annio reaccionó y como un lobo saltó sobre ella, la cazó. Notó cómo intentaba evadirlo, cómo quería zafarse. Era una acción inútil: la tenía bajo él.

—¡No!

—Calla.

—¡No! no... —Incrementó el volumen de su súplica.

—Cierra la boca.

Sin pensárselo le lanzó sendas bofetadas en el rostro. Situó una de sus manos de manera que le tapaba la boca y sin más, llevado por el ímpetu la penetró, se introdujo dentro de ella sin miramientos.

A la mayoría de las mujeres inexpertas la primera experiencia no les suele ser agradable. Si se suma la vergüenza y los nervios es imposible esforzarse en sentir placer. Muchas además sufren dolor y molestias, lo que hace la experiencia aún más desagradable e incluso insoportable. En este caso fue peor, pues el acto se realizó sin cuidado e imponiéndose por la fuerza. El daño que sufrió Nerita fue semejante a una tortura. Quería evitarlo y quería sacar de ella el miembro que la

hería, pero era imposible ante la potencia que la retenía. Se dio cuenta de lo vulnerable que era y de su indefensión. Ese hombre podía hacer con ella lo que quisiera. ¡Realmente podía hacer lo que quisiera!

Una vez hubo acabado el acto se incorporó.

—No quiero oír nada, ¡cállate! —pronunció lleno de ira.

Intentando calmarse, puso todo el temple que da la disciplina militar en esa labor.

—¡Arquéstrato, trae agua y límpiame!

En lo que dura un suspiro, el siervo entró en la habitación. Se arrodilló ante su amo y quitó de él la clara sangre de la pérdida de la virginidad de su esposa.

—Dile a Sapea que cuide y limpie a su dueña y quédate tras la puerta, no la dejes salir de la habitación.

—Sí, mi amo.

—Nero la Tercera, vendré de nuevo a poseerte antes del amanecer, espero que hayas reflexionado sobre lo que has hecho con tus actos. Esas imágenes de allí son Jugatino y Manturna —las señaló—. No solo me has ofendido a mí, sino que podríamos haber ofendido a los dioses.

Sin más salió de la habitación.

Nerita estaba en shock, se sentía aturdida e incapaz de procesar lo que le había sucedido. Sin advertir que el lecho estaba lleno de su virginal sangre adoptó la postura fetal. Ni tan siquiera pudo pensar en salir de allí y en olvidar, pues su alma no tenía aún coherencia para eso. Cerró los ojos buscando la ilusión de que lo sucedido fuera un sueño y que al acabar este todo hubiera finalizado. Pero no, al abrirlos, se volvió a ver en esa habitación y se sintió vacía, sola, perdida, abandonada y sucia.

La sierva se acercó a ella y la empezó a limpiar, ella quería estar sola. Cada vez que tocaba una zona íntima se sobresaltaba, no por el dolor, que era intenso, sino por la sensación. Cuando la sierva acabó eficientemente su labor la invitó a vestirse con su túnica recta, eso la reconfortó. El perder su desnudez y recuperar íntegramente su pudor la consoló un mínimo, pues volvía a tapar su cuerpo tal y como querían los dioses.

¿Por qué había hecho eso? Ella era una buena hija, siempre se portaba bien. Había sido instruida en satisfacer a su esposo y en la primera ocasión lo ofendía y le obligaba a pegarle: «Si un hombre no encuentra lo que quiere en su casa lo buscará fuera de ella y entonces, ¿para qué cuidar a una esposa?», era la enseñanza de su madre. Había fallado a su esposo y había fallado a su padre, pero… el dolor. No le dijeron lo del dolor. Cuando su padre tomaba a su madre esta no

sentía ningún mal, al contrario, aunque intentaba que no se le oyera gemía levemente de placer. Ella no sabía lo que hacían pero su madre cuando era poseída por su padre no se quejaba. ¿Qué hacía mal? ¿Qué hacía diferente? No lo sabía, no sabía nada, solo sabía que quería llorar, llorar hasta vaciarse.

Tras acabar su trabajo la sierva no supo cómo actuar. Su nueva ama no era como las mujeres de alta cuna y no la miró con desprecio ni superioridad, lo hizo con sorpresa e incredulidad. Aun así consolarla era un riesgo, pues no sabía cómo reaccionaría. Optó por dar intimidad y se situó a un lado sacando de detrás de un baúl una vieja y remendada manta. Se tumbó en el suelo, a los pies de la cama de su ama por si esta tenía alguna necesidad durante la noche. Evidentemente Sapea había recibido instrucciones precisas del señor y sabía que era responsable de cuidar a su ama, asistiéndola en todo lo posible y cuidando de ella en todo aquello que pudiera ser peligroso para su salud. Además tenía que informar de cualquier actitud imprudente que cometiera Nerita. La sierva era consciente de la responsabilidad que tenía.

Cuando la compró pensó que la utilizaría para el sexo pues era joven, con buenas caderas y pequeños pechos. Sabía que era agradable a los ojos de los hombres. Pero esos miedos se habían disipado, pues su amo nunca la miró con ojos lujuriosos. Era consciente de que si trabajaba duro y hacía un buen servicio tendría mejor vida que muchas de sus ya perdidas amigas.

A Nerita todo ello le traía sin cuidado, ni tan siquiera era consciente de que esa esclava era suya. Un objeto que le había regalado su nuevo esposo para que la asistiera en todo lo que precisara una señora romana.

¡Si permanecía quieta no le dolía! No quería pensar, solo quería huir, dejar esa habitación, ese lugar. La noche se hizo larga, eterna. Lo peor de todo era que ya no era como antes, cuando tenía miedo, cuando tenía un dolor, aparecía su madre y le calmaba. Eso ahora era imposible, ya nada era igual, eso también la lastimaba. Nada se podía hacer, su esposo volvería a aparecer y haría lo que quisiera con ella.

Al oír la puerta miró alarmada, Annio volvía tal como había prometido. El miedo la hizo huir hacia una de las esquinas de la habitación. El terror por volver a sentir otra vez el dolor y las sensaciones provocó que perdiera las fuerzas y su cuerpo la obligó a arrinconarse haciéndose cada vez más pequeña. No pudo evitar temblar como hoja en una tormenta de levante. Ese hombre, su esposo, era muy grande y muy fuerte. Antes solo era un extraño para

ella, pero ahora le daba miedo. ¡Al principio no, pero ahora le daba miedo! Volvió a sentirse vacía, abandonada y sola, y sucia, sobre todo sucia.

Sapea, como era su obligación, se alejó sin dar la espalda y se situó junto a la puerta con la mirada baja evitando observar la privacidad de su amo. Hacía poco había sido golpeada y bien aleccionada.

Annio miró a su joven esposa y esperó a que se detuviera, no quería que ella reaccionara así. No tenía intención de dañarla, pero era su obligación hacer lo que estaba haciendo. La blanca túnica recta dibujaba sus caderas, era cierto que era muy joven pero ya las marcaba, otras a su edad eran mucho más planas. Su progenitor tenía razón, pariría sin dificultad. En poco tiempo, en muy pocos años, cuando su cuerpo estuviera bien formado, sería una mujer hermosa. Aunque eso ahora no importaba.

—Muchacha, sal de aquí. —La experiencia le había enseñado a no fiarse del servicio.

La sierva obedeció la orden inmediatamente.

—¿Cómo te llaman en tu casa? —pronunció dirigiéndose ahora a su esposa.

No supo o no pudo contestar, la aprensión la hacía no saber cómo reaccionar.

—No es agradable para mí llamarte siempre Nero la Tercera.

Siguió sin contestar.

—De verdad, no quiero hacer las cosas de esta manera. Si me obligas puedo hacerlo como antes. O puedo intentar que todo sea más agradable para ti. No es mi intención hacerte daño.

Esperó pacientemente a que su joven esposa comprendiera lo que había dicho. Si no reaccionaba no le quedaría más remedio que llevarla al catre y poseerla a la fuerza y volver a intentar lo mismo al día siguiente.

—¿Cómo te llaman en tu casa?

—Mi mamá me llama Nerita.

—Bien, Nerita, a mí puedes llamarme Annio… en privado. En público me llamarás señor o Marco Porcio.

Aunque utilizó su verdadero nombre, el que a ella le gustaba, tan solo asintió pues no se fiaba de él.

—¿Cómo tienes que llamarme?

—Marco Porcio, señor.

—Ahora no estamos en público.

—Annio —pronunció en un tono casi inaudible.

Era un primer paso, ahora le ordenaría otra cosa y no tenía duda, o al menos eso esperaba, que la educación recibida hiciera que la joven obedeciera al hombre de la casa tal y como tenían que hacer las

mujeres. Nero Minicio era un plebeyo pero parecía que sabía educar a sus hijas. Solo tenía que tratar que olvidara su miedo.

—Bien, Nerita, ven y siéntate a los pies de la cama, prometo no hacerte daño.

Tenía todavía demasiado temor. Annio era plenamente consciente de eso, ¿pero qué podía hacer? Nero la Tercera era muy importante para su familia, para su futuro.

—¿Qué es lo que más te gustaría ahora mismo, Nerita?

Ella quería irse de allí y volver a su casa, con sus hermanos y su padre, pero sobre todo con su madre. Solo quería estar en la seguridad de los brazos de su progenitora. ¡Quería volver a su hogar! Aunque era consciente de que no podía pedir eso a ese hombre: no le dejaría.

—Quiero ver a mi mamá.

—Si quieres ver a tu mamá tienes que hacerme caso. Si te portas bien le diré a tu padre que deje venir a tu madre, ¿te parece bien?

—Sí, sí.

¡Vería a su madre! Eso la hizo tener un poco de esperanza. Si la abrazaba se le quitarían los miedos. Además su madre sabría cómo actuar y le diría qué había hecho mal con su esposo para que estuviera contento y no le pegara. También le daría consejos para que no le hiciera daño al hacer el acto de Afrodita. No conocía la manera correcta de hacer las cosas.

—Nerita, tienes que portarte bien para eso. Ven y siéntate a los pies de la cama.

Con todas las dudas que el desconocimiento a los acontecimientos venideros puede ofrecer hizo caso a Annio. De su mente no se habían borrado los sucesos de la noche anterior, pero poder ver a su madre le motivaba. Era también consciente de que su esposo le haría lo mismo de nuevo sin que pudiera hacer nada para impedirlo. El dolor no lo podría evitar, pero ahora se portaría bien y se dejaría penetrar sin oponer resistencia. Después vendría su madre y le diría la manera correcta de hacer las cosas.

Antes de sentarse se quitó la túnica recta y quedó desnuda ante él. ¡Si se mostraba sumisa, no le pegaría!

—Nerita, no has de temerme. Sé que eres aún demasiado joven para entender esta situación.

—Mi mamá me dijo que yo no tenía que entender y que solo tenía que obedecer.

—Sí, tu madre tiene razón, pero quiero explicarte algunas cosas para ver si eres capaz de entender lo que pasa. Eres mi esposa y quiero tratarte como tal. Haré que te enseñen bien para que te comportes como una señora romana y puedas venir conmigo a algunos sitios. —Era evidente, para él, que no estaba educada como lo estaría una mujer de alta cuna—. Te trataré bien. Tú tienes que darme hijos

varones.

—Sí, mi mamá me dijo que las mujeres tenemos que dar hijos a nuestros esposos, así lo quieren los dioses.

—Tu madre te lo explicó bien.

Se tomó un tiempo para organizarse y explicar el estado de las cosas con palabras que ella pudiera entender.

—Bien, Nerita, no sé si sabes que hace poco hubo unas guerras muy difíciles en Hispania.

Su joven esposa negó con la cabeza. Enseguida se dio cuenta de que no era la manera correcta de empezar.

—Pues sí, las hubo y en ellas cayeron muchos miembros de mi familia. Dos de mis hermanos dejaron de vivir y muchos de mis tíos y primos también. ¿Tú has perdido algún hermano?

Por instinto, y sin poder evitarlo, volvió a hacer el rito del anillo.

—Sí, uno, pero era pequeña y casi no me acuerdo —afirmó ella.

—Pues yo sí me acuerdo, y te puedo asegurar que es muy duro y uno tarda mucho en volver a recobrar el ánimo. ¿Entiendes?

—Lo siento mucho, señor.

—Lo siento mucho, Annio —la rectificó.

Necesitaba que confiara en él, el utilizar su nombre ayudaría.

—Lo siento mucho, Annio.

—Mejor así, Nerita, gracias. ¿Cuántos hijos tiene tu padre?

—Mi papá tiene cuatro hijos.

—¿Sabes cuántos hijos tengo yo?

—No.

—¿Sabes cuántos hijos vivos le quedan a mi padre?

—No.

—Pues yo no tengo hijos y soy el único varón vivo de mi casa, es por ello que es tan importante para nosotros la descendencia. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Sí? ¿Qué quiero decir?

—Que usted quiere tener cuatro hijos como mi papá.

—Sí, eso quiero decir, tú eres el medio para ese fin.

—Entiendo, yo soy la esposa y tengo que darle hijos, así lo quieren los dioses.

—Cuando hable mañana con tu padre le diré que estoy orgulloso de tu buena educación.

Annio creyó que de esa manera la relajaba, y además le recordaba el compromiso de hablar con su progenitor acerca de su madre. Eso agradaría a su joven esposa y no le daría tantos problemas.

—Entonces, ¿no me volverá a pegar? —Todavía dudaba.

—Si te portas bien no hay necesidad de eso.

—Yo no sé cómo hacer las cosas y puedo hacer algo que no le

guste y le enfade…
—Tranquila, yo te diré cómo tienes que hacerlas, si me haces caso te trataré bien, ¿vale?
—Sí.
—Bien, te contaré otra cosa. Sabes que he estado casado antes, ¿verdad?
—No.
—Pues sí, he estado casado cuatro veces, estas son mis quintas nupcias.
Miró por primera vez a los ojos de su esposo inclinando un poco la cabeza, como midiendo o evaluando lo que había dicho.
—Es usted muy joven.
—Sí, lo soy. Lo soy para haberme casado tantas veces.
—¿Qué les pasó a sus esposas?
—Todas dejaron de vivir, ellas… es una…
Nerita, automáticamente, lanzó su mano hacia su cuello buscando su *lunula*, su amuleto protector contra los malos espíritus. Ahora no tenía miedo a ese hombre, temía algo peor. Alguien o algo había elevado una maldición contra Marco Porcio Annio y era su esposa, esta caería también sobre ella. Su desesperación fue mayor al comprobar que su amuleto ya no estaba allí y que no la podía proteger. Se sintió desnuda, pero no por su falta de ropa, sino por su falta de protección.
—Tranquila, he ofrecido a los dioses del hogar, ahora si yo estoy a resguardo tú también... Espera un momento.
Annio gritó en dirección a la puerta.
—Arquéstrato, tráeme el cofre verde de mi habitación.
El siervo contestó desde el otro lado.
—Sí, mi amo.
Tras eso se dispuso a calmar los nuevos miedos de su esposa.
—He hecho levantar cada palmo de esta casa para comprobar que no hubiera enterrado ningún animal ni ningún objeto que pudiera contener una maldición. Como resultado tuvimos que ejecutar a varios siervos. Por precaución vendimos a la mayoría de ellos y tenemos muchos nuevos, todos de amigos conocidos y de plena confianza. Se está construyendo una casa a poco más de una hora de marcha de la Urbe que nadie sabe que será para nosotros. Además tengo allí a gente de confianza que lo vigila todo. No temas, como te he dicho eres de mucho valor para mi casa y no dejaría que nada humano ni inhumano te hiciera daño. ¿Me crees?
Nerita iba a contestar con un «Sí», pero solo en la boca. En su interior sentía la inseguridad temerosa de cualquier mujer a los males de ojo o a las maldiciones poderosas. Ese momento fue interrumpido por Arquéstrato, el fiel siervo de su esposo, que se presentaba con un

pequeño joyero.

—Puedes retirarte.

—Sí, mi amo.

No dudaba de su siervo, pero toda precaución era poca. Aunque no fuera su intención, por descuido e ignorancia podría dar información a otras personas.

—Levántate, te voy a regalar algo.

A pesar de la aprensión obedeció a su esposo. Lo hizo por dos motivos: el primero, porque era para lo que la habían educado, y el segundo, porque aún temía que le pegara.

Annio sacó un collar del que colgaba un amuleto con una figura horrible, tenía una expresión que atemorizaría a cualquiera. Esa espantosa figura estaba rodeada de malaquita de forma circular.

—¿Asusta, verdad? Es una representación de la Gorgona Medusa. La utilicé como protección cuando serví como tribuno en la segunda legión. Muchos soldados murieron a manos de esos demonios hispanos, pero yo no sufrí ningún daño. La visión directa de Medusa da miedo a los hombres y a los espíritus. Cuanto más terrible y patética es la expresión de la máscara, más grande es la energía protectora que tiene. —Quiso tranquilizar a su esposa entretanto le colgaba el collar en el cuello—. Según me explicaron es un triple amuleto mágico. Por una parte, si alguien te quiere hacer un mal de ojo, la mirada horrible de Medusa le dejará petrificado. Por otra parte, el poder mágico, benéfico y protector de las serpientes te darán protección. Y por último, los nudos que hay en los cabellos de la Gorgona simbolizan el poder de encadenar a las criaturas mortales e inmortales impidiéndoles hacer su voluntad. Así que no dejaré que nada te haga daño, en vez de protegerme a mí te lo regalo a ti. Confía en mí, pues el triple poder de la Gorgona Medusa dejará por su mirada petrificado a cualquier mortal e inmortal, espantado por las serpientes y atado o ligado por los nudos, impidiéndole influir y evitando lanzar un mal de ojo. ¿Has entendido?

—Es un amuleto poderoso.

—Sí, es un amuleto poderoso para proteger a mi posesión más preciada, no te lo quites nunca.

No podía explicar a Nerita el destino de sus cuatro esposas. La primera, de la familia de los Furio, murió mientras paría y su hijo la acompañaba ahogado por su propio cordón dentro de ella. La segunda, de la familia de los Acilio, falleció sin saber el motivo tras cinco lunas de gestación. La tercera, la única mujer por la que había sentido algo, parió una niña. Pero quedó muy débil y murió antes de ver ponerle el nombre a su hija, la mucha sangre malograda en el parto se la llevó. Lo único que le habían dado los dioses: una simple niña. Y la cuarta, la más dolorosa, de la familia de los Manlio, no

murió por sí sola, sino que fue él quien decidió su destino. Cuando el médico preguntó qué hacer, él eligió salvar al hijo. Pero fue inútil, pues por rápido que quiso abrir el médico y por rápido que pareció sacar al bebé, este no respiró nunca. Los seres malignos que le atormentaban no le permitieron ni el primer suspiro de vida ni el primer llanto.

Se habían tomado todas las precauciones y no había nada, no quedaba ningún objeto de maldición en su casa, todo había sido retirado, los colaboradores ejecutados y los culpables, esa despreciable familia de los Mucio, asesinados. Su casa fue purificada una y otra vez.

A pesar de eso ninguna de las familias poderosas de Roma le daría a sus hijas en matrimonio pues se había corrido el rumor de la maldición. No las podía culpar, pues él reaccionaría de la misma forma en caso de tener una hija en edad de casarse.

Luchar con los hombres, con la rabia de los hombres, no le preocupaba. Había matado a más de uno de esos irreductibles numantinos, todo raza, todo fuerza y nervio, todo fiereza. Pero había vencido y sobrevivido ante ellos. Sin embargo otra cosa era enfrentarse a seres malignos. Un hombre por fuerte, valiente y viril que sea, no puede hacer nada contra los seres sobrenaturales. Su forma de enfrentarse a los peligros que le amenazaban era otra: amuletos, magia y sobre todo su esposa, Nerita, eran ahora sus métodos, sus armas, para luchar por la supervivencia de su familia.

—No me lo quitaré nunca.

Lo decía tanto por obedecer como porque era lo único a lo que se podía aferrar para superar el miedo a cualquier mal de ojo que pesase sobre la familia de su esposo.

—Bien, ahora tengo que volver a poseerte. Es mi obligación hacer lo posible para dejarte embarazada.

Otra vez vino a ella el recuerdo del dolor y de que al volver a sentirlo no pudiera evitar no obedecer a su esposo y hacerlo por eso enfadar.

—Annio, yo haré siempre lo que tú digas… pero… me duele la entrepierna.

—Lo suponía, ayer me obligaste a forzarte.

—Yo no quería hacer nada malo, pero…

Con un gesto la hizo callar.

—No sigas, lo sé. Como tiene que ser, eres inexperta. Tú te negaste a ser penetrada y eres mi esposa. Eso no puedes hacerlo. Además, teníamos que consumar para agradar a los dioses, en mi situación no me puedo permitir ofenderlos.

—Perdóname, yo quiero hacerlo bien pero no sé hacer las cosas.

—Tranquila, te perdono, sé que actuó tu miedo. Por lo que sé de ti, por lo que me dijo tu padre, serás una buena esposa. Como mujer eres débil y desconoces la complejidad de muchas cosas.

—¿No le dirá a mi papá que le he ofendido?

—No, Nerita, lo que pasa en la alcoba queda en la alcoba. Además, ¿has dicho que te portarás bien, verdad?

—Sí, me portaré bien… ¿No me hará mucho daño?

—Anoche me obligaste a hacer fuerza y a tenerte que agarrar, es muy difícil concentrarse así. Si te portas bien haré las cosas con mucho cuidado, tú no te resistas.

Nerita se tumbó en medio de la cama.

—No, así no, ponte a cuatro patas y con las rodillas en el borde de la cama.

Su esposa, llena de temor, obedeció.

Annio recordó las enseñanzas de su padre: «Las esposas se preñarán más a menudo si las penetras como a los animales domésticos, porque de este modo, con los pechos hacia abajo y los genitales elevados, el semen llegará donde ha de llegar. Si lo haces de frente, la mujer tiende a hacer movimientos sexualmente estimulantes que son absolutamente inútiles puesto que favorece con entusiasmo la penetración del hombre con el movimiento de sus caderas y hace que eyacule lejos del objetivo. Tanto ajetreo aparta el falo del surco y evita que la semilla caiga donde debería».

Ella se mostraba sumisa, obedecía y haría cualquier cosa que él pidiera. Por un momento dudó, quería descendencia prontamente y Nerita se presentaba en la posición correcta para hacerlo. Aun así se tenía que ganar la confianza de su esposa.

—Haremos una cosa —dijo él—. Te hice daño y ahora estás pagando las consecuencias. Volveré pasado mañana. ¿Te portarás bien conmigo?

—Sí, haré lo que tú quieras. Siempre haré lo que tú quieras.

—Bien, te dejaré salir de la habitación pero irás siempre acompañada. Si me dicen que no intentas nada extraño te daré libertad para ir adonde tú quieras de mi casa. Y, ¡no!, no me he olvidado de tu madre.

—Gracias.

—Diré al servicio que te traiga una cataplasma de hojas frescas de beleño negro que te ayudará con el dolor. También te harán llegar una estola, ahora eres una mujer casada y tienes derecho a ponértela. Cuando te sientas bien quiero que salgas ya vestida para que conozcas la casa y al servicio. En unos días haremos un banquete y te sentarás a mi lado, a todo al que te presente le dirás: Encantado de conocerle, señor. No hables con nadie si yo no te doy permiso asintiendo con la cabeza.

—Así lo haré.

—Nerita, no quiero que me veas como una amenaza, como te he dicho eres muy importante para mí y para mi familia. Nunca te haría daño… Pero… Tú eres el medio para un fin, y ese fin es que yo consiga descendencia, si me das eso, si me das hijos varones serás una matrona romana. Te cuidaré y te honraré como se merece y no te faltará nunca nada.

Aunque quería de veras que las cosas con Nerita le funcionasen bien, la desgracia de Furco le hacía tener otra oportunidad. La primera hija de Nero Minicio estaba disponible y él se aseguraría de que lo estuviera durante un tiempo, eso ahora no era problema pues estaba guardando el año de luto acostumbrado. Aunque Nero dijo que no era necesario recibir los trescientos sestercios por hacerse cargo de su hija, no renunciaría fácilmente a ellos. Por ahora no tenía que preocuparse por ese tema. Al hijo, huérfano de padre, le daría los apellidos y unas buenas tierras en las que vivir y que gestionar, no haría carrera política pero tendría buena vida.

Sin embargo, ese pensamiento no había sido suyo. El proceder había sido compartido por su padre y de él partió la idea. Annio no quería que eso sucediera. Primero, porque a sus veinticinco años ya había visto perder la vida a cuatro de sus esposas y, segundo, porque si algo le pasaba a Nerita querría decir que a pesar de los esfuerzos la maldición seguía ahí y no habían podido acabar con ella. Con eso en la cabeza, con la esperanza de que su esposa fuera una buena mujer que haría lo que esperaba de ella, marchó de la habitación. Su esposa era su única opción, una mujer de doce años decidiría el futuro de los Marco Porcio.

Una vez aplicado el remedio, y habiendo lavado concienzudamente la zona, fue ayudada a vestirse con una estola romana adornada con ribetes dorados y dos ceñidores rosados. ¡Era para ella el vestido más bonito que había tenido nunca! Sentía inquietud, pero tenía que hacer caso de su esposo, no quería desagradarle.

—Sapea, ¿tú conoces la casa?

—Sí, mi ama.

—¿Me acompañas y me la enseñas?

—Sí, mi ama.

Nada más salir vio a Arquéstrato, que le hizo una reverencia y se quedó mirando al suelo. Era evidente que la seguiría a todas partes pues tenía instrucciones para ello. Accedió a la sala principal de la casa en donde se encontraban las habitaciones, el despacho de su esposo y el vestíbulo. Desde esta sala se accedía al resto de dependencias de la casa. Visitó la cocina, la sala de los *triclinos* y las

demás dependencias de la *domus*. Paseó por el bello y cuidado jardín decorado con una gran fuente y bonitas estatuas. Estar en ese lugar le produjo bienestar, por primera vez en días dejó de sentir esas cosquillas en el estómago.

Se tumbó en el suelo. Allí, buscando tranquilidad y buenas sensaciones, se concentró en el sonido de la fuente que había en ese lugar tan agradable de la que sería ahora su casa.

—Mi ama, ¡no puede usted tumbarse así!

Sapea salió rauda como un rayo introduciéndose en la casa, al poco se presentó en el jardín con dos pieles, una negra y otra blanca, y ayudó a su señora a acomodarse en ellas.

Nerita supo en ese momento que ese sería su lugar favorito. Solo quería dejarse llevar por el murmullo del agua sin que su mente le dijera nada más, ni recuerdos ni sensaciones, solo el cantar del líquido mientras caía por el surtidor y bajaba por la escalera que tenía que recorrer, para tras eso llegar al pequeño estanque circular. Se concentró incluso en si podía percibir los movimientos de los pequeños peces que vivían en él.

—¿Tú eres mi nueva madre?

Se incorporó para poder observar la joven voz.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quién eres?

—Yo soy Porcia la Primera, hija de Marco Porcio Annio.

—Yo soy Nero la Tercera, esposa de Marco Porcio Annio e hija de Nero Minicio.

—Entonces eres mi nueva madre.

No supo reaccionar, ¿cómo iba a ser mamá de una niña? Hacía poco no había sabido ser ni esposa de su esposo y lo había hecho todo mal. No podía imaginarse siquiera qué era ser madre todavía. Su ser no podía asimilar tanto cambio en tan poco tiempo.

La pequeña se acercó con una sonrisa y la invitó a tumbarse de nuevo.

—Muchacho y muchacha, dejadnos —ordenó la niña.

—Mi ama, tengo órdenes del amo de vigilar a la señora.

—Pues ponte en un sitio donde no te vea y puedas vigilar.

—Señora…

—¡Qué te vayas!

Arquéstrato y Sapea obedecieron a la hija de su amo, no era muy inteligente contrariarla. El trato del señor había empeorado mucho tras lo sucedido en la casa y cualquier queja contra ellos era tratada con mucho rigor. Buscaron un lugar cerca de la puerta de acceso que permitía ver a la señora y no ser observados por Porcia.

—¿Qué estabas haciendo, Nero la Tercera?

—Prefiero que me llames Nerita.

—¿Qué estabas haciendo, Nerita?

—Intentaba oír el ruido del agua.

La niña se acurrucó entre los brazos de Nerita e intentó, cerrando los ojos, concentrarse en el sonido del líquido vital. Las dos necesitaban calor humano y agradecieron en su interior la sensación de sentir otro cuerpo.

Tras un largo tiempo Porcia quería otros entretenimientos, hacía mucho tiempo que estaba sola.

—¿Quieres ver mis muñecas?

A Nerita el jugar con muñecas le parecía tan lejano. Habían pasado tantas cosas en tan pocas horas, que le pareció como un recuerdo del pasado.

Ese día y el siguiente los pasó con la pequeña niña. Sin duda las dos ansiaban compañía. Las noches fueron diferentes, la primera la pasó sola en la habitación. Sufrió soledad, miedo y vacío. En la segunda se produjo la visita de Annio. Él fue cortés y educado, intercambió unas pocas y frías palabras. Le dio instrucciones de cómo adoptar la postura correcta y la tomó.

Se preocupó de si le había hecho daño, le dijo que estaba orgulloso de su buen comportamiento y que veía que lo intentaba de veras. También le recordó que volvería en dos días y le confirmó, como le había prometido, que su madre vendría al día siguiente. Tras eso marchó.

XIII – Madres

Claudia llegó a la casa de Marco Porcio Annio y siguiendo instrucciones, fue acompañada hasta la habitación donde le esperaba su hija.

—Déjanos, Sapea.

—Mi ama, tengo instrucciones del amo de no dejarla sola nunca.

—Tengo que hablar con mi madre de cosas íntimas.

La sierva no reaccionó.

La experimentada matrona intervino en la conversación.

—Como algo de lo que hablemos aquí se sepa, la culpa te la echaremos a ti y te acusaremos de indiscreción ante tu señor.

—Por favor, no… el señor me disciplinará.

—No haremos nada, yo cuidaré de mi hija como he hecho siempre, te prometo que solo vamos a hablar de madre a hija.

—Gracias, señora.

Sapea abandonó la habitación y se situó al otro lado de la puerta.

Nerita abrazó a Claudia y no pudo evitar el llanto. Como madre experimentada, dejó que esta desahogara todo su interior sin dejar en ningún momento de acariciarla suavemente. Ese ligero contacto, como sucede con cualquier hijo, consiguió su objetivo.

Entretanto se calmaba y le abandonaba el dolor, le embargaba la vergüenza, el hecho de defraudar a su madre la turbaba y le causaba pesar. Aun así, necesitaba el consejo de su madre y tenía que ser sincera con ella.

Las dos eran conscientes de que la situación era otra y que su vida había cambiado. Claudia había perdido el contacto cotidiano con su hija, y Nerita era consciente de que pertenecía a Annio. Esa era la situación y ambas sabían que esa era la voluntad de los dioses.

—¿Qué te pasa, hija?

Nerita no sabía cómo enfrentar la situación pues le dolía, su madre le había instruido para ser una buena mujer romana desde su más tierna infancia y ella le había fallado. Pensó que lo mejor era decírselo directamente, tras el enfado, merecido por la decepción por su comportamiento, su progenitora le diría lo que necesitaba oír.

—Mamá, lo he hecho todo mal.

Claudia la miró directamente a los ojos y su pequeña no pudo aguantar la mirada. Tras un suspiro contenido, pues no quería que su hija se sintiera aún peor si veía en ella contrariedad, se dispuso a averiguar qué perturbaba a la mente de la recién casada.

—¿Qué has hecho?

—Cuando se quitó la ropa y vino… yo me puse nerviosa y… lo

hice mal.

Las alarmas de Claudia se encendieron, era una situación muy delicada y potencialmente peligrosa, muy peligrosa: el honor de la familia estaba en juego. Nero mataría a su hija, aunque le doliera por dentro como a cualquier buen padre, la mataría.

—¡Habéis consumado el matrimonio!

—Sí, mamá, pero le obligué a pegarme, yo no quería, intenté huir y él me forzó.

Aunque le dolía la experiencia que había tenido su hija, eso en esos momentos no importaba.

—¿Qué pasó?

Nerita le contó lo sucedido en la alcoba ese, para ella, doloroso día en el que perdió la virginidad.

—Hija, no puedes negarle a un hombre eso y menos en la noche de bodas.

—Lo sé, mamá, pero tuve miedo y me... equivoqué. Te he avergonzado.

—¿Él vio la sangre?

—Sí, mamá.

—Bien, eso es bueno, sabe que te desvirgó y eso es muy importante. ¿Te ha tomado más veces?

—Sí, una vez más. La primera vez me hizo mucho daño ahí abajo.

—¿Te volviste a oponer?

—No, hice todo lo que me dijo.

—¿Te volvió a pegar?

—No, mamá, le pedí perdón y él me perdonó. Dijo que era mi miedo.

Los temores de Claudia se calmaron un poco y se permitió ahora extender la preocupación a su hija.

—¿Te volvió a doler?

—La segunda vez lo hizo con mucho cuidado y no me dolió mucho. Mandó que me pusieran cataplasma de hojas frescas de beleño negro. Me quitó casi todo el daño.

—No te preocupes, eso pasa. Seguramente fue porque fue muy bruto. Luego deja de doler. ¿Cómo te trata?

—Bien… Mamá, perdóname, ya sé que no lo he hecho bien y te he dejado mal con Annio.

—Sabes lo que te habría hecho Nero si te hubiera…

Ambas guardaron silencio, una tuvo miedo de lo que imaginó y la otra tembló por dentro porque conocía a su padre.

—Bien, hija, ¿cómo es tu relación con él ahora?

—No es como la tuya con papá, pero dice que quiere cuidarme, dice que si le doy hijos varones me tratará bien y me dará muchas cosas. Hace las cosas con mucho cuidado, y se preocupa de no

hacerme daño. Cuando lo hizo por segunda vez, me preguntó si me había dolido y yo le dije que solo un poco. Dijo que mañana vendría de nuevo a la alcoba a volver a poseerme, me dio dos días para que me recuperara mejor del dolor.

Nerita no sabía si podía explicar a su madre lo de la maldición que pesaba sobre la familia de su esposo. Primero, porque la preocuparía, y segundo, porque Annio dijo que lo que pasaba en la alcoba quedaba en la alcoba. Decidió enseñarle el amuleto protector que le había regalado.

—Me regaló este amuleto protector contra los malos espíritus y los males de ojo, dijo: «Es un amuleto poderoso para proteger mi posesión más preciada, no te lo quites nunca».

—Bien, hija, eso es bueno, parece que te ha perdonado de verdad y no lo dice por decir.

—Sí, pero me vigila con ese siervo, Arquéstrato, y con Sapea, la sierva que me compró.

—Tienes que ganarte su confianza. Es normal, hiciste algo incorrecto y no te conoce, quizás piensa que puedes escaparte.

—Yo no haría eso, estoy bien educada, solo me equivoqué.

—Ya te he dicho que él no te conoce.

Nerita quería aprovechar el tiempo que tenía con su madre para solucionar el mayor número de dudas, pronto se volvería a ver a solas con ese hombre.

—Mamá, yo quiero hacer las cosas bien.

—Lo sé, hija, ¿tú sabes por qué siempre hago el acto de Afrodita con tu padre?

—Sí, mamá: «La mujer recta lleva su casa atendiendo primero los deseos de su esposo». —Su madre había repetido esa frase infinidad de veces.

—Y porque si un hombre no encuentra lo que quiere en casa lo buscará fuera de casa. Y si hace eso, ¿para qué quiere una esposa?

—Sí, mamá.

—Pues tienes que engatusarlo.

—Tú haces eso con papá, pero yo no sé hacer eso.

—¿Qué hace después del acto?

—Se va a su habitación, lo hizo las dos veces.

—Pídele que se quede.

—¿Cómo? ¡Mamá! Él manda, es un hombre.

—Sí, lo sé, pero los hombres tienen tendencias y eso hay que saber aprovecharlo.

Nerita miró a su madre sin acabar de comprenderla.

—Hija, no hay nada que llene más el corazón de un buen hombre que el de proteger a una mujer, a una mujer que muestra debilidad.

—¿Sí…?

—Sí, hija. ¿Cómo le gusta hacer el acto de Afrodita, por delante o por detrás?

—La segunda vez lo hizo por detrás a cuatro patas.

—Bien, cuando vaya a tu habitación recíbele y salúdalo con una sonrisa en la boca. Él dirá algo, siempre lo hacen, es su manera de decir que tienen el control. Desnúdate mientras le escuchas y contesta si crees que tienes algo que decir. Sin que te indique nada ponte en la misma posición en la que te pusiste la segunda vez, muéstrate sumisa y atenta. Después de hacer el acto dile que tienes miedo y que se quede contigo. Si hace falta ponte a llorar, pero sin ruido, solo que caigan lágrimas.

Su madre no era realmente consciente de que en verdad tenía miedo, mejor dicho, terror, pues por una maldición habían muerto las cuatro primeras esposas de Annio.

—Lo intentaré.

—Si no sale, prueba más veces. En cuanto se quede acurrúcate y haz que te abrace en la postura de la cuchara, como hace tu padre conmigo.

—Sí, a ti te gusta.

—Y a tu padre, se siente bien al protegerme, eso lo hace sentirse más hombre. Proteger a la madre de sus hijos es muy gratificante para un hombre viril como tu padre. Cuando el fuerte defiende al débil obtiene placer, le hace sentirse poderoso y que tiene el control. Cuando te tenga abrazada coge su brazo y abrázalo, baja un poco la posición hasta que tus nalgas toquen su miembro. Si ha hecho el acto lo tendrá cansado, pero encontrará placer con la postura. Si notas que se reanima, siempre le puedes reafirmar su hombría y virilidad con una sonrisa. En esto, hija mía, todos los hombres son iguales. ¿Ese Porcio parece un buen hombre?

—Sí, creo que lo es, pero él no es como papá.

—No hay nadie como tu padre, hija. Sigo. Si se queda a dormir, por la mañana cuando despierte tócale con suavidad el falo.

—¡Mamá!

—Yo lo hago con tu padre. Dile que la tradición de esta casa es que el falo es símbolo de seguridad, protección y buena suerte, y que una matrona toque el de su esposo da prosperidad y que por eso en esta casa tenemos tantos hijos varones.

—Él me dijo que yo era un medio para un fin, y era que le diera descendencia. Que le diera hijos varones.

—Así es como servimos las mujeres a Roma, hija, esa es la voluntad de los dioses. Pero eso que me has dicho te vendrá bien, dile que yo lo hago y que por ello he tenido tantos hijos varones. Es un hombre viril y tendrá la erección matinal, lo más seguro es que quiera volver a tomarte, no te resistas.

—No lo volveré a hacer, mamá, fue el miedo.

—Bien, hija, con esa gratificación, ya verás como en poco duerme contigo todas las noches, te harás cotidiana y aprenderá a apreciarte.

—Y las demás cosas.

—Como te he explicado antes, tienes que engatusarlo. Ten paciencia, no discutas con él y acepta todo lo que diga y sé siempre sumisa. Dile cosas bonitas, a los hombres les gustan los cumplidos, no dudes en halagarle. Dile que está guapo, o que luce muy bien o que tiene una sonrisa especial ese día, en su interior valorará tu halago. Busca la cercanía, pero no abuses del contacto, no les gustan las empalagosas. Al tocar al hombre estamos creando un vínculo físico y eso te hará cotidiana. Ten cuidado con eso y hazle entender también que él tiene su espacio. Por ejemplo no entres en su despacho nunca, ese es su lugar, tú no tienes nada que hacer allí. ¿Entiendes?

—Sí, mamá.

—Nunca te compares con otras mujeres y nunca le digas que otro es mejor que él, ¡jamás!

—Annio es muy grande y muy fuerte.

—Pues díselo de vez en cuando. Disimuladamente imita ciertos movimientos que él haga, así llamarás su atención pues verá parte de él en ti. Averigua qué le interesa y escúchalo, aunque no lo entiendas, presta interés. Luego otro día pregúntale de nuevo por el asunto y deséale buenaventura, de esta manera asociará esos momentos con estar a gusto contigo y empezará a contarte más cosas. Recuérdale de vez en cuando que a ti te gustaría poder ayudarle a hacer las cosas pero que eres solo una mujer, eso les enternece y hace que te vean más femenina y dependiente. Admira su virilidad, les encanta que te deslumbre lo masculinos que son, eso les pasa a cualquier edad. En la intimidad tócale el pecho, dile lo fuerte que es y mírale los músculos de los brazos. Cuida tu apariencia, lávate y procura estar siempre limpia para él. Maquíllate aunque no salgas de la casa, solo para él. Pregúntale qué color de pigmento te queda mejor. Cuida tu cabello, lo tienes bonito, brillante y hermoso, y usa perfumes que le gusten. Una mujer pulcra es un orgullo para el hombre. Le gustará presumir de ti.

—Tú siempre me has enseñado a ser limpia y a cuidarme.

—Sí hija, pero ahora tienes que ser muy cuidadosa. Procura que no te dé el sol y que la piel sea lo más blanca posible. Tu piel tiene que estar limpia y suave para él. Déjate mirar, quítate la ropa siempre delante de él. Procura tener algo puesto cuando llegue y desnúdate sin prisas mientras lo miras solo un poco de reojo. Si lo ves nervioso ofrécele hacer el acto de Afrodita. Recuérdale siempre que tú también estás deseando darle hijos varones y que pides por ello a los dioses. Cuando él esté alegre tú debes tener una sonrisa en la boca, cuando esté triste o enfadado no sonrías. Quédate a su lado pero a una

distancia que no moleste y baja la cabeza, que sepa que estás ahí para lo que necesite.

—¿Tú haces eso con papá?

—Claro, es mi manera de hacerlo feliz, y si él es feliz la familia es feliz, el padre de familia es el miembro más importante y si él está bien todo va mejor. ¿Tú ves cómo me mira tu padre?

—Sí, papá te aprecia mucho.

—Pues cuando ese Porcio te mire de una forma parecida, recuerda el motivo y refuerza eso.

—No sé si recordaré todo eso, y no es «Ese Porcio», se llama Annio.

—Muy bien, Nerita, defiende siempre a tu esposo. Y sí, lo recordarás, todas las mujeres romanas de comportamiento recto lo hacemos, es lo que quieren los dioses.

—Sí, mamá. Yo me portaré bien e intentaré hacer todas esas cosas pero tengo que darle hijos varones. Todo depende de eso.

—Le darás hijos varones como yo se los di a tu padre, nosotras somos devotas que respetamos la voluntad de los dioses. Le darás buenos hijos y tendrás buenos partos, se lo pediré a Juno Lucina, ella siempre cuida de nosotras, las buenas y rectas matronas romanas.

Claudia siguió dando consejos con el qué hacer y el qué decir a su esposo.

—*Ave* —interrumpió Porcia con una sonrisa—, ¿quién es?

La niña no esperaba a Claudia y se sorprendió.

—Perdone, señora, no he podido impedir que entrara —se justificó Sapea.

—No te preocupes. Mira, Porcia, esta señora es mi mamá. Se llama Claudia.

—*Ave,* señora Claudia.

—*Ave*, Porcia, ¿y tú quién eres?

—Soy Porcia la Primera, hija de Marco Porcio Annio.

Claudia abrió los ojos como platos, Marco Porcio tenía una hija. Nadie se lo había dicho. Ahora sería responsabilidad de Nerita. Su hija tendría que aprender a manos forzadas.

—Encantada de conocerte.

—Encantada. —Hizo una pequeña y simpática reverencia—. ¿Está usted embarazada?

—Sí, lo estoy.

La pequeña miró hacia arriba intentando pensar.

—Si Nerita es mi nueva madre, usted es mi nueva abuela y el bebé será mi nuevo tío, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Mi padre dice que no tengo ningún tío, y este cuando nazca —señaló a la barriga— será más pequeño que yo. ¿No es raro?

—Bueno, será pequeño pero será tu tío —añadió Claudia.

Porcia sonrió, quizás imaginando a un niño pequeño al que tendría que llamar «tío».

—A Nerita le gustan mucho mis muñecas, ¿quiere verlas?

XIIII – Información recibida

Annio se tomó un descanso en sus obligaciones pues tenía que hacer sus necesidades, cuando al acceder al pasillo vio a Porcia de la mano de Nerita y de la mujer de Nero Minicio.

Antes de saludar le sorprendió la enorme sonrisa que mostraba su esposa. Seguramente era por la felicidad que sentía al poder haber hablado con su madre.

—*Ave*, padre.

—*Avete* a todas.

—¡Ella es mi nueva abuela!

—Sí, Porcia, lo sé. Un placer tener en mi casa a una matrona como usted, señora.

—Gracias, es usted muy amable.

—No es solo amabilidad, el que visite mi casa una mujer tan fértil como usted y además en su estado, solo puede traer buenaventura estando aquí presente mi esposa. Soy parte interesada.

Claudia no estaba acostumbrada a esos halagos y solo pudo mostrar una avergonzada sonrisa, tantas loas la apabullaban.

Arquéstrato se acercó a su amo y le susurró algo al oído.

—Bien, señoras, tengo asuntos que atender.

Tras la información recibida despidió a muchos de sus clientes, quedándose solo con los de más confianza y sus siervos.

—Vosotros, llevadlo a las instalaciones del Trastévere.

—¿Vamos a por el padre, señor?

—Déjame pensar un poco, actuar rápido nunca es bueno. —Tras reflexionar sobre los pasos a seguir tomó las decisiones—. No, aún no, quiero comprobarlo por mí mismo, es un asunto muy serio. No podemos cometer errores. Los demás acompañadme, tengo que hablar con mi padre.

Parte de sus ayudantes se prestaron a cumplir sus órdenes y los demás lo acompañaron a casa de Tito Porcio Annio.

A todos les quedó claro que este asunto era de suma importancia, pues antes de actuar el amo de la casa quería consultar con su progenitor.

Tras las torturas, los peores temores se cumplieron y no quedó más remedio que llevar a cabo las acciones necesarias para salvar cualquier daño que pudieran recibir.

—Te dije que teníamos que probarlos más.

—Padre, para defendernos hemos hecho cosas que ahora callamos. Vistas por otros, ¿cómo se interpretarían?

—Nosotros nos vimos obligados. Este plebeyo actuó así porque tiene malas entrañas, está maldito. Sácalo en cuanto puedas de aquí.

—Eso haré, pronto sabremos si lo hemos juzgado bien o no.

Al día siguiente, la persona que tenía que hacerse cargo de la situación y de la que dependía lo que iba a suceder fue convocada, sin que pudiera declinar, a una reunión.

—Ya llega, señor.

—Traedlo aquí, pero que no vea a su hijo.

Cuando Nero Minicio entró en aquel despacho, encontró a Tito Porcio Annio y a Marco Porcio Annio. A su yerno lo esperaba pues había sido convocado por él, pero a Tito Porcio no. Ya no tenía buenas sensaciones por las prisas y las advertencias veladas que recibió de los cinco hombres que le informaron de la ineludible cita. Esto no le dio buenas sensaciones.

Ambos hombres evitaron el protocolario saludo, así que se desentendió de esa cortesía y fue directamente a disipar sus dudas.

—¿Por qué me habéis llamado con tanta urgencia?

—Por un asunto que puede acabar con nuestra relación y que puede hacer que nos liberemos de los compromisos adquiridos contigo.

XV – Esposa

Tras el duro día y tras visitar a un buen amigo, Marco Porcio Annio pudo, al fin, refugiarse en su casa. Todavía mantenía las malas sensaciones en el cuerpo por lo sucedido. Nero Minicio había obrado como un padre responsable y solucionó el problema tomando la decisión correcta. Todo habría cambiado si hubiera elegido otra opción, pero hizo lo que tenía que hacer y merecía la confianza depositada en él. Sin embargo, no es agradable vivir esos momentos. Aún tenía en la mente el rostro desencajado por el dolor sufrido en su interior del que ahora era su suegro.

Esa noche había convenido el volver a visitar a su esposa, esperaba no tener ningún problema con ella, no estaba de humor y no sabía si podría ser paciente ante cualquier desaire.

Con ayuda de Arquéstrato, se lavó y se adecentó para visitar a su esposa.

Cuando estuvo listo se presentó ante ella.

—Te estaba esperando.

Nerita lo recibió con una sonrisa. Esta era aún más hermosa que la que le había dedicado el día anterior en la visita de Claudia. Eso extrañó a Annio, no era la actitud tomada en los momentos íntimos

anteriores.

Su joven esposa se dirigió hacia él tomándole la mano mientras lo miraba.

—Seguro que has tenido que hacer muchas cosas, cuando llegas a casa no puedes encontrarte con problemas. La primera vez yo me porté mal y te preocupé. Te obligué a actuar de una manera que tú no querías.

—Eso ya es pasado, y ya te he perdonado. Veo que quieres portarte bien.

—Sí, me portaré bien.

Nerita observó cómo Annio giraba la cabeza como para mirar de lado cuando ella le dijo eso, sin duda se había sorprendido.

—Eso espero de ti.

La extrañeza por el comportamiento de su esposa era tal que aún no se había movido de sitio.

—Y eso esperan los dioses. ¿Quieres contarme las cosas?

—¿Cómo?

—Mi mamá dice que los esposos nos tenéis que contar las cosas a las mujeres. Aunque nosotras no las entendamos o no os podamos ayudar. Pero que eso os hace bien por dentro, cuando se dicen las cosas uno se siente mejor.

—Tu madre tiene razón, pero hoy no me apetece hablar.

—Como quieras.

Nerita se dirigió hacia el lecho y cuando vio los frascos de perfume, que le había pedido a Sapea, se giró hacia él.

—Te pido perdón, pedí unos perfumes para prepararme para ti, pero no sabía cuál de ellos te gusta más. Como temía ponerme uno equivocado no he elegido ninguno. ¿Cuál te gusta más?

Annio estaba cada vez más sorprendido. Volvió a hacer el mismo gesto.

—¿Quién te ha dicho que hagas todas estas cosas?

—Mi mamá me ha enseñado a ser una buena esposa. Solo es que el primer día estaba tan asustada que me equivoqué. Yo…

Guardó silencio.

—Dime.

—Me da vergüenza pero, es que tu… miembro me asustó, yo solo he visto el de mis hermanos y no es tan grande —apoyó lo dicho haciendo las medidas con las palmas de las manos.

Annio soltó una gran carcajada. Cuando recuperó el aliento se encontró, de nuevo, con una enorme sonrisa.

—Veo que hoy estás alegre —anunció a su esposa.

—Mi mamá dice que cuando el padre de familia está contento toda la familia está contenta.

—Sin duda tu padre tiene mucha suerte con tu madre.

—Sí, mi mamá es una buena matrona romana.

—Sí que lo es.

Nerita empezó a desnudarse poco a poco. En una de las ocasiones miró, solo un pequeño instante, para comprobar que él la observaba. Una vez desnuda se incorporó al lecho adoptando una postura a cuatro patas, en la misma posición que su esposo le había indicado, y esperó. No lo hizo por mucho tiempo pues Annio se puso a ello al instante.

Realizó el acto intentando frenar su ímpetu.

—¿Te ha dolido?

—No.

—Bien, eso es bueno. Sigue poniéndote el ungüento hasta que se acabe.

—Así lo haré.

—Vendré de nuevo pasado mañana.

Empezó a acomodarse la ropa, con la intención de retirarse a su habitación.

Había pasado un rato agradable. Esta vez se había mostrado colaborativa y lo había hecho todo mucho más placentero para los dos. Parte de sus preocupaciones pasaron y casi todos los miedos que había tenido con respecto a su nueva esposa se estaban disipando.

—Annio, esposo mío, ¿te puedes quedar conmigo?

—¿Cómo? ¿Quieres que me quede?

—Sí, es que tengo miedo. He pasado mucho miedo estas noches.

La miró, pues cada vez se extrañaba más por su comportamiento.

—¿Miedo? En mi casa estás a salvo. Nadie te hará daño.

—Sé eso, pero tengo miedo a otras cosas. Después de lo que me contaste. —Se tocó el amuleto con la Gorgona Medusa.

Observó cómo ella situaba sus manos en el estómago y bajaba la cabeza en gesto de total sumisión. Tenía que haberlo previsto, era una mujer y además joven. El hecho de creer que había una maldición le provocaba miedo. En verdad a él también le turbaba, pero era un hombre y aceptaba su destino enfrentándose a él. No podía pedir valentía a una mujer pues era una virtud de la que carecían. Además Nerita era hija de un plebeyo humilde, era imposible que tuviera la más mínima formación para vivir como una mujer de clase alta, por lo cual los miedos se sumaban a la ignorancia.

—Te entiendo, me quedaré por esta vez.

—Gracias, gracias —le agradeció ella mientras lo abrazaba en señal de gratitud.

No tardó en verse en el catre. Ella se acurrucó en él, dejándose abrazar, pegando la espalda en su estómago y haciéndose cada vez más pequeña, se protegía en él. Nerita acomodó su cuerpo tal y como

le indicó su madre.

—Gracias, Annio, por ser tan bueno conmigo. Yo no entiendo muchas cosas y cuando estoy sola me gana el miedo.

—No te preocupes, no dejaré que nada ni nadie te haga daño, eres mi posesión más preciada.

Así les llegó la noche.

Annio despertó sin su mujer a su lado y giró la cabeza para buscarla.

—*Salve,* Annio —saludó mientras despedía a su sierva.

Él no contestó, estaba todavía evaluando la situación. Aún no se creía que hubiera pasado allí toda la noche.

—He pedido a Sapea que me ayudara a limpiarme, tengo que estar lista para ti. Anoche no me dijiste qué perfume te gustaba más. —Apoyó lo dicho señalando a los pequeños recipientes.

—Nerita, ¿tú quieres seducirme?

Esta giró la cabeza como para mirar de lado.

—Yo… mi mamá me dijo que algunos hombres no dejan que sus esposas hagan lo que quieren de ellas los dioses. ¿Yo qué seré para ti? Una matrona como mi mamá o me harás hacer otras cosas… ¿Qué quieres hacer conmigo?

Su joven esposa no era capaz de saber lo complicado de la respuesta. En su voluntad estaba la de tener a una mujer de alta cuna, una mujer educada que supiera cuál era su sitio. Que se prestara al acto con el fin de tener descendencia y no molestara demasiado. Él le daría el control de la casa y el reconocimiento público, le sería fiel, la defendería a ella y cuidaría su patrimonio. Su familia con esa unión adquiriría más poder, y con la riqueza que aportara la dote y la defensa de los intereses mutuos tendría más posibilidades. Pero esa funesta maldición sin sentido de odios de antaño había dado al traste con todo. Esa familia de los Mucio pagó con sangre el rencor de un pasado lejano. Era consciente de que ninguna familia de bien le cedería a ninguna de sus hijas, para ellas estaba maldito. No les podía explicar que ya se había librado del mal que lo perseguía porque: primero, no le creerían y, segundo, tendría que confesar lo de los Mucio.

Ciertamente podría haber esperado un tiempo y tras eso volver a pedir a otra dama en matrimonio. Las personas olvidan y siempre los hay que necesitan librarse de alguna manera de sus hijas. Eso sin embargo le obligaría a elegir lo que hubiera y no podría escoger a las más fértiles.

Su padre era ya mayor y no quería que este dejara de vivir sin darle un nieto. La solución que hallaron fue Nero Minicio y sus hijas. Era un hombre afortunado que tenía una mujer plebeya dotada del

aprecio de los dioses, pues todos los partos se contaban en cunas. De todos ellos salió sin dificultad. Ese hombre tenía todo lo que él deseaba, una mujer fértil para generar descendencia.

Así que su joven esposa era ahora su oportunidad. Era además consciente de que esta no era como las mujeres a las que él estaba acostumbrado, se comportaría tal y como ella decía: «Una matrona como mi mamá». Si tenía que ceder a eso a cambio de hijos varones, eso haría. En batalla por mucho que planifiques te has de adaptar a las circunstancias, y para ganar tienes que aceptar que haya pérdidas. Estaba en una guerra contra el destino de su familia y adoptaría cualquier actitud para conseguir la victoria.

—Si te portas bien, para mí serás una matrona como tu mamá.

—Si me porto bien, ¿me tratarás como a una esposa?

—Sí, eso he dicho.

Esta vez Nerita no tuvo que forzar la sonrisa, pues la mostró con un encanto que le llegaba a los ojos.

Marco Porcio Annio salió raudo tras haber tomado de nuevo a su esposa, con el perfume y el tacto de la fresca piel aún en el recuerdo. No sabía cómo se desarrollaría su relación con su joven esposa. Volvió a reforzar la idea de que al ser hija de un plebeyo nunca se comportaría como una dama pues no era su condición. Sin embargo, ella estaba poniéndolo todo de su parte. Cada uno es lo que es, era un hecho que tenía que aceptar. Tras todo lo sucedido tampoco le quedaban muchas más opciones. Tendría que buscar el equilibrio de todo ello de una manera sincera, tenía que hacerlo de verdad, de corazón, pues no podía obrar y pensar cosas diferentes. Eso no era de agrado de los dioses. Y si algo necesitaba ahora era la ayuda de sus divinidades tutelares.

Se tenía que preparar para el saludo matutino a los dioses, pronto empezaría el día y los clientes y amigos llegarían a la casa.

Nerita se posicionó justo tras él, con un cómodo pero bonito peinado, vistiendo la estola que le había proporcionado. Junto a ella, cogida de su mano, estaba Porcia. Tras la purificación de su esposo, con un sutil gesto bajó un poco la cabeza de su, ahora, hija, para que guardara el debido respeto a la oración de su padre. Esto no pasó inadvertido.

«Venerable Lar, dioses Penates, santísimos Genios, dioses domésticos de mis antepasados. Salvadme, pues vosotros sois los mismos que me criaron y me visteis crecer. Os necesito como cuando era un chiquillo corriendo delante de este altar ante vosotros. Estáis hechos de madera antigua: sois los mismos que había en la casa de mi

bisabuelo. Procurad que la infertilidad se aleje de mí. Os pido buenaventura para mi esposa, procuradle salud y fecundidad para que me proporcione hijos. Nada más os pido por hoy dioses de mi hogar, dioses de mis antepasados».

XVI – Todo se hace por la familia

Claudia estaba preocupada, muy preocupada, ni Nero ni Silanus habían acudido a casa ese día. Su hijo ya había actuado así en alguna ocasión, pero su esposo no faltaba nunca, y menos sin avisar.

En todo ese tiempo hubo intercambios de miradas entre ella y su hija Primera, sin que ninguna de las dos se atreviera a decir en voz alta algún mal motivo ni ninguna desgracia que justificara el que el padre de familia no acudiera. Claudia sí sabía, o mejor dicho, temía un motivo: Nerita. Puede que ese Porcio le hubiese explicado lo del rechazo. Era una situación muy delicada, si era repudiada por este, si la devolvía por negarse a copular, no tendría ningún futuro. El honor de una familia siempre está en primer lugar, eso lo tenía presente desde que su hija le contó su secreto. Estaba empezando a desesperarse y no podía evitar salir una y otra vez a observar.

Tras muchos nervios y temores le vio llegar.

Este llegó con la ropa sucia y oliendo a alcohol. Ya no estaba ebrio, pero evidentemente había ingerido una gran cantidad de líquido.

En su esposa se encendieron aún más las alarmas.

—¿Qué ha pasado?

—Calla, entra y siéntate.

Conocía perfectamente el comportamiento de su esposo para saber qué había pasado algo muy grave. Así que mandó a su hija a que fuera a casa de Metellus Polion, para que tanto su abuelo como su abuela vieran a su nieto, también le pidió, con mirada de madre, que se llevara de allí a Marcellus y Crispus.

Claudia se situó ante su esposo.

—¡Te he dicho que te sientes! Siempre haces lo mismo.

Tomó asiento pero no contestó.

—¿Crees que soy una amenaza para mis hijos? —insistió.

—No sé qué pasa, Nero, y yo solo soy una mujer y no entiendo muchas cosas, solo soy precavida.

—¡No utilices esas tretas manipuladoras de mujer conmigo!

Optó por callar. Su esposo no estaba en condición de escuchar nada.

Tras un silencio incómodo, Nero encontró la manera de empezar a relatar todo lo que pasaba por su cabeza. Necesitaba decirlo, y se lo tenía que contar precisamente a ella. A la persona a la que no había escuchado y de la que había menospreciado todo consejo o aviso. Ciertamente no sabía lo que iba a ocurrir, pero sus sentidos le avisaban de que algo no iba bien y que los dioses ya les habían favorecido teniendo lo que tenían. Solo decir que sabía perfectamente

que se había equivocado al no escucharla.

—¿Te he hablado sobre Denter, Flavus, Glabrio y Libo?

—No. —Notó que el tono de Nero pasó del enfado al desencanto.

—Pues eran compañeros míos cuando serví en las legiones en las guerras de la Lusitania. Todos ellos perdieron la vida ante esos demonios. Perdimos a siete mil hombres.

Como había dicho, Claudia no conocía los nombres de esos soldados pero sí la historia de esa terrible batalla, pues él y su amigo Flacco habían hablado de ella en alguna ocasión.

—Debe de ser muy duro estar en una de esas guerras, pero ya sabes que yo no sé de esas cosas.

—No te lo puedes imaginar. Los hombres no mueren de golpe, Claudia. Ven que llega su destino y que solo les queda dolor y padecimiento. Algunos pierden el sentido, los afortunados. Otros intentan no llorar e imploran que se acabe con su vida. Los hay que llaman a sus madres. Y los hay que se niegan a morir y te miran suplicando que les ayudes cuando tú sabes que no hay salvación. Flavus dejó de vivir suplicándome que no dijera a nadie que había derramado lágrimas, que dijera que había muerto con honor.

—No sabía nada de eso.

—Lo sé. Lo sé. Eso no fue lo peor que pasó en esa guerra. El maldito Servio Sulpicio Galba nos hizo hacer algo peor. ¿Sabes quién es Vismaro?

—No, ya sabes que no.

—Poco después se firmó una tregua, si dejaban las armas Roma les daría tierras. Muchos de los lusitanos, acompañados por sus familias, las entregaron. Solo querían vivir en paz y trabajarse un futuro. Pero Galba, una vez desarmados, nos ordenó matarlos a todos, ¡a todos!

Claudia no pudo más que llevarse las manos a la boca y dejó escapar un «Ohh», al imaginar lo que tuvo que hacer su esposo.

—Empezamos como empiezan siempre las legiones, con una descarga de jabalinas, primero las ligeras y luego las pesadas. Cayeron a miles. Tras eso nos ordenaron el cuerpo a cuerpo. Aquellos hombres, desesperados, saltaban sobre nosotros intentando hacernos daño, pero solo tenían sus manos mientras que nosotros portábamos el equipo. Entretanto los de las primeras filas atacábamos, los arqueros lanzaban sus flechas al interior del grupo de los indefensos lusitanos. Fue una masacre. Ponían sus cuerpos para proteger a sus mujeres y ellas ponían a la vez el suyo para proteger a sus hijos. Maté a seis hombres, cuatro mujeres y seis niños. Cuando acabé pregunté por una frase que repitieron el padre y la madre del último niño lusitano al que quité la vida, era: «Corre, Vismaro». Yo maté a Vismaro, un niño lusitano que no había hecho nada, era un ser inocente.

—No sabía nada de eso, Nero.

—No, porque es una vergüenza para mí y para Roma, no merecías esta mancha. No soy el hombre que crees.

—Tú obedecías órdenes, te hubieran matado en otro caso.

—Eso dice Flacco, pero eso no es de agrado de los dioses y he sido castigado por ello.

—¿Castigado? Tienes cuatro hijos y tres hijas, además tienes dos nietos, muchos te envidian por ello. Yo estoy en matrimonio con un buen hombre, con un buen romano.

—¿Sabes qué ha hecho Silanus?

El semblante de Claudia se ensombreció, ante la preocupación por todas las cosas pavorosas que le había contado y el hecho de hablar de su hijo en la misma conversación. No podía ser más que algo horrible.

—No —añadió con un hilo de voz.

Con el desánimo más profundo que había sentido en su vida, continuó para sacar de dentro de sí mismo las lúgubres y turbadoras sensaciones que le poseían.

—Se sospecha de más atrocidades, pero se ha demostrado que mató a un niño y a dos prostitutas y secuestró al nieto de Quinto Calpurnio para entregarlo a las malditas brujas del cementerio del Esquilino para que lo usaran para sus filtros de amor.

¡Eso no podía ser! Era un ultraje contra su hijo y contra la familia. Siempre había habido gente que envidiaba a Nero, por su trabajo, por sus progresos y por su familia. Incluso había que los envidiaban por ella misma, por tener una mujer recta y fértil. ¡Una mentira para hacerles daño!

—¡No! Silanus no ha hecho eso.

Ninguna madre puede ver así a su hijo.

—Cuando le pregunté por ello, calló. Le miré a los ojos y se quedó callado. Optó por no hablar a su padre. A mí también me costó aceptarlo, pero es la verdad.

Las alarmas de la matrona, sus instintos, le decían que algo terrible le había sucedido a su hijo.

—¿Dónde está Silanus?

—He visto y he hecho cosas horrorosas, difíciles de creer, pero esto es lo peor, ¡sangre de mi sangre! Me detesto a mí mismo por ello. Tuve que salvar el honor de la familia.

—¡¿Dónde está Silanus?!

—Utilicé el *ius vitae ac necis*. Yo permití su vida y yo puedo quitársela.

Claudia salió corriendo hacia la habitación, no podía escuchar más, no podía aguantar más. La desazón alcanzó a la buena matrona pues no solo había perdido a un hijo, no podía velarlo, no podía llorarlo y no podía guardar luto por él.

Ella avisó a su esposo, le advirtió, tenía malas sensaciones. Ya

tenían suficiente, eran felices y los dioses les eran favorables, muchos les envidiaban. Cuatro hijos y tres hijas, y solo uno se dejó en la tierra. Muchas familias pedían por ello. Y Silanus, ella también le advirtió. Dejó a su hijo a su antojo, no encontraba tiempo para él. Tenía que ocuparse de sus nuevos e importantes amigos y de su nuevo cargo.

La impotencia la hizo llorar hasta quedarse seca, sufrió como solo lo saben hacer las madres. Con un llanto incomprensible e inconsolable.

Sintió un dolor, y tuvo que acomodar su posición. De repente, ¡una alarma! Una arcada y más dolor. ¡Su hijo no nato! Aun en la angustia no podía dejar de ser lo que era: una matrona. Ahora solo importaba el bebé.

—¡Nero! ¡Nero!

Momentos antes Nero había visto cómo su esposa, sumida en llantos, entraba en la habitación, ¡al menos ella puede apagar sus penas en lágrimas! Su esposa tenía el privilegio de poder permitirse llorar, eso era bueno para ella. Tras mucho sufrimiento sacaría su dolor. Él lo guardaría dentro de sí hasta que las parcas decidieran cortar el hilo de su vida.

Se levantó y se dirigió a la cocina a por vino.

No podía apartar de la cabeza las imágenes que vio en aquel almacén propiedad de los Porcio, ni lo que hizo en él. Cuando le informaron y le acompañaron junto a su hijo, este ya había sido torturado. Las consecuencias de la información recibida fue que en la sala había cuatro cuerpos sin vida. No había lugar a dudas que habían sido ejecutados. Silanus intentó, lleno de vergüenza, justificarse ante su progenitor: «Ellos me obligaron, papá, el jefe, Taurus, siempre enviaba a su esclavo, Scaeva, a vigilarme y a obligarme a hacer las cosas». Pero ante la revelación de que al niño de casa de los Mucio lo encontraron con varios golpes en la cabeza y que la primera *lupa* había sido asesinada previamente, antes de contactar con esos malhechores, el segundo hijo de Nero Minicio guardó silencio.

—Silanus, Annio me ha dicho que has intentado raptar al nieto de Quinto Calpurnio Pisón. ¿Es cierto? ¿Tú sabes quién es?

Todo el mundo lo sabía, pues tan solo cuatro años atrás había sido cónsul de Roma. Silanus tampoco contestó a su progenitor. Nero guardó silencio esperando la negativa de su hijo, pero este seguía avergonzando el apellido que representaba.

—¿Es cierto, hijo?

Tito Porcio Annio quiso acabar con el asunto e intervino.

—Nero Minicio, la casa de mi hijo está unida a la tuya. Todo deshonor que manche a tu familia mancha la de mi hijo y mancha la mía. Solo hay dos opciones, la que decidas marcará nuestra relación

futura.

Automáticamente uno de los hombres ofreció un puñal. El puñal hispano que Annio había regalado a su padre.

Nero tomó asiento y se dispuso a sorber el poco vino que le quedaba, insatisfecho consigo mismo por ni tan siquiera tener bastante para poder olvidar. Había estado escuchando los llantos e incluso escuchó el vómito, pero no reaccionó. Entonces oyó el grito, ¡no era de reproche! ¡No era de enfado! Era de temor y de dolor; algo grave pasaba.

Ante la alerta, se dirigió raudo hacia la habitación.

—¿Qué pasa?

En cuanto entró, pudo percibir el olor a vómito.

—Llama a Nigra y que venga tu hija también.

—¿Qué pasa, Claudia?

—Tu hijo, Nero, tu hijo.

Este salió raudo a buscar a la mujer de Flacco, tras eso iría a por su hija.

Entretanto Claudia dirigió la mirada hacia la figura del dios Consivio, el que abrió el camino a la vida de su hijo permitiendo su embarazo, y pidió que no permitiera que su dádiva, la vida que él había permitido, fuera arrancada de su vientre.

Tras eso le sobrevino otra arcada.

—Todo es culpa mía.

Flacco colocó su mano en el hombro de su amigo en señal de apoyo. Hacía ya dos días que no había movimiento en el vientre de la madre.

—Aún es pronto, Nero. Claudia es fuerte.

—Sí, pero yo la he destrozado por dentro.

—¿Qué dices? —se extrañó su amigo.

—Nada, perdona, no estoy como para pensar.

—Te entiendo, ¿necesitas algo? ¿Quieres que haga algo por ti?

—No, gracias, tú tendrás cosas que hacer.

—Me puedo quedar un rato, si quieres.

—No, gracias, eres un buen amigo. Tu mujer ha cuidado de Claudia estos días y estará cansada. Ahora están mis hijas, cualquier cosa te la haré saber. Te doy las gracias por lo que has hecho por mí. Ahora si no te importa, prefiero quedarme solo.

Volvió a apoyar la mano e indicó a su mujer que marchaban. El dueño de la casa quería estar en intimidad con su familia y eso tenía que respetarse.

Nero contemplaba cómo sus hijas, Primera, Segunda y Tercera, entraban y salían de la habitación. Hacían las tareas de la casa,

cuidaban a los niños y cuidaban a su madre. Observaba cómo hablaban en voz baja entre ellas sin entender lo que decían, mejor dicho, sin que le diera importancia a lo que decían. Él no estaba allí, el hombre que miraba no era él. Sumar que no había alegría, ninguna de las risas constantes que compartían entre sí las mujeres de su casa. Lo había estropeado todo.

Su hija Segunda se sentó y se dispuso a dar el pecho a su hijo Helva. Se veía tan hermosa como su madre: «Sin duda, sería una buena matrona».

Antes de ir a ver a Claudia quiso volver a pedir piedad a los dioses. Purificándose en cuerpo y alma y cubriéndose la cabeza, pidió humildemente.

«Dioses ancestrales, dioses arcaicos de nuestra tierra, os pido perdón por mis errores humanos. Soy mortal e imperfecto. Con este fin os ofrezco este incienso para que con él expiren mis faltas».

Tal y como les dijo les ofreció y encendió el incienso.

«Diosa Alemona, te suplico humildemente que nada malo pase al bebé que hay en el vientre de mi esposa, no permitas que deje de alimentarse dentro de ella».

Encendió entonces una lámpara de aceite. Antes de acabar recordó la imagen de su hija amamantando a su nieto.

«Diosa Cunina, diosa preciada, pues eres la que cuida a los seres más débiles de la casa. Protege de espíritus, envidias y de los males de ojo a la sangre de mi sangre, procura buenaventura a mis nietos Helva y Lurco».

Tras eso se dirigió a la habitación. Quería estar con Claudia, necesitaba estar con Claudia.

—¿Cómo está? —preguntó a Nerita.

—No se ha vuelto a quejar. Ahora duerme.

—Bien, vete con tus hermanas, estaré un rato con ella.

—Sí, papá.

Había observado a su mujer infinidad de veces mientras dormía, y la veía calmada y dulce tal y como era. Sin embargo no la percibía así ahora. Quizás era el que proyectaba su pesar o quizás era que la había roto por dentro.

Antes de que su hija abandonara la habitación se quiso interesar por ella.

Tito Porcio Annio era un tipo de la élite y trataba a los hombres de baja condición económica de manera descortés e interesada, para él estos eran solo una herramienta. Sin embargo Annio no tenía ese comportamiento, ni cuando le propuso el que cuidase de su hijo, Nero el Joven, ni cuando tuvo que ejecutar a Silanus. Tito Porcio no hizo ningún gesto ni muestra de desagrado, sin embargo su yerno sí sufrió por dentro, lo expresaba en su comportamiento. No le dolió como a un padre que mata a su hijo, pero mostró en su rostro el desagrado de la situación. También ofreció a Tercera para que pudiera cuidar de Claudia con la condición de venir a buscarla cada dos noches. No podía olvidar tampoco su ofrecimiento de presentar a su esposa ante Esculapio, ser sanador de la isla Tiberina, en cuanto esta mejorara un poco. No podían llevar a un ser moribundo ante la divinidad, pues eso sería una ofensa para el dios.

—Nerita, ¿tú cómo estás?

—Estoy bien, papá.

—Ese Porcio, ¿te trata bien?

—Sí, me trata bien... Y se llama Annio.

—¡Sé cómo se llama! Me alegro de que sea bueno contigo. —Giró la cara dando por concluida la conversación.

Tras muchas horas de dolor, Claudia pudo conciliar el sueño. El cansancio y la preocupación le habían dado una tregua. Necesitaba dormir tanto como se necesita respirar, su ser requería ese sueño reparador. Y soñó con su vida, con sus hijos y con su dedicación. Y soñó con los partos y la felicidad al amamantar a un nuevo recién nacido, la de verlo andar y la de enseñarlo a hablar. También soñó con nubes, con tormentas y con dolor.

Pero tras una presencia, tras una cálida sensación soñó con algo celestial en modo de premonición. Vio a la divina y veneradísima Juno Lucina, rodeada de dioses y sentada en su trono de plata. La madre de las divinidades se incorporó caminando hacia ella, hacia el oriente, hacia donde despunta el día y le cantó en un susurro:

«Niño, yo me quedaré contigo esta y muchas noches más. Pediré a Cunina para que te proteja de lo que te pueda pasar. Pues tú eres aún muy niño y no sabes caminar. Dulce niño como la miel, la alegría de su casa al que hay que cantar».

Tras la epifanía, despertó.

Su esposo estaba allí, a su lado, cabizbajo, pensativo e inmóvil.

—Nero.

—Sí…

—Dame la mano.

Este la acercó y ella la dirigió invitándole a posarla en su barriga. No tardó mucho que el bebé decidió moverse.

—¡Por los dioses! He pedido por ti y por el bebé, estaba muy preocupado, mucho.

Dedicaron unos instantes a intentar descubrir la fuerza con la que el bebé quería demostrar la vida. Esa señal fue expresada con una potente patada en el lado derecho. Señal que como todo el mundo sabe anuncia dos dádivas: un buen agüero y un hijo varón.

—Nero Minicio, hijo de Quinto de la tribu Falerna —pronunció el nombre completo de su esposo, pues lo que iba a decir era muy importante.

—¡Sí…!

Apretando un poco su mano que aún se apoyaba en su vientre le dijo:

—Una vida por otra.

Este la miró a los ojos y vio, a la vez, el dolor y la fuerza de su esposa.

—No, Claudia, han sido dos vidas. También me han regalado la tuya. Sé que es así, pero a veces no lo tengo presente: «La matrona de una familia es lo más importante». —Con toda la verdad de su corazón añadió—: Y te podía haber perdido, no te merezco. Perdóname.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón, sino a los dioses.

Como no podía ser de otra forma, Nero asintió.

Tras eso apoyó, con sumo cuidado, la cabeza en el pecho de la madre de sus hijos y buscó la paz que necesitaba al sentir el corazón del ser al que debía todo. También le debía lo que por su actuación había perdido.

Esta lo acarició, tal y como hacía con sus hijos. Cumpliría su misión de cuidarlo a él y a los suyos. Solo sabía hacer una cosa, servir a su esposo y servir a su familia. Era lo que esperaban de ella los dioses, ese era el orden natural de las cosas.

—Hazme el favor de avisar a tus hijas, estarán preocupadas.

Como Nos os dijimos al principio, en las primeras palabras de esta historia, nuestro querido Nero fue abandonado, por un tiempo, por los dioses. Él cree que el castigo lo recibió por sus actos contra los lusitanos, pero no es este nuestro pensar: él obedeció las órdenes de un magistrado. En eso estaba su servicio a Roma y a las divinidades. Con eso respetó las costumbres ancestrales y el orden natural de las cosas. Él no era el responsable ante los dioses ni el que tenía el mandato del Senado: el culpable, el que obró impíamente, fue otro.

Nuestro querido Nero fue condenado por sus propios actos. No respetó, no quiso que su hijo, nuestro querido Nero el Joven, cumpliera con ese

orden natural y con la voluntad de los dioses. Olvidó las consecuencias que tendrían sus actos y solo pensó en su primogénito. Nuestra querida Claudia, como madre, no quiere que su hijo muera en tierras lejanas y sufría por él como solo lo saben hacer las rectas matronas romanas. Aun así, tenía presente ese mandato, esa voluntad. Todo acto impío, todo acto que rompa esa paz y las costumbres de los ancestros, atraerá la ira de los dioses.

El padre de familia de los Minicio ignoró el pacto con las divinidades que querían que Roma fuera la cabeza de todo el mundo. ¿Eso también lo habéis olvidado? Sí, Nos como diosa tutelar de la infancia teníamos la obligación de cuidar a los niños que serían los hombres que crearán el Imperio. Es por ello que los varones viriles han de servir en el ejército. Esa era nuestra misión y de eso se olvidó también Nero.

Nos y el resto de las divinidades sabemos de la expiación de las ofensas y cuando un mortal pide humildemente con propósito de enmienda somos benevolentes, por ese motivo nuestro querido Nero fue perdonado.

Este perdón lo recibió a través de nuestra querida Claudia. Soñar con Juno en persona, o bien con una representación suya dotada de sus habituales atributos, es un buen augurio para un enfermo pues le pronostica la curación. Siempre es preferible ver a este dios de pie y tranquilo o sentado en su trono que en movimiento. En el caso de que se desplace, si se dirige hacia el oriente es un signo positivo, pero si se encamina hacia occidente es negativo. ¿Dudáis de esta interpretación? Entre los seres denominados dignos de confianza, a los que es menester prestar crédito y obedecer cuando dicen algo, ocupan el primer puesto las divinidades. Mentir es una acción ajena a un ser sobrenatural y es solo propio de los hombres. ¿Eso también lo habéis olvidado?

Pero esta no es la lectura que hay que hacer de este relato. ¿Cuál es la enseñanza de esta historia? Los hombres os distraéis y os perdéis en grandezas y en sueños. Nos abandonáis a nosotros y os abandonáis a vosotros mismos. Las decisiones bien intencionadas, pero equivocadas, de nuestro querido Nero solo aportaron dolor a la familia. ¿Y a cambio de qué? De una casa con más habitaciones, de más dinero y de ocupar un lugar más alto en la organización.

Nos somos conscientes de que creéis que a vosotros no os pasará, pues buscáis de verdad el bien para vuestra familia. Al igual que creemos que vosotros, los que leéis estas líneas, no aprenderéis en cabeza ajena y obraréis de igual modo que nuestro querido Nero, pues esa es vuestra condición. Nada de lo que os digamos os cambiará. Nos sabemos que al igual que al león solo le sacia la carne, a vosotros solo os sacia la ambición.

FIN